

REVISTA CONTEMPORANEA

SUMARIO

- I. REVISTA CONTEMPORÁNEA, por *D. M. Becerro de Bengoa*.
- II. MIS MEMORIAS, por *D. Joaquín María Sanromá*.
- III. ESTUDIOS ACERCA DE LA EDAD MEDIA (continuación), por *D. Adolfo de Sandoval*.
- IV. EL DIAMANTE, por *D. R. Alvarez Sereix*.
- V. EL BESO (leyenda, continuación), por *Ramiro*.
- VI. EL MOSÉN (novela, continuación), por *D. Antonio Vascáno*.
- VII. REVISTA DE TEATROS, por *Ramiro*.
- VIII. CRÓNICA POLÍTICA, por *A.*
- IX. REVISTA EXTRANJERA, por *S.*
- X. BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO: *Dolores*.—*Manual del empleado y aspirante á penales*.—*School of forest engineers in Spain*, por *R. Alvarez Sereix*.—*Dramas de Guillermo Shakspeare*, por *A.*
- XI. ANUNCIOS.

DIRECCION Y ADMINISTRACION

CALLE DE PIZARRO, NÚM. 17, PRINCIPAL, MADRID.

OFICINAS

PARIS, R. SERRANO, 42, RUE LAFONTAINE

MÉJICO
J. F. Parres y Comp.
VENEZUELA
E. Fombona

BUENOS-AIRES
Manuel Reñe
BRASIL
Bellarmino Carneiro
Pernambuco

CUBA
D. Miguel Alorda
O'Reilly, 96
Habana.

(DERECHOS RESERVADOS)

REVISTA CONTEMPORANEA

Sale dos veces al mes en cuadernos de 112 páginas en 4.º, y forma cada tres meses un abultado volumen de cerca de 700 páginas.

PRECIOS DE SUSCRICION

MADRID	<u>Pts. Cs.</u>	PROVINCIAS	<u>Pesetas.</u>	EXTRANJERO Y ULTRAMAR	<u>Pesetas</u>
Tres meses.....	7,50	Tres meses.....	8	Seis meses.....	20
Seis meses.....	15,00	Seis meses.....	15	Un año.....	38
Un año.....	30,00	Un año.....	30		

Número suelto, 2 pesetas en toda España.

CENTROS DE SUSCRICIÓN:

MADRID: LIBRERÍAS DE GUTTENBERG, PRÍNCIPE, 14, Y FE,
CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 2.

CHOCOLATES

TÉS, CAFÉS Y TAPIOCA

DE

MATÍAS LOPEZ Y LOPEZ

MADRID-ESCORIAL

26 MEDALLAS DE PREMIO

Tés en botes de la China, de 2 y 4 onzas.

Venta en el año 1885, 4.000.000 de paquetes de Chocolate.

Elegantes sorpresas en los botes de Café y Tapioca de 200 gramos.

Exigir la verdadera marca

OFICINAS, PALMA ALTA, 8

ACADEMIA DE MATEMÁTICAS

DIRIGIDA POR

DON GUILLERMO FERNÁNDEZ DE PRADO, DON JESÚS BUITRAGO,

INGENIERO DE MINAS,

Y DON RAFAEL ALVAREZ SEREIX, INGENIERO DE MONTES

Calle de Chinchilla, 6, Madrid

La enseñanza en esta Academia comprende todas las asignaturas que se exigen para el ingreso en la ESCUELA PREPARATORIA PARA INGENIEROS Y ARQUITECTOS, y las que constituían el curso preparatorio en las Escuelas especiales.

HONORARIOS MENSUALES

	PESETAS
Aritmética.....	} Por una ó varias de estas asignaturas... 50
Álgebra elemental y superior....	
Geometría.....	
Trigonometría.....	
Geometría analítica.....	
Geometría descriptiva.....	} Por una ó varias de estas asignaturas... 75
Cálculo infinitesimal.....	
Mecánica racional.....	
Química general.....	
Por una clase particular de las asignaturas anteriores.....	125
<hr/>	
Física.....	15
Francés.....	10
Inglés.....	15
Dibujo lineal, de paisaje, topográfico ó de figura.....	15

PÍLDORAS Y UNGUENTO HOLLOWAY

ESTOS MEDICAMENTOS obtienen una aceptación y una venta más universales que las de ningún otro remedio en el mundo.

LAS PÍLDORAS son el mejor purificante conocido para la sangre, corrigen todos los desórdenes del hígado y del estómago, y son igualmente eficaces en los casos de disentería: en fin, no tienen rival como remedio de familia.

EL UNGUENTO cura pronto y radicalmente las heridas antiguas, las llagas y las úlceras (aun cuando cuentan veinte años de existencia), y es un específico infalible contra las enfermedades cutáneas, por malignas que sean, tales como la lepra, el escorbuto, la sarna y todas las demás afecciones de la piel. Cada caja de Píldoras y bote de Ungüento van acompañados de amplias instrucciones para el uso del medicamento respectivo, pudiendo obtenerse estas instrucciones impresas en todas las lenguas conocidas.

LAS PREPARACIONES HOLLOWAY se hallan de venta en todas las principales boticas y droguerías del mundo, y en Londres, 533 Oxford Street, en el Establecimiento central del Profesor HOLLOWAY.

RESUMEN DEL 41 BALANCE ANUAL

DE

LA NEWK-YOR

COMPANÍA MUTUA DE SEGUROS SOBRE LA VIDA.—FUNDADA EN 1845

1.º DE ENERO DE 1886

INGRESOS EN 1885	Por primas de seguros.....	Pesetas.	61.198.628,64	
	» capitales para rentas vitalicias.....		4.733.670,31	
	» intereses y alquileres, incluyendo los beneficios realizados por ventas.....		17.615.678,77	
	TOTAL DE INGRESOS.....	Ptas.	83.547.977,72	
PAGOS EN 1885	Por fallecimientos.....	Pesetas.	15.542.885,71	
	» seguros mixtos vencidos ó descontados.....		3.844.194,37	
	» rentas vitalicias.....		4.660.471,13	
	» rescate de pólizas.....		8.764.099,46	
	» beneficios distribuidos entre los asegurados.....		6.998.760,04	
	TOTAL PAGADO Á LOS ASEGURADOS.....	Ptas.	39.811.310,71	
ACTIVO	Por contribuciones y premios de reaseguros. Pesetas.		1.296.362,57	
	» comisiones, honorarios á los médicos y gastos de agencias.....		10.489.849,02	
	» sueldos, anuncios, impresos y gastos de administración.....		2.531.374,61	
	TOTAL DE PAGOS.....	Ptas.	54.128.896,91	
ACTIVO	Efectivo en caja y Bancos de depósito....	Pesetas.	10.585.477,03	
	En valores mobiliarios (valor según cotización actual, 191.710.645,51 pesetas).....		174.340.443,05	
	» inmuebles.....		35.528.797,86	
	» préstamos sobre primeras hipotecas (inmuebles asegurados por 85.111.250 pesetas en pólizas trasferidas á la Compañía á título de garantía suplementaria).....		94.111.608,75	
	» préstamos á corto plazo (con garantía suplementaria de valores mobiliarios, importantes al precio corriente 3.080.892 pesetas).....		2.339.898,75	
	» anticipos de primas sobre pólizas vigentes (la reserva hecha sobre estas pólizas asciende á pesetas 10.000.000).....		2.156.096,98	
	» primas semestrales y trimestrales correspondientes al ejercicio y que vencen después de 31 de Diciembre de 1885.....		4.551.072,75	
	» primas por cobrar y en vía de trasmisión.....		2.983.562,66	
	» saldos en poder de representantes.....		301.324,70	
	» intereses acumulados ó vencidos en 31 de Diciembre de 1885 de capitales colocados.....		2.255.860,26	
	» aumento de precio en los valores mobiliarios según cotización de 31 de Diciembre de 1885....		17.370.202,46	
	TOTAL DEL ACTIVO.....	Ptas.	346.524.345,25	
	PASIVO	Reserva para los capitales asegurados (al 4 por 100).		251.662.982,56
		Reserva para las rentas vitalicias.....		39.598.052,13
Beneficios que quedan por pagar á los asegurados, siniestros, seguros mixtos pendientes de liquidación y atrasos no reclamados.....			2.307.748,54	
Beneficios acumulados correspondientes á pólizas de acumulación.....			16.188.796,91	
Primas anticipadas.....			155.133,11	
	TOTAL DEL PASIVO.....	Ptas.	309.912.713,25	
Excedente del Activo sobre el Pasivo, según el tipo de evaluación de la Compañía (Reserva del 4 por 100).....			36.611.632	
Excedente del Activo sobre el Pasivo, según el tipo de evaluación del Estado de New-York (Reserva del 4 ½ por 100).....			68.538.842	
EN 1885 LA COMPANÍA HA EMITIDO 18.566 PÓLIZAS ASEGURANDO... Pesetas.			355.112.425	
EN 1.º DE ENERO DE 1886 EL TOTAL DEL CAPITAL ASEGURADO ERA.....			1.345.763.096	

SEGUROS para casos de vida y muerte, dotes, capitales para menores y para viudas, pólizas para garantizar débitos, préstamos y operaciones comerciales, rentas vitalicias, pensiones y seguros sobre dos ó más personas ó asociados

Direcciones generales en New-York y París. Sucursales en todas las capitales de Europa y América.

Sucursal en España, autorizada por real orden, calle de Alcalá, 12, principal, MADRID, donde podrán dirigirse para informes y prospectos, ó á los Agentes de la Compañía en provincias.

Dirección general para Europa: PARÍS, 16, Boulevard des Italiens, y 1 y 3, Rue le Peletier.

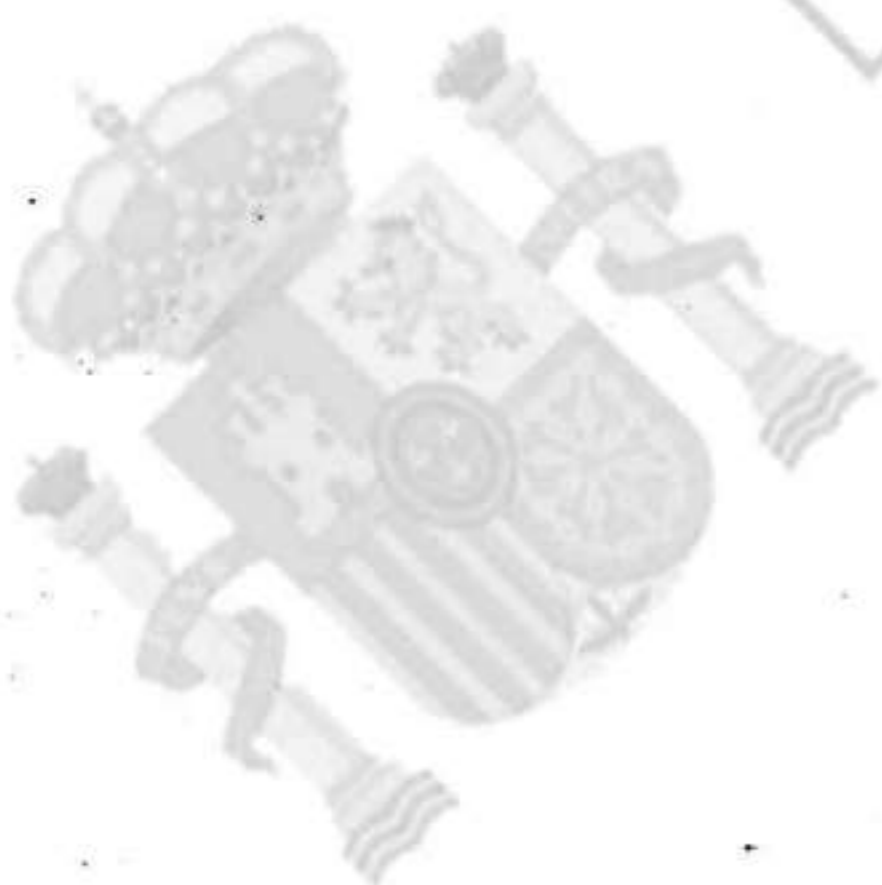
Director para ESPAÑA: DWIGHT T. REED, exsecretario de la Embajada, cónsul general y encargado de Negocios de los Estados Unidos de América en Madrid.

REVISTA CONTEMPORÁNEA



MINISTERIO
DE CULTURA

MINISTERIO
DE CULTURA



REVISTA CONTEMPORÁNEA

AÑO XII—TOMO LXIV.

OCTUBRE—NOVIEMBRE—DICIEMBRE 1886



DIRECCION Y ADMINISTRACION
PIZARRO, 17, PRINCIPAL

OFICINAS

PARIS, R. SERRANO, 42, RUE LAFONTAINE

MÉJICO
J. F. Parres y Comp.^a
VENEZUELA
E. Fombona

BUENOS AIRES
Manuel Reñe
BRASIL
Bellarmino Carneiro
Pernambuco

CUBA
D. Miguel Alorda
O'reilly, 96
Habana.

DERECHOS RESERVADOS

MADRID, 1886

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado, bajo



MINISTERIO DE CULTURA



REVISTA CONTEMPORÁNEA

LOS POMAKOS.—FRANZ RENYÍ.—BISMARCK.—LEÓN TOLSTOÏ.
LOS DECADENTES.—EN PARÍS Y EN HULL.—LA ARTILLERÍA
DE LA MARINA INGLESA

EL derecho de la fuerza ha triunfado una vez más, con aquiescencia de todos los espíritus benévolo de la vieja diplomacia europea. Rusia se ha impuesto á Bulgaria, porque pesa más. Solución mecánica pura, contra la cual en vano se han tratado de agitar las ideas en todo el Principado y en la asamblea de sus representantes. ¿Quedaré dominada de hecho aquella comarca? Seguramente que no. El Imperio que, irradiándose de la corte del Czar, alcanza á las montañas de la Rumelia, tendrá siempre entre los agrestes y escondidos valles de esta región un indomable enemigo búlgaro que, no habiendo querido ser turco durante la dominación de los Sultanes, tampoco acepta hoy la servidumbre que la diplomacia ha tratado de imponerle al hacerla turca de nuevo, ni se sujetará jamás á los Generales moscovitas.

Allí, en las últimas derivaciones de la gran cordillera balcánica, al Mediodía de las sierras de Despotodhag, entre los montes Rhodopos, donde nace el Arda, el viejo Ardiscus ó Harpesus de la antigua Tracia, vive un pueblo especial, in-

dependiente al través de los siglos, y que durante la dominación de los turcos ha sido como una raza completamente separada de ellos.

Denomínase esta gente *Pomakos*, desde los más remotos días de la historia moderna, y constituye una población de dos regiones diversas. La de Kirdjalí, situada entre las orillas del Arda, límite actual de la Rumelia y las altas vertientes del Ayguiroglon-Dagh y del Hissardjik-Dagh, en los montes Rhodopos, y la de Rouptchos, más pequeña que la anterior, que ocupa la alta montaña, en los valles inmediatos á la eminente cumbre del nevado Kruschova. Hay en el primer territorio 212 pueblos con unos 22.000 habitantes, siendo los más notables Kirdjalí la capital, Karamantir y Mersiler; y componen el segundo 64 aldeas con 12.000 montañeses, cuyos centros más importantes se llaman Delikli, Balabau é Hirsora.

Aunque de raza búlgara, se hicieron musulmanes en religión desde un principio, con objeto de conservar su suelo y sus propiedades, á semejanza de lo que en otros territorios realizaron los arnautos albaneses, los bahalados grictos, los begs servios y los judíos demneos.

Viven los montañeses rouptchus en un estado casi salvaje, dedicados al carboneo y á la carretería. Nadie más que ellos hace el servicio de conducción y arrastre de géneros entre la Macedonia y la Rumelia, ni hay en toda la Bulgaria y la Turquía más hábiles *arabadjis* ó carreteros que estos *pomakos*. Los que habitan el territorio de Kirdjalí son más civilizados, y explotan las ricas producciones de aquella fértil comarca, regada por multitud de cauces. En las pendientes de aquellas cordilleras verdean las vides y se cogen colosales racimos. Los valles están poblados de nogales, castaños y manzanos, y en las tierras frescas cosechan mucho maíz, de gran aceptación, y regular tabaco. Este apenas basta para el consumo de los dos territorios; pero las uvas, que no utilizan para fabricar el vino por impedírsele su religión, se dedican á la pasa, que exportan con buenos resultados.

Aunque musulmanes, son una especie de muzárabes de aquella tierra, porque conservan muchas prácticas cristianas y muchas supersticiones. Los sacerdotes búlgaros cristianos

acuden con frecuencia á aquella montaña, sobre todo llamados para asistir á los enfermos graves, y hacer que los dolientes, musulmanes y todo, se encomienden á Jesús y á la Virgen María.

Jamás han pagado contribución á nadie; ni al Sultán, ni al Príncipe de Bulgaria; y no es la primera vez que degüellan á los pelotones de caballería turca que se atrevieron á penetrar en la comarca para prestar auxilio á los recaudadores de tributos. Mas de ochocientos años llevan de especial independencia; sencillos en sus costumbres, valientes hasta no más, sin trato con sus vecinos los rumeliotas, y enteramente aferrados á sus prácticas antiguas. Es un pueblo identificado en absoluto con el suelo que habita, y que sabría perecer todo entero antes que consentir ser dominado.

Luchan como héroes, y todos saben de memoria las guerreras tradiciones de sus valientes antepasados los legendarios Boris, Asparuk y Kroum.

También en estos días ha corrido de boca en boca, no entre aquellos indomables montañeses, sino por los círculos de la Europa civilizada, la historia de un héroe, nada antigua por cierto, sino contemporánea. ¿Hay algo más conmovedor, en efecto, que la heroicidad del húngaro Franz Renyí, que acaba de morir en la casa de locos de Buda-Pest?

Era un pobre maestro de escuela en una aldea cuando estalló la guerra de la independencia de Hungría en 1848. Vivía feliz y muy querido en su rincón, siendo el encanto de la juventud por sus costumbres y su carácter, y el embeleso de los viejos por su talento y sus condiciones de cantor popular.

Todo su consuelo era su madre y su hermana, y toda su esperanza y su alegría su novia. Cuando el Gobierno provisional proclamó la guerra, corrió á alistarse entre los que peleaban por la patria muy amada.

Un día en que hacía el servicio de avanzadas con sus compañeros, se vieron sorprendidos por los austriacos. La pelea fué muy sangrienta, y sólo quedó vivo en ella y prisionero, Franz. Conducido á presencia del General Haynau, cuya crueldad era conocida, pidió al prisionero noticias acerca de su regimiento y del sitio en que se encontraban el cuerpo de

ejército á que pertenecía y el Estado Mayor. Franz se calló como un muerto.

El General enfurecido, y dispuesto á hacerle hablar, se informó de la procedencia del prisionero, é hizo que condujeran á su campamento á la madre y á la hermana del maestro. Una vez ante ellas, le dijo Haynau:

—O contestas á mis preguntas ó hago fusilar á estas mujeres.

Franz las miró con ánimo sereno, en tanto que un sudor frío bañaba todo su cuerpo, y se calló.

—¡No hables, hijo mío—exclamó la anciana,—cumple con tu deber y no te cuides de mí, que ya he vivido bastante!

—Hermano mío—añadió su hermana,—no hagas traición á tu patria, porque deshonorarías nuestro nombre. Ten ánimo como yo le tengo para morir.

Franz continuó callado, y el General hizo morir en su presencia á aquellas heroínas. Pero no contento con esto, é impulsado por su cruel barbarie, apresó también á la novia.

La infeliz, menos animosa que aquéllas, joven muy bella, que amaba y era amada, ansiaba vivir con su Franz, y le dijo:

—¡Sálvate y sálvame!... ¡Abandonaremos este, país y allá lejos, muy lejos, viviremos felices!...

El prisionero vaciló. Entreabrió sus labios para pronunciar algunas palabras, y pareció ceder en aquella espantosa lucha que ardía en su corazón, sintiéndose casi vencido por el poder del amor. Pero, rehaciéndose inmediatamente, alzó con arrogancia la cabeza y rechazó á su novia, la cual, al despedirse de él, arrancada de su lado por los soldados, le dijo:

—¡Yo te maldigo! ¡Asesino! ¡Maldito seas para siempre!

Pronto sonó una descarga. El cadáver de la joven cayó entre los otros dos, y el pobre Franz Renyí quedó mudo de espanto, mirando á los asesinos. Estaba loco. El feroz Haynau creyó que simulaba la demencia; pero bien pronto se convenció de que no era así, y cuando ya ni la libertad ni la vida le servían para nada, mandó que le dejasen libre.

El heroico Franz huyó y anduvo largo tiempo errante por los campos, inspirando con su historia y su aspecto profundo horror á todo el mundo. Un día, al terminar su campaña,

fué recogido por algunos amigos y asilado en el manicomio de Buda, donde ha vivido treinta y seis años, contemplado con profunda admiración y lástima por sus compatriotas. Así lo refiere el *Kurier Warszawski* de fines de Setiembre.

¡Cuán espantosa es por cierto la historia de las víctimas de las guerras malditas, que diezman la humanidad, aun en estos tiempos que pasan por ser tan cultos y civilizados! Gloriosas y todo, las que parecen serlo para los vencedores, dejan profundas y nada envidiables huellas en el corazón de los caudillos favorecidos por las mayores victorias.

«Muy escasas alegrías he sentido en todas mis campañas —ha dicho Mr. de Bismarck á un interlocutor de toda su intimidad, según lo consigna Mr. de Dronsart en un estudio que ha publicado en el *Correspondant*—y en cambio sólo he sacado de ellas disgustos, inquietudes y pesares. He hecho la felicidad de una gran nación, pero ¡á qué costa! Sin mí, tal vez no hubieran tenido lugar tres grandes guerras, ni hubieran perecido ochenta mil hombres, ni vivirían en perpetuo duelo tantos padres, tantas madres, tantas viudas y tantos hijos.»

En efecto; según los que conocen al gran vencedor de nuestros tiempos, al gran hombre de Estado, Mr. de Bismarck, es, en el fondo de su carácter, un melancólico y casi un misántropo. Aseguran que se queja amargamente de su destino, y de que sus obras le han dado, á cambio de escasas satisfacciones, muy pocos amigos. Nadie le quiere, apesar de lo que ha llegado á hacer; y añade, que no ha conseguido la felicidad de nadie, ni la suya, ni la de su familia, ni la de ningún otro, quien quiera que sea.

Sin embargo, aun con este fondo de mal humor, vive hecho todo un patriarca el gran Canciller alemán. Gústale sobremanera la vida del campo, y cualquier detalle referente á él le llama más la atención que toda la política de los diplomáticos, que de vez en cuando acuden á visitarle en sus posesiones. Estas son de las mejores del Imperio, y además de las de Schoenhausen y Kniephof que eran de su antiguo patrimonio, disfruta de las de Varzin, que adquirió después de la guerra de Austria, y de la de Friedrichsruhe, que le regaló el

Emperador al terminar la campaña de Francia en 1871. Sus rentas pueden calcularse en unos dos millones de pesetas.

El mismo administra sus propiedades con gran habilidad y cuidado. El, en persona, vestido de un sencillo traje gris, apoyado en un garrote y seguido de sus perros, recorre los campos y hace de labrador, montero, destilador, cervecero, manufacturero, aserrador de maderas, fabricante de papel y otras profesiones á las que atiende en todos sus detalles, estando siempre al corriente de todos los adelantos.

Huye, en su vida rural, de toda clase de visitantes y de cumplidos, y gústale, sobre todo, para gozar de absoluta independencia, su posesión de Fiedrichsrue. En ella no hay nada de lujo. Su casa-palacio tiene todas las paredes blanqueadas de cal, sin papel ni adornos. No hay más confort elegante que el de la alfombra, que cubre todos los suelos. El mobiliario es común y de modesta apariencia. En las salas algunos retratos como el de Thiers, el de Beaconsfield, el del Cardenal Hohenlohe, un busto en bronce de Moltke, la estatua del Gran Elector y algunos otros. En el puesto de preferencia el del Emperador Guillermo y varias fotografías de familia. Nada de verdaderas obras de arte, nada de poesía, algo, un poco de música que escucha siempre con gran placer. Excepto ésta, todas las demás artes le son por completo indiferentes. Así lo indicó gráficamente un día cuando puso al pie de una fotografía de la Lucca: «¡El arte es alegre y la vida seria!»

Es intachable en la vida de familia, que idolatra con toda su alma, y por disfrutar de ella, no va jamás al teatro, ni á los banquetes, ni á diversión alguna, como no sea invitado por el Emperador. En su casa recibe á sus íntimos amigos, entre los cuales goza muchísimo contando anécdotas y chascarrillos y evocando antiguos recuerdos; pero sin consentir que nadie le enmiende ó reproche. Ni las intrincadas filosofías, ni la literatura ligera han conseguido jamás hacerle perder un cuarto de hora.

Otros que no son tan positivistas, ni tan grandes hombres como él, hallan en cambio mucho que curiosear y no poco que reir en ciertas filosofías y literaturas que están ahora

muy en boga en algunos pueblos. ¿Hay nada más original ni más sorprendente que la nueva doctrina ó tendencia social del Conde y novelista ruso León Tolstoï? Muchos la practican ya en el inmenso Imperio, y parece que cada día cuenta con nuevos adeptos. Esta doctrina, religión ó filosofía, reza sólo con las clases instruídas de la sociedad, con *la inteligencia*, como se dice allí, y se reduce á que todos los hombres de alguna cultura renuncien para siempre á las ideas adquiridas y al estudio, saquen á sus hijos de los colegios y escuelas y, abandonando las pompas y vanidades del mundo, se retiren á los puntos más solitarios de las provincias, para dedicarse á los trabajos mecánicos y rurales. Es una especie de nihilismo de la inteligencia, resumido en el principio de que, para remediar á la sociedad que trabaja y padece, hay que abandonar las grandes capitales y las estériles elucubraciones de la ciencia y de la literatura, y hacer una vida natural, sencilla, dedicada á los trabajos de los jornaleros y artesanos, en cuya masa común debemos confundirnos todos.

El Conde Tolstoï, en sus recientes publicaciones, tituladas: *Religión, Confesión, Ana Karénine, Juan el Imbécil* y otros, sienta los fundamentos que, á su juicio, son como eficaces fórmulas para remediar el triste estado en que se encuentra gran parte del pueblo ruso. Sus folletos circulan por aquel Imperio por miles y millones de ejemplares. Su forma es la de tratados semiteológicos y la de novelas, cuentos y piezas teatrales. El propagandista jefe de esta escuela, perteneciente á la antigua nobleza moscovita, da ejemplo práctico de su fe, dedicándose en sus posesiones de Iasnaïa-Poliana, á trabajar algunas veces en el campo, á hacer zapatos ó á cortar leña; pero no renuncia á su vida aristocrática cuando se halla en la corte ó en las ciudades, ni procura disminuir los gastos de su casa, ni el producto de sus rentas. Esta conducta ambigua trae muy descontentos á sus adeptos. El Conde predica la necesidad de que cunda la costumbre de que la población se reparta por las aldeas y haga vida de campo, porque, según dice (y esto es verdad no sólo en Rusia; sino en otras muchas naciones), «todo el mal de aquella sociedad consiste en la afluencia de los habitantes á las grandes ciudades, debida

al mal ejemplo de las clases privilegiadas, que inspiradas por el deseo del lujo y de la ostentación, abandonan sus posesiones y se trasladan á las capitales, cuya conducta imitan en seguida los aldeanos y trabajadores, que afluyen también á ellas á vivir con poco trabajo y á disfrutar, sea como sea, del goce de la taberna.»

«La única manera de ser útiles á nuestros semejantes—añade el Conde—és ayudarles individualmente con el trabajo de nuestros brazos.» «El trabajo físico es el único digno y noble: el intelectual es inútil é inicuo.» «No hay más que una sola ciencia provechosa, «la religión;» la «ciencia científica» es la gran pecadora, la que ha pervertido el sentido común, suponiendo que la humanidad no puede vivir sin ella, cuando ningún bien le ha hecho, cuando sólo se dedica á estudiar tonterías como la vía láctea y el protoplasma celular, sin haber conseguido hacer nada positivo para la mejora de la masa común de los pueblos, que allí, por ejemplo, labra sus tierras con el mismo arado que se usaba hace mil años. Sólo son dignas las clases que viven con el trabajo de sus manos. Los llamados obreros de la inteligencia son poco menos que unos farsantes.»

Lo extraordinario de esta doctrina tan positivista es que su autor no la sostiene con ninguna clase de argumentos racionales. En ella hace un gran papel lo sobrenatural. El diablo es el que inspira los malos pensamientos, contrarios á la nueva fe, cuyos preceptos se apoyan en la autoridad de los ángeles y los santos. Para el desenlace de los maravillosos cuentos con que hace la propaganda entre las gentes del pueblo, entran como base principal los más estupendos milagros. Léanse, entre ellos, *El ahijado* y *Juan el imbécil*, que son de lo más extravagante que puede darse en esta materia.

La prensa rusa discute vivamente la importancia y trascendencia de esta doctrina, y está conforme en su mayoría en que tiene que hacer un fiasco completo. Sin embargo, en un pueblo tan exótico y raro en sus aspiraciones é ideas como el ruso, donde han tenido aceptación las más incomprensibles tendencias, no resulta nada de extraño que haya inmensos partidarios del filósofo antifilosófico Conde Tolstoï y que

en lo más recóndito de las provincias se encuentren doctores «que se han retirado de la ciencia» y que viven cazando, pescando ó aserrando maderas, y escritores que siembran y recogen patatas, y abogados que fabrican adobes y labran sillares de cantería, y señoras que hilan cáñamo, que revuelven heno y cultivan lechugas. La vida rústica del campo y de los oficios, sin nada de letras ni de libros; todos trabajadores y todos burdos y medio tontos: ¡he aquí la nueva felicidad del evangelista de Iasnaïa-Poliana!

Si esto es curioso y hasta divertido, no lo es menos la secta de *Los decadentes* y *Simbolistas* de París, cuyas extravagancias de pensamientos y lenguaje dejan bastante atrás á la doctrina pentacróstica de Estrada, en sus famosas elucubraciones de *El Pistón*. ¿Qué es el simbolismo? He aquí, por si alguno lo entiende, cómo contesta su apóstol Mr. Jean Moréas: «El simbolismo trata de vestir la idea con una forma sensible que, no obstante, no tendrá por objeto á ella misma, sino que, sirviéndose de ella para expresar la Idea, quede unida á ella. La Idea, á su vez, no debe prescindir de la suntuosa vestimenta de las analogías exteriores; porque el carácter esencial del arte simbólico consiste en no llegar nunca hasta la concepción de la Idea en sí. Así, en este arte, los cuadros de la naturaleza, las acciones humanas, todos los fenómenos concretos no pueden manifestarse por sí mismos: pues que son apariencias sensibles destinadas á representar sus afinidades exotéricas con las Ideas exotéricas.»

En la literatura simbólica las cosas no se llaman por su nombre. Úsase una especie de jeroglífico metafórico que da quince y raya á lo más difícil en materia de adivinanzas poéticas. Abúsase de la pompa del lenguaje, de lo enrevesado de las metáforas y de un nuevo vocabulario en el que «las armonías se combinan con los colores y las líneas características de todo renacimiento.»

Los adeptos de esta escuela toman la cosa muy en serio, se creen los regeneradores de la literatura francesa y publican un periódico, órgano de su secta, titulado *El Decadente*. Según su redactor jefe, Mr. Baju, deberían, mejor que «decadentes,» llamarse «quitaescientes,» ó casi, casi, «incoerci-

bles.» Dadas sus doctrinas simbólicas, tanto más grande es el genio de un escritor cuanto más difícil es de comprender por sus lectores. Véase la clase, como humorísticamente se dice entre nosotros.

Mr. Mallarmé, uno de los grandes maestros de esta gente, dice en el *antes de hablar*, prólogo y prefacio del *Tratado del Verbo*, de su colega Mr. René Ghil, a propósito de esta obra: ¿Para qué la maravilla de trasponer un hecho de natura en casi su desaparición vibratoria, según el juego de la palabra, sin embargo, si no es más que para que emane de ella, sin el trabajo de un inmediato ó concreto llamamiento, la noción pura? Yo digo: ¡una flor!... y fuera del olvido que mi voz deja algún contorno, mientras que alguna otra cosa sobre los cálices elevados, musicalmente, se alza, idea risueña ó altiva, la ausencia de todo ramillete. Al contrario de una función numeraria, fácil y representativa, como lo usa desde luego la multitud, el hablar, que es, después de todo, sueño y canto, halla en el poeta, por necesidad constitutiva de un arte consagrado á las ficciones, su virtualidad.

Mr. R. Ghil, en su referida obra: «Ahora, A. Rimbaud no entiende que se pueda penetrar más atrevidamente en el Arcano, y las vocales que se cambiaban en colores, elevarlas al último progreso de instrumentos resonantes lógicamente domados. Él, Pablo Verlaine (otro de los maestros de la secta) así que se quisiera disputar al olvido una vaga fantasía, la ha adivinado de hecho, sin ordenar por lo mismo que el resplandor llega. Pero bien pronto decimos, cuál marcha ligeramente triunfal el dulce *Trouvère* se ha sentido, toda disonancia dulces y sonrisas puerilmente amorosas y murmullos hacia las mañanas!!!»

Otro periódico de la escuela, el *Scapín*, dice, hablando del maestro Mallarmé: «Me parece que es el más admirable de los artistas de soberbio valer, que escriben los versos más exquisitos y más deliciosos que he visto. Sus obras, aunque poco numerosas, muestran una lógica maravillosa, unida á una potencia poética de primer orden. El verso avanza florido como un pastor con guirnaldas, lascivo como un fauno desnudo, piramidal como la tumba de Egardo Poe, blanco

con la alba candidez de los cisnes. Cada poema es un drama musical como los de Wagner, y expresa perfectamente en su unidad la vida, lo cual es, por cierto, el supremo fin que se desea.»

Como modelo de la poesía simbolística que, según Moréas Verlaine, Ghil, Bajou, Mallarmé, Rimbaud, el Conde Villiers de l'Isle-Adam y otros apóstoles, es muy superior á la de Corneille y Racine, aquí traslado un soneto tan intraductible como incomprendible y maravilloso:

Pour l'enfant ancienne

Tûe en l'etonnement de sus Yeux mutuels
Qui delivrèrent lá l'or de latentes gloires
Que veuve dans le Temple aux signes rituels
L'oude d'éternité reprenne nas mémoires.

Tel instant qui naissait des heurs eventuels
Tout palmes de doigts longs aux nuits ondulatoires
Vrais en le dôme espoir des vols perpétuels
Nous ouvrit les passés de nos pures Histoires,

Une usoire de vains soupirs pleure sous les
Trops seuls saluts rians par nos vœux exhalés
Aussi haut qu'un néant de plumes vers les gnosés:

Advenu rêve des vitraux pleins de demains
Doux et nuls à pleurer et d'un midi de roses
Nous veuons l'Unà l'Autre en élevant les mains.

Al lado de la filosofía excéntrica del Conde Tolstoï en Rusia, bien puede figurar la excéntrica literatura de los Decantes franceses. Una y otra son verdaderas manifestaciones de esos extravíos de la inteligencia, que por aquí denominamos *chifladuras*, y que sirven de pasatiempo y de consuelo á los que no tienen otra cosa en que pensar. Tan supinas rarezas, que divierten á los desocupados y á los curiosos, pasan desaper-

cibidas para los que se preocupan de otra filosofía del momento, de la del pauperismo, que se agita cada día más amenazadora en las diversas fases de la evolución social, que sin descanso, aunque lentamente, van efectuando las clases trabajadoras. El *Times* ha publicado recientemente un estudio comparativo entre el carácter y tendencias de los obreros ingleses y franceses, deducido de observaciones hechas acerca de los últimos congresos de París y de Hull respectivamente. El contraste es grandísimo: las reuniones de la gran capital del lujo y de la fantasía francesa en nada se han parecido á las de la ahumada ciudad inglesa. El obrero inglés, el miembro de las *trades-unions*, es caloroso, imperturbable, poco ideólogo y muy práctico. El artesano continental es violento, ligero, entusiasta y soñador. Los belgas se llaman á sí mismos «los chinos de Europa.» Los alemanes mezclan sus declamaciones socialistas con sus aspiraciones políticas para la redención de su patria. Los franceses, más exagerados que los demás, debaten principios, formulan resoluciones y tratan de llegar, mediante ellos, á una verdadera edad de oro, gastando el tiempo en amontonar ardientes discursos que inflaman las cabezas y que hacen olvidar con frecuencia el lado positivo y verdadero de la vida, en que se agitan.

Los Congresos franceses y alemanes se preocupan poco de las cuestiones que interesan á la clase en general, ó de la solución de las dificultades técnicas de sus profesiones, y entretienen en cambio sus sesiones predicando una cruzada universal contra todo el que creen que es su enemigo. Los ingleses—según ellos dicen—se reúnen como verdaderos hombres que van al negocio útil; no ostentan grandes aspiraciones; no hay apóstoles inspirados entre ellos, y para nada emplean los recursos oratorios, ni las imágenes poéticas. Van derechos á la cuestión y procuran tomar el mayor número posible de acuerdos empleando la menor suma posible de palabras. Los tipos que acuden á los Congresos son casi siempre los mismos, hombres maduros en su mayoría y muy pocos jóvenes. Los alborotos y discusiones acaloradas se sofocan en seguida, gracias á las buenas costumbres parlamentarias de este pueblo. Al terminar la sesión se salen uno por

uno y silenciosamente de la sala, sin vivas, ni alocuciones de despedida, ni cánticos revolucionarios, ni manifestaciones de ninguna clase. Encienden sus pipas, cíñense sus abrigos y se van, por grupos, á tomar los trenes que han de conducirles á sus respectivas comarcas.

Es un gran pueblo el pueblo inglés, que todo lo hace bien, cuando no se equivoca. Sus equivocaciones son también muy grandes. Ahora, por ejemplo, han discutido todos los periódicos británicos la curiosísima Memoria, que una comisión especial ha escrito sobre la artillería de la marina de aquella nación. De ella se deduce que los cañones del antiguo sistema, que aún tienen muchos buques ingleses, valen muy poco, y que los nuevos de acero, que se cargan por la culata, no valen nada. En un buque admirable en el *Collingwood*, que efectuó sus pruebas no hace mucho, reventó un cañón de 43 toneladas, al ensayarlo con poco más de la mitad de la carga de reglamento. Otro del *Active* de 15 centímetros sufrió igual percance, y en vista de tales resultados se ordenó al Almirante jefe de la escuadra inglesa del Mediterráneo que se abstuviese de hacer ningún tiro á bordo del *Colossus*, con los cañones de 43 toneladas que también llevaba. La opinión pública declaró muy pronto que la fabricación de Woolwich es mala, y que la marina inglesa no tiene artillería. Los acorazados sin estos monstruosos cañones ¿para qué sirven? La comisión oficial dice que la ruptura de estas piezas, producida por una carga de pólvora equivalente á los dos tercios de la carga plena de servicio, es debida á la falta de homogeneidad del metal.

«No nos hallamos, pues—dice *El Times*,—á la altura de otras naciones en cuanto á la fabricación de la artillería de gran calibre, como con razón deberíamos esperarlo, dados nuestros recursos y nuestra habilidad industrial. Por el contrario, estamos muy atrasados (*very much behindhand*). Oficialmente se acaba de declarar que, después de todos nuestros esfuerzos, no tenemos á flote un solo cañón capaz de perforar el blindaje de un acorazado en estado de hacer fuego.»

Y esto, después de ocho años de grandes pruebas, estu-

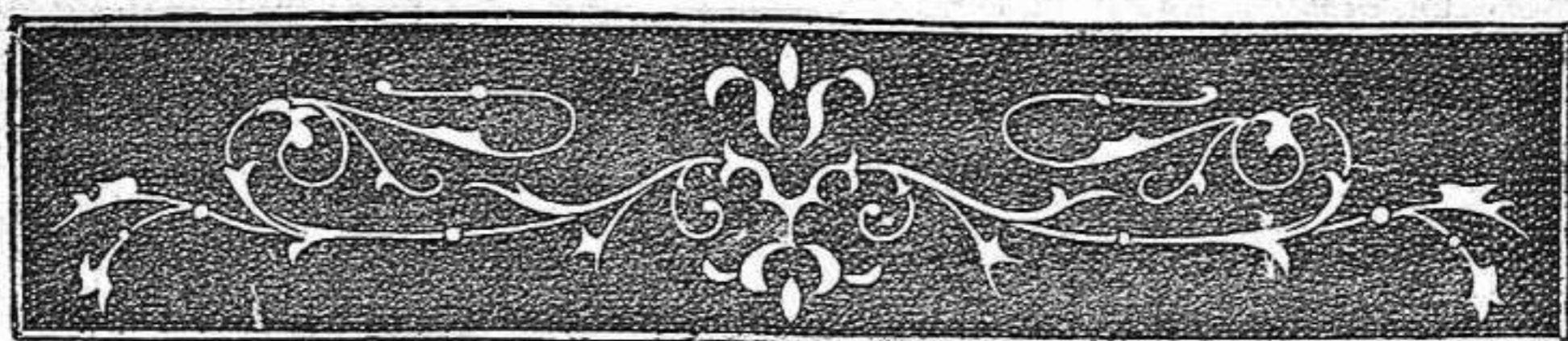
dios y trabajos, y de haber consumido, para este fin, algunos centenares de millones.

Decididamente la ciencia adelanta poco, como dice el nuevo evangelista León Tolstoï, y es preferible, en vez de dedicarse á ella, retirarse á la descansada vida y pasarla arrancando cebollinos y viendo cuánto dura un rústico anticientífico bien cuidado.

M. BECERRO DE BENGOA.



MINISTERIO
DE CULTURA



MIS MEMORIAS ⁽¹⁾

1843 — 1846

SECCIÓN PRIMERA

Por qué fui.—Manos regias.—Un Derecho muy torcido.—Lo que llegó á ser el espíritu universitario.—¿Para alumnos ó para cuartel?—Sopistas y boticarios.—Los figurones del cuadro.—Del uso de armas prohibidas.—*Vieni meco, sol di rose*.—Figuras correctas.—Las eminencias: Martí de Eixalá, Permanyer, Figuerola.

I

UN pecadillo. El día 5 de Marzo de 1844 formé parte de la *Juventud dorada*, que, bajo la dirección del gallardo Abaria, *ilustró* la entrada en Barcelona de la ex-Reina Gobernadora, al volver de su destierro. Sírvanme dos cosas de disculpa: por de pronto, mis quince años con el piquillo, edad dispensada de tener criterio político; y luego el hambre natural de tomarme algún desquite por los pasados sustos, que no me salían del cuerpo. Esto traen consigo excesos como el de la Jamancia. Los moderados no cabían en el pellejo al ver aquel recibimiento incomparable y el vuelco que las cosas iban dando.

(1) Véase la pág. 26 del tomo LXIII.

Toda la población acudió en masa: banderas, gallardetes, colgaduras, salvas, campaneos, *Te-Deum* en la Catedral, arcos triunfales y un clamoreo inmenso. ¡Viva la Madre de los españoles!—voceaban los más ardientes.

La carrera fué larga. Desde el apeadero de la Puerta Nueva, siguió la comitiva por la calle Alta de San Pedro, plaza de Junqueras, calles Condal y de Santa Ana, Rambla en toda su prolongación, desde Canaletas á Atarazanas, Dormitorio de San Francisco, calle Ancha y plaza de San Sebastián, hasta Palacio. Íbamos á quién se llevaba la prez del lucimiento y bizarría, tiesos, en dos filas, sombrero en mano, de frac ó levita negra, despejada la conciencia y con plena seguridad de que el acto de conmovedora virtud que estábamos *perpetrando*, era uno de los más dignos de figurar en los anales de la Patria. Llegados á la regia morada, nos admitieron, á lo que suele llamarse en lengua cortesana, el honor de besar la Real mano. Fueron las primeras manos soberanas que besé: probablemente serán las últimas.

II

Acababa de matricularme en primero de Leyes, cuya carrera, que seguí completa en aquella Universidad, duraba siete años: dos cursos de Romano, dos de Civil español con Mercantil y Penal, uno de Cánones, otro de Disciplina eclesiástica y otro de Procedimientos con la Práctica; ítem más: las asignaturas auxiliares de Economía política, Derecho constitucional, Administración y Oratoria forense.

Durante larguísimos años, nuestras Facultades de Derecho no han conocido otros moldes. Así los confeccionaron los doctrinarios, y así los han dejado pasar, hasta hace poco, los hombres de la cáscara amarga, cada vez que les ha caído el lote del mangoneo. Mangoneo: otros dirán el Poder: no reñiremos. Ya llegará día en que aquí mismo ventilemos, á nuestras anchas, esos *tiquis miquis* de lenguaje.

Ocupados en sus eternos cabildeos, no tenían tiempo nuestros políticos para pensar en asunto tan baladí como el arreglo de los cuadros de enseñanza. Verbi gracia: un Ministro de Fomento de los más rapados—y cuidado si los ha habido á navaja—hubiera podido preguntarse, entre dos cigarrillos: Derecho romano, ¿por qué dos añazos? ¿Hay mucha, mucha necesidad de sorberse toda la sustancia del Código, Pandectas y Novelas? Convenido en que una parte de nuestra legislación tiene por base el Derecho romano. No es menos cierto que, para la vida moderna, el romanismo sólo representa ya un interés histórico. ¿Cómo no llevarle á la historia general del Derecho? Y ya que se considerase necesario como estudio preliminar, ¿por qué no haberlo reducido á un curso de lección diaria, si no de lección alterna?

Sin ser Ministro de Fomento, ó como se llamase entonces el del ramo, estas preguntas me asaltaban en 44 y 45 cada vez que cogía los bártulos; pareciéndome muy extraño que un aprendiz de abogado perdiese lastimosamente el tiempo averiguando de qué manera se casaban las romanas, qué clase de caricias se hacían allí á los esclavos, cómo y con qué donoso desenfado permitía la ley al Padre tratar á hijos y á esposa, en qué consistía el derecho quiritarario, qué libertades se iban tomando los pretores y qué genero de embolismos usaban aquellos ciudadanos para hacer testamento, ó para contratar y obligarse.

No despertar, por Dios, á los rancios de borla magna, porque entrarían tirando piedras. Pues hay todavía que oír; y vamos á la Disciplina eclesiástica. Pase, me decía yo, que nos forzaran á estudiar un año de Cánones, á lo más con lección alterna. Al cabo el abogado encuentra allí todo lo relativo al matrimonio católico; y es muy probable que, en muchísimos años, no lograremos aquí sobreponer, como es debido, el matrimonio civil al religioso. Digo en las costumbres, en el seno de las familias: que en leyes y decretos no hay cosa más fácil.

Ya me resignaba, pues, á tragarme mis tomitas de Canónico. Pero Disciplina eclesiástica, ¿á santo de qué? O era un pretexto para añadir otro curso de Cánones al oficial, ó era

el mismo Canónico presentado bajo otro aspecto: examen más detenido de la Jerarquía, estudio empalagoso de los Concilios, análisis de las Colecciones canónicas. Además, para que se luciera el Profesor, agregaban un resumen de la Historia de la Iglesia, asignatura inútil bajo el punto de vista profesional, deficiente si no se combinaba con la Historia general de las Religiones.

Con lo cual queda demostrado que, en tratándose de lo histórico y de lo pertinente á la Iglesia, nuestros programas de Derecho tiraban siempre de largo. No así en la parte sustancial de la carrera de Leyes, donde todo era media ración y cicatería. Derecho civil español—el plato de resistencia—dos cursos, uno elemental, otro de ampliación. ¿Qué quería decir ampliación? Ellos lo sabrían: yo nunca lo he comprendido. Derecho foral, omitido; Derecho mercantil, lección alterna; Derecho penal, lección alterna. Un cuarto de curso para el Político: otro cuarto para el Administrativo: Procedimientos á escape, con media docena de academias, en el último año, para la Práctica forense.

Tanta esplendidez para unos, tanta miseria para otros, ¿á qué razones obedecerían? Empezaba entonces á sospecharlas; después claramente las he visto. Y, pues, razones hubo, permítame el lector que las exponga, vertiendo aquí todo mi pensamiento.

III

¿Cómo se fundaron las Universidades? A la sombra de la Iglesia; por la iniciativa ó con la cooperación ó bajo el patronato de la Santa Sede. Ella *las hizo*, como diría el arrepentido Taine. A ella acudían ó con ella contaban los Poderes civiles para dar forma á sus estudios.

¿Sobre qué base se concertaron estos estudios? Sobre la Teología y sobre entrambos Derechos: canónico y romano. Representaba el canónico la omnipotencia del Sacerdocio, acaso mejor la pontificia, con la ingerencia de las falsas De-

cretales. A su vez, el Derecho romano, merced á las argucias de los jurisconsultos de Bolonia, iba, desde el siglo XIII, introduciendo en el estado político las notas del antiguo imperialismo, con la doctrina del *quidquid Principi placuit*.

Mas, poco después, cuando empezó con Bonifacio VIII, la ya no interrumpida decadencia del Poder pontificio, y sobre él se fueron levantando y á sus expensas se fortalecieron los Poderes temporales, sobrevino la lucha entre el *regalismo* y el *ultramontanismo*, segunda forma de la más antigua entre el Imperio y el Sacerdocio; y ambas tendencias se expresaron científicamente en las Universidades pontificias y reales. La doctrina de las regalías buscó su apoyo en el romanismo, mientras que los ultramontanos instintivamente se refugiaban en el *mare magnum* de las colecciones canónicas.

Cruel y empeñada fué la guerra entre ambas parcialidades; sorda en ocasiones, en otras abierta y declarada, como en la Sorbona, cuyas reyertas teológico-políticas turbaron más de una vez la plácida calma de los *præstantissimi*. Para una sola cosa se reservaron tregua perpetua; para defender en común, con uñas y dientes, la prioridad de posesión que habían obtenido en los dominios del magisterio. La jugada era continuar unos y otros siendo dueños absolutos del campo universitario y señores indiscutibles del gremio y claustro. Habían decretado que Santo Tomás, Graciano y Justiniano, representaban los únicos estudios serios, únicos superiores y únicos fundamentales. Gracias que se dignasen tolerar, en un rinconcito de las aulas, algún curso oscuro de Medicina ó de otra ciencia antropológica, si el progreso de los tiempos lo exigía. Alternar un Doctor en sagrada Teología ó *in utroque* con un simple Maestro en Artes, era exceso de modestia que repugnaba á las costumbres admitidas; y ya sabemos que, con el título de Maestro en Artes, solían coronarse los estudios filosóficos y literarios, y tal vez alguno científico, barajado entonces con la alquimia y otros ocultos *prodigios* de la Hermética.

Así se fueron perpetuando, en fuerza de la tradición, las preeminencias reservadas á algunas Facultades en los Cuerpos universitarios, y esas otras preeminencias, todavía más ex-

trañas, de ciertos y determinados estudios dentro de la Facultad de Derecho. De la propia suerte que nos habían hecho creer en la imposibilidad de dar un paso científico sin el auxilio del Latín, así habíamos convenido en que no era dable adelantar en el estudio del Derecho sin el más profundo y cabal conocimiento de la jurisprudencia romana. Primero, Cuyacio, después Vinio, Heineccio y Domat se habían hecho indiscutibles. Aureas llaves para abrirlo todo, las cabezas estrechas y las inteligencias de vuelo.

En vano iban cambiando de aspecto los conceptos científicos desde la Revolución francesa y á medida que avanzaba el presente siglo. En vano la invasión del racionalismo iba mirando el derecho divino de los Reyes y el predominio de la Iglesia. En vano aparecía cada vez con mayor claridad el sentido puramente arqueológico de las instituciones civiles y políticas de la antigüedad clásica. En vano se iban descubriendo en la sociedad moderna formas y necesidades antes desconocidas que con urgencia reclamaban entrada y admisión en la vida del Derecho; un Derecho *político* enteramente nuevo, engendrado bajo la acción del espíritu democrático; un Derecho *administrativo* calcado sobre los múltiples organismos y las variadísimas funciones del complicado *Estado* moderno; un Derecho *penal* severo pero humanitario, restaurador de la ley, regenerador, reparador, correccional sin estériles venganzas ni bárbaras expiaciones; un Derecho *mercantil é industrial*, reflejo del movimiento económico de nuestros tiempos, cambios, manufactura, luchas y superiores armonías entre el capital y el trabajo, empresas, Bancos, Compañías y Bolsas; un Derecho *procesal* como lógica judicial destinada á garantizar las demás formas del Derecho con la buena organización de tribunales, con la simplicación del procedimiento, con la publicidad, con el Jurado. Y en vano, también, estaba ahí la Historia demostrando que, para una gran parte de nuestro país, el Derecho romano fué una importación exótica favorecida por las especiales aficiones del Rey Sabio; y que, cuanto tiene nuestro Derecho patrio de original, de espontáneo, de característico y de nacional, sobre todo en tierras de Castilla, arranca propiamente del Fue-

ro Juzgo, se elabora en los Fueros municipales, continúa en el Fuero Real, pasa por el Ordenamiento de Alcalá, toma precisión y claro concepto en las Leyes de Toro, y va á terminar en las antiguas cédulas y ordenanzas ó en las modernas leyes constitucionales.

Todo esto era y será, para los rutinarios, predicar en desierto. ¿A qué extrañarlo? Aun ahora, en las reformas de que recientemente han sido objeto nuestras Facultades de Derecho, todavía se dejan sentir las influencias romanistas y otras no menos *arcaicas*.

IV

En mi época, los estudiantes de Leyes no habíamos tenido la suerte de alcanzar el soberbio edificio que después se levantó de planta en Barcelona, con destino á Universidad. Nos trataban con más llaneza; alojados entre las venerandas ruinas del ex-convento del Carmen, en la calle del mismo nombre. Dos claustros con reminiscencias góticas y una escalera monumental; lo demás, un cuartel de caballería. Aulas con traza de pabellones; otras, en la planta baja, tirando y hasta oliendo á cuadra; algún balcón, mucha ventana grande, mucha ventana chica, rejas con fuertes barrotes, gruesos sillares de antaño combinados con obra reciente de mampostería; cuchitriles y largas crujiás. El mismo salón de grados, aunque espacioso, parecía un cuarto de banderas.

Lo de dentro tan ruin como lo de fuera. Ni una sala de descanso, ni una clase dispuesta en anfiteatro ó en gradería. Muy serio el catedrático, de toga, en una estrecha tarima, sillón danzarín, mesa de rico pino pintada de negro, y en ella el prehistórico tintero chato, de plomo, erizado de plumas de ganso. A lo largo de la clase un par de docenas de bancos carcomidos, tocados de cojera inveterada, con grecas de mugre y festones á varios tintes, algunos enriquecidos con edificantes leyendas, desahogo de una bilis mal contenida, de un capricho licencioso ó tal vez de amorosas cuitas. Di-

choso el que podía pillar asiento con respaldo, pues *con* y *sin* los había: el *sin* padecí yo durante cursos enteros, encorvado, en amable consorcio con una pared pringosa y tan húmeda, que me regaló en el costado derecho un simpático reuma, del cual no me ví libre en muchos años. Algunos muchachos, poseídos de la manía de los *carvers* norteamericanos, se entretenían grabando en hueco con navajitas sobre bancos y banquetas: cortaban, recortaban, rajaban, sajaban y tallaban con un primor artístico digno de mejor teatro. De ahí una continua pendencia con la gente de la casa, que nos juntaba á escote para pagar los desperfectos; porque, como es fácil de adivinar, nunca parecían los autores del delito. Un día nos encajaron cuatro duros de multa por barba; entramos en consejo, y en son de protesta decidimos emprenderla de un golpe con todos los bancos, á fin, decíamos, de restablecer el equilibrio entre lo roto y lo pagado. Pocas aulas tenían puerta grande: las más eran angustiosas y tan aprovechaditas, que entrábamos á codazos y salíamos á empujones.

Así nos trataban á los escolares aquellas Administraciones. Pero nos quedaba un consuelo: que todo lo relativo á servicios públicos estaba de la misma manera, con una sola excepción, el elemento militar. ¿Cómo no, si *los de tropa* tenían el padre alcalde? Imperaba Narváez.

Realmente, en aquella Universidad no había más que cuatro cosas medianamente decentes: los ya mencionados claustros, la sala rectoral, el jardín botánico y un alero de nueva fábrica destinado á cátedras de Farmacia. Los claustros eran un gran recurso para pasearse los viejos en días lluviosos. Nosotros íbamos allí media hora antes de clase, con el libro en la mano, vuelta á derecha, vuelta á izquierda, apuntalando el último párrafo de la lección: la fecha del Concilio, la cita legal, el trozo enrevesado del Digesto ó las Partidas. Los alegres traían novelitas de sensación: Féval, Sue, Dumas, Soulié y otros variados entremeses. Pasábanse días enteros discutiendo temas de esta profundidad: si *el trabajo de toda la jornada* es ó no frase castellana.

No hubiera aconsejado que frecentasen aquellos claustros ni las personas muy serias, ni los devotos, ni mucho menos

las señoras. ¡Qué museo en las paredes, debido al lápiz de exclarecidos ingenios! Lo más raro era que nadie cuidaba de hacer borrar aquellas abominaciones. Allí quedaban para perpetua memoria contra el decoro público ó la intachable honra de beneméritos profesores. Uno principalmente había que era blanco de todos los epigramas, en caricatura y en leyenda: llamábanle *el Frare Magí*, por lo rubicundo, lo frondoso de megillas y lo carnosico del cerviguillo. Entre otros infinitos caprichos que le dedicaron, recuerdo el siguiente estribillo, que tuvo que tragarse durante dos ó tres años, en letras gordas, y en uno de los sitios más visibles.

«¿Per qué lo frare *Magí*
sembla un gall ben enllardat?
Perque carrega de ví
y té lo clatell pelat.»

Los ilustrísimos Jefes de la casa se habían propinado una Rectoral con todo el atavío moderno; mobiliario de palo santo, mullida alfombra, cómodos sillones de damasco, cortinajes de ídem y la consabida escribanía de plata que campeaba en el centro de la mesa de despacho.

Sólo tres rectores conocí en los siete años: D. Domingo María Vila, antiguo progresista, D. Joaquín Rey, antiquísimo moderado, á quien Fernando VII había hecho magistrado, porque en las Cortes del 20 al 23 se mostró algo propicio á los señoríos; y el último, otro caballero ya entrado en años, procedente también de la magistratura; plantadete, elegantón y tan aprisionado en sus botinas que parecía andar sobre ballestas. No soltaba el puro de la boca; y cuando fuimos á felicitarle en comisión por haber tomado posesión del Rectorado, creyó oportuno obsequiarnos con una bandeja de habanos. A cuyo galante ofrecimiento, el alumno encargado del *speech* contestó á nombre de todos, con esta solemnísimá pitada: «Gracias, no tenemos *ese vicio*.»

¡Anomalías españolas! El Secretario general no fué removido en muchos años. ¡Siempre el mismo nuestro excelente plumífero! Peluquín entre castaño y bermejo, gafas verdes con gruesa montura de oro, caladas unas veces, otras levan-

tadas sobre la frente, levita parduzca de manga semi-ajamónada. Coquetón en el andar, arrastrando la punta del pie derecho, y arrastrándola más cada vez que os saludaba. Era el hombre de las reverencias y de las sonrisitas amables; bragadito con los chicos, pero de buena pasta si le sabían tomar el aire.

Del jardín botánico, que había sido huerta del Convento, se tomó en 1846 un gran solar para instalar la Facultad de Farmacia con aulas, laboratorio, gabinete y biblioteca. De manera que los caballeros boticarios consiguieron con facilidad lo que no logramos obtener los pobres legistas, que á medirnos por lo mísero del local, bien podíamos ser incluidos en la categoría del sopista, terciado el manteo y rascando la guitarrilla.

V

Mas ¿qué importaban las estrecheces del material, si de sobra con el personal se compensaba?

No diré que todos nuestros profesores de Derecho tuvieran igual talento ni la misma entereza para gobernar con madurez una cátedra; pero todos sabían y sabían mucho; los jóvenes en estudios modernos, los viejos como erudición y profundidad, si bien con algunos resabios de Cervera.

Dos había de estos *cerverinos* que eran un pozo de ciencia; ergotistas de afición, glosadores de oficio, buscadores y rebuscadores de toda clase de rarezas que iban á sorprender en las últimas rinconadas de los Códigos. Grandes amigos de chascarrillos, paradojas, picantes anécdotas y palabritas de doble sentido. Tipo conocidísimo en el profesorado de hace medio siglo. Solazábase en extremo uno de ellos con tenernos en perpetua risa; como cuando después de haber hablado de los derechos y obligaciones del marido, y al pasar á la esposa, decía señalando á la puerta: «ahora entran las mujeres.» Y todo el mundo volvía instantáneamente la cabeza, creyendo ver

penetrar por aquellos umbrales una legión de diablillos con faldas. En los exámenes gustaba mucho de desconcertar á los mejores alumnos soltándoles, por ejemplo, preguntas de este calibre: «Diga V., ¿qué hay de particular en el matrimonio?»

El otro era un acérrimo catalanista, nacido, como decía Voltaire de Pascal, un siglo antes de lo debido, á juzgar por el imperio que va tomando en nuestros días aquella variedad del separatismo. Hacía gala de no conocer más que el latín y el catalán; menospreciaba el francés y se burlaba del castellano. Cierta día quiso asistir á su cátedra un alemán que andaba viajando por España, y aunque la entrada era pública, creyó del caso el infeliz pedir cortesmente permiso. Expresó su deseo en no sé cuántos idiomas; pero el profesor no entendía ninguno ó aparentaba no entenderlo; hasta que ya cansado de tanta gerigonza, vuélvese airado al extranjero y le dice con la mayor secatura: «Hable V. en catalán y nos entenderemos.»

Tenía nuestro incomparable maestro cierto adlátere que le sustituía en ausencias y enfermedades y aun solía danzar por otras cátedras cuando la necesidad lo requería. Sabiéndole flojillo de carácter y de medianos alcances, no había bellaquería que no inventaran para mortificar al santo varon. Por aquellos tiempos vivía Barcelona en constante estado de sitio, con penas severísimas contra los que se permitiesen usar cualquiera clase de armas. Hubo una temporada en que la policía desplegó en este punto un rigor extremado, y cabalmente en aquella ocasión, tocóle al desdichado sustituir la cátedra de Derecho penal. El día en que calcularon que se hablaría del uso de armas prohibidas, convinieron en llevar todos, debajo la capa, alguno de aquellos apéndices de contrabando: quien puñal, quien daga, quien pistola, quien un cacho de florete y hasta apareció un trabuco recortado, que sabe Dios de dónde lo sacarían. Concluída la explicación, en el momento en que el Profesor acababa de preguntar á un alumno:—«¿Cuáles son las armas prohibidas?»—«Estas,» dijeron todos á un tiempo sacando de improviso á relucir la colección de herramientas. No he visto otro prójimo en tan

amargo apuro. «VV. me comprometen y empiezan por comprometerse á sí mismos; vendrá la guardia; dejen VV. esas armas en la portería.» Explicáronle la broma; el hombre se tranquilizó, y el lance no tuvo consecuencias.

Dábame pesadumbre ver cómo abusaban de aquel bendito, que era el colmo de la blandura. Con tal franqueza nos trataba, que llegaba á confiarnos los asuntos más íntimos de su familia; nos explicaba el *arte* de hacer testamento en toda regla, cosa que, por no haber de qué, nos tenía á los chicos sin cuidado, y nos decía el modo de gobernarnos con la clientela cuando concluyésemos la carrera. Porque los clientes—eran sus palabras—son muy pillos y siempre están discurriendo la manera de pegársela al abogado. Por eso confesaba que siempre les apretaba las clavijas, sin el menor escrúpulo de conciencia, y nunca subía á estrados sin ponerles cuarenta durejos de gabela por el trabajo de aprenderse los informes de memoria.

Otra víctima contra quien soplaban los gateras la llama la sedición, era el primer Profesor que tuvimos de Economía. Hombre de prendas y calidad allá en sus verdes años. Pero entonces estaba en plena Villavieja, cegato, tardón en la palabra, y en su aula nos reuníamos cerca de 300 alumnos procedentes de varios cursos; efecto de aquel continuo zaran-deo á que perpetuamente viven condenadas las asignaturas llamadas auxiliares. Era la época en que hacía furor el *Hernani* en el teatro de Capuchinos. Todos nos lo sabíamos de memoria. Cuando más engolfado estaba el Profesor en la solución de un problema económico, toda la banda de la derecha salía entonando á la sordina la famosa romanza del barítono.

Vieni meco, sol di rose
Intrecciar ti vo'la vita.

—¡Silencio!—gritaba el Profesor volviéndose á la derecha y dando fuertes puñetazos en la mesa. Entonces los de la izquierda, aprovechando la distracción, cogían á su vez la estrofa, y continuaban con brío:

Vieni meco, ore penose
Per te il tempo.....

—¡Fuera! ¡Fuera!—vociferaba el hombre, ya descompuesto, levantado del sillón, batiendo el aire y en un estado de excitación indescriptible. Y como ya él nada oía, ni veía, ni entendía, la clase entera, como movida por un resorte, se ponía de pie, y en medio de una espantosa grito repetía setenta veces la conclusión de la frase:

..... no, no, no, no, non avrá.

Avisaba al Rector, echaba á los cabezas de motín, llovían suspensiones, pero en vano. No hubo medio de corregir su mala estrella haciéndonos entrar en caja.

Nótese bien una cosa. La mayor parte de estos desórdenes escolares no tienen su origen en los alumnos: vienen de más arriba. Sobre que la Economía política, tal como se explicaba antes de Bastiat, era de un género absolutamente secante, lo monótono de aquellas explicaciones bastaba para retraer á los más celosos. Pues ¿y el texto? ¡La obra de D. Eusebio María del Valle! Además, nos habían acostumbrado á una muletilla para salir del paso en cualquier apuro. Con decir: «Esto depende de las circunstancias,» estábamos al cabo de la calle.—«¿Cuáles son los elementos del precio?—Esto depende de las circunstancias.—¿Cuál es la ley de los salarios?—Esto depende de las circunstancias.—La venta de la tierra, la formación del capital.....—Diré á V.... depende de las circunstancias.»

Forma de dar atractivo á una asignatura, con manjar tan esquisito. Así se espaciaba el espíritu cuando, al dejar aquel tócame Roque, entraba uno en la cátedra de Feixó, distinguido profesor de Romano. Todo hacía simpático á Feixó, hasta su quebrantada salud. Joven, rubio, pequeñito, tisiquillo, devorado por los estudios y los trabajos de bufete, que abreviaron sus días. Tenía una elocuencia dulce, persuasiva y correctísima. Siempre serio, siempre digno, siempre levantado. Espíritu enteramente moderno, que á fuerza de talento y de asiduidad, iba siguiendo el paso á las últimas evoluciones de la ciencia con Hugo, con Savigny, con Niebuhr, con Ortolán.

Por otro estilo, eran también muy estimados los Dres. Ver-

gés y Sivilla: ambos canonistas. D. Tomás Sivilla, hoy Obispo de Gerona, era entonces seglar: sencillo de maneras, compostura grave y mesurada, palabra insinuante, empapado en su Disciplina eclesiástica, que exponía con claridad, muy metódicamente y sin arranques. Los arranques quedaban para su compañero Vergés, también seglar entonces y viudo con siete hijos. Del género tremebundo: largo, moreno, señalado de huesos, formidable acento y unos brazos y unos puños, que en su caso podían emplearse á guisa de argumentos. Difículto que haya en España quien, como canonista, le haya superado. Eso sí, rabioso, ultramontano. No digo Van Espén ó Aguirre: ni Cavallario, ni Selvaggio, ni el infeliz Devoti le satisfacían. Cuando tropezaba, en la explicación, con algún personaje de la Reforma, con Lutero, Calvino, Zwinglio ó con Melanchton, daba unas voces tan cañoneras que se oían desde la calle. Y como al mismo tiempo era buen orador, y tenía robusta y cadenciosa frase, y, al hablar de los enemigos de la Iglesia, le centelleaban los ojos y la boca le espumaba, nos tenía atónitos, inmóviles, casi aterrados; y, más que por lo que decía, llegaba á convencernos por lo que espantaba. Si hubiese vivido en el siglo XVI y al alcance de su mano hubiera pillado á los héroes del protestantismo, quizás, quizás estaría de más el Concilio de Trento con sus definiciones y anatemas. Un buen tirón de orejas de Vergés hubiera bastado para imponer perpetuo silencio á aquellos demoleedores.

VI

Había tres hombres superiores: Martí de Eixalá, Permanyer y Figuerola: el primero, menos conocido en Madrid que sus dos colegas. Martí de Eixalá explicaba Derecho civil español, pero ante todo era un filósofo: pertenecía á la escuela escocesa, cuyas doctrinas habían penetrado en España por conducto de Cousín y de Jouffroy. Por consiguiente, partidario decidido del método de observación, preconizado para las

ciencias morales por Tomás Reid y Dugald Stewart: como ellos, enemigo de la conjetura y de la hipótesis: como ellos, encerrado en el estudio de los hechos, de sus caracteres y de sus relaciones; es decir, de lo fenomenal para llegar á la certidumbre. Rara coincidencia entre la filosofía escocesa y la de los modernos positivistas. Pero, para seguir en todo á sus maestros, Martí se separaba en una cosa de lo que hoy llamamos positivismo: en admitir verdades *à priori*, simples, espontáneas, universales y, á su modo de ver, irreductibles é indemostrables, que llamaban verdades de sentido comun, él y todos los hombres de su escuela. Nosotros somos los defensores del sentido común, me decía Javier Lloréns, su hermano en Filosofía.

No me encantaba esta doctrina, porque el criterio del sentido común es de lo más arbitrario que haya podido inventarse como fuente racional del conocimiento; pero el método salvaba á los adeptos de la escuela escocesa. Los análisis de Martí eran incomparables: sus libros todo sustancia, todo realidad, todo precisión de juicio. Parecían como las obras de Bluntschli; apuntes extractados de un trabajo magistral guardado en la cabeza. Y aquella severidad en el escrito y aquel rigorismo de la pluma se retrataban en todo el exterior de la persona. Caminaba muy derecho, con paso firme, la mirada alta; y cuando le veíamos cruzar los claustros tan erguido, con largas tirillas, la mano derecha metida, á lo Guizot, en el chaleco, y colgado del antebrazo izquierdo el bastón en forma de cayado, decíamos todos que aquel grave personaje no era un simple mortal, sino una institución, y en vez de Martí, le llamábamos *la Martinidad*. Nunca decaía en la conservación; y tan absorto estaba y tan poseído de lo que decía, que si por ventura os paraba en la calle, empezaba distraídamente á desabrocharos uno á uno los botones de la pechera y os marcaba el compás de las palabras sobre la mismísima tabla del pecho, con unos dedos muy descarnados y puntiagudos.

La cátedra era su escenario. Allí se crecía, allí imperaba, allí triunfaba. Aunque de palabra premiosa y con la manía de remedar el acento andaluz, era la admiración de todos

apenas abría la boca. ¡Qué lógica! ¡qué claridad de exposición! ¡qué elevación y qué novedad en las ideas! No exponía las doctrinas, las esculpía en el fondo de las inteligencias. Aquel buril, aquel cincel me embelesaban. Mas satisfecho salía yo de una árida lección suya que de oír un delicioso concierto. A aquel hombre debí seguramente la segunda transformación de mi espíritu. Si Martí de Eixalá hubiera explicado en Francia ó en Alemania, su nombre hubiera alcanzado fama europea. Tuvola más modesta y no escasa sin salir de España; varias obras suyas, entre ellas los *Elementos de Derecho Mercantil*, gozan de grande autoridad en nuestras escuelas. Dos ó tres veces fué diputado á Cortes, pero con poca fortuna. Sus discursos no gustaron. Pidal, padre, le trató una vez de visionario, á propósito de la ley de vagos. Prueba, en mi concepto, de que los hombres dados á la alta especulativa no se ajustan fácilmente á los trotes parlamentarios ni logran acostumbrarse al teje maneje de la vida política.

Con menos talla científica que Martí de Eixalá, Permanyer alcanzó mayores triunfos; porque era mejor orador, de genio más comunicativo y con más talento práctico. Cuando cogió nuestro curso, acababa de hacer oposición á la cátedra de Códigos españoles, que desempeñó largos años. Hombre de horizontes. Sus programas revelaban un profundo conocimiento de nuestras instituciones jurídicas. Faltábale tiempo entonces para redactar una obra de texto; hubiera llenado un gran vacío que no cubrieron después los siete tomos de don Benito Gutiérrez. Pero, al contrario de Martí, sepultado en su gabinete de estudio, Permanyer era hombre de bufete abierto, lumbrera del foro catalán. Tenían que marchar juntos en él, el jurisconsulto y el abogado, la ciencia y el pedimento: tarea muy difícil. También vino á Madrid de diputado á Cortes, haciéndose aplaudir en el Congreso por su fácil palabra. Fué aquella una época de grandes abogados parlamentarios: Permanyer, de Barcelona, Bedmar, de Sevilla, y Alonso Martínez.

A Permanyer llevóle Concha al Ministerio de Ultramar. Desgracióse como Ministro; tanto había que hacer allí, que

el pobre no hizo nada. En lo poco que quiso hacer, ayudáronle sus dos amigos, Juan Mañé y Estanislao Reynals, director el primero, y el segundo redactor del *Diario de Barcelona*. Ante la magnitud de la empresa, los tres estaban descorazonados.—¿Sabes—me decía Reynals—cómo tomo yo mi paso por el Ministerio de Ultramar? Pues, como si me dijeran: vaya V. á Fernando Póo y conquiste V. aquello.— ¡Lástima de país donde así se esterilizan los hombres sacándolos de su verdadero centro!

Alcanzónos Figuerola, con gran fortuna nuestra, para enderezar, en unas cuantas lecciones bien aprovechadas, la torcida é indigesta Economía política que habíamos estado *padeciendo*; y al siguiente año, nos dió el curso cumplido de Derecho político y administrativo.

Ya llegarán los tiempos en que hablaremos del Figuerola político y hombre de Administración; juzguémosle ahora como profesor. Rondaría entonces por los treinta ó treinta y dos años, tan enjuto de carnes y tan paquetito de nervios como ahora; espíritu grande, de aquellos que, según una frase feliz de Víctor Hugo, toman un cuerpecillo de pretexto para poder pasearse por la tierra. Cuando se encargó de nuestra cátedra, recientes estaban en la memoria las brillantes oposiciones que acababa de hacer á la de Derecho político y administrativo de Madrid, ocupando el primer lugar de la terna. Le escamotearon la plaza y tuvo que contentarse con la de Barcelona, á la cual iba aneja la otra asignatura de Economía política.

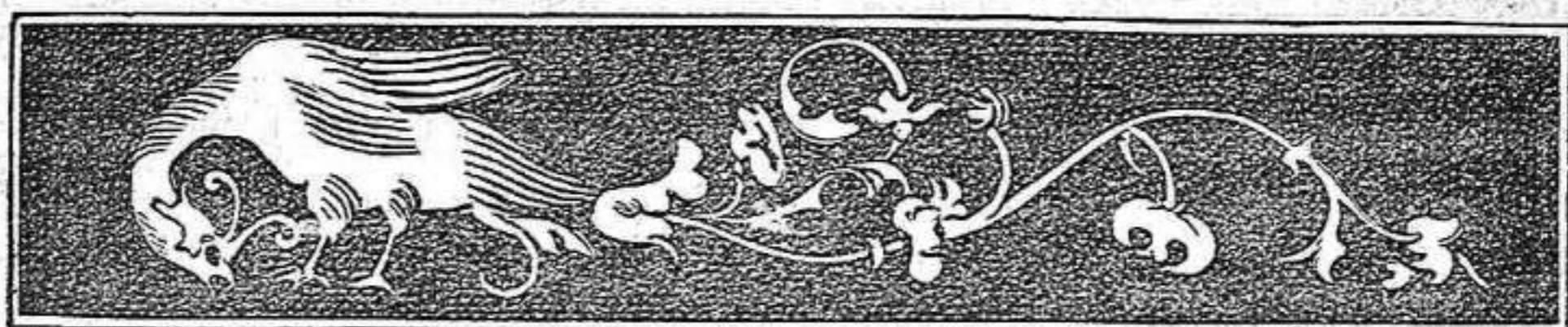
Acaso el mismo Figuerola, con su conocida modestia, no se habrá fijado en los graves perjuicios que ocasionó á la enseñanza aquella su postergación para la cátedra de Madrid. Madrid es el gran laboratorio de hombres políticos. Será fortuna, será desgracia, no lo discuto: es un hecho. Tampoco discutiré si la cátedra de aquella especialidad en la Central es ó no capaz de formar la opinión general de la juventud; por lo menos, contribuye, en cierta medida, á formarla, dejando en el espíritu de los chicos aprovechados aquel *pliegue* que no se quita ya, ni con el deterioro de los años, ni con las mudanzas de la fortuna. Presidentes del Consejo, Ministros de

todos ramos, oradores de primera talla, raro es el que no ha pasado por el tamiz de la Central antes de salir á gobernanos. Muchos de los que bullen desde el 54, estudiaron Político en aquella época. ¡Quién sabe lo que hubiera logrado de ellos la causa liberal si, ocupando Figuerola el puesto que legítimamente le correspondía, hubiese podido dirigir, desde un principio, aquellas ricas inteligencias! Otros vinieron que las hartaron de *justo medio*: así han seguido luego y en estado de absoluta impenitencia. Deplorémoslo, ya que no hay otro remedio; deplorémoslo los que todavía creemos en la influencia de los maestros.

En cambio, lo que fué dura contrariedad para la juventud de Madrid, fué soberana dicha para la de Barcelona. Dándonos á conocer las *Armonías*, de Bastiat, que empezaban á meter ruido, Figuerola nos hizo cobrar gran afición á los estudios económicos. Lo mismo sucedió con los políticos, ensanchándonos la vista con el sistema de Ahrens y trazándonos las grandes líneas de la ciencia administrativa. Su palabra no era rica: su concepto, opulentísimo. ¿Qué diré de aquella envidiable originalidad que tanto resplandecía en sus explicaciones? Chispitas de ingenio que iba sembrando en los más menudos detalles de una exposición científica. Era inútil acudir á los libros que citaba ó que le suponíamos de consulta. Siempre había en él algo nuevo, algo que no se había dicho ni escrito, algo en que se destacaba su personalidad vigorosa. Nos dominaba, nos avasallaba, nos absorbía, y como dóciles borregos manejaba á aquellos mismos que tantas pesadumbres habían dado á su antesor en la cátedra.

Figuerola es de los pocos hombres que han hecho discípulos en España. No de los discípulos que ganan notas en examen ó se habilitan para el grado, sino de aquellos otros que toman en brazos una doctrina, que la contornean, la ensanchan, la propagan y llevan su contingente personal de luz al perfeccionamiento de las ideas.

JOAQUÍN MARÍA SANROMÁ.



ESTUDIOS
ACERCA
DE LA EDAD MEDIA

Continuación (1)

V

TROVADORES (DEL POEMA *Der Nibelunge Noet*). — CORTES
DE AMOR

Ce petit livre n'est point un livre de science.

(OZANAM.—Les Poètes franciscains.)

AL EXCMO. SR. D. VÍCTOR BALAGUER.

DOR entonces aparece también en todas las naciones de Europa el ciclo de los trovadores, que subliman el amor humano y realizan en las literaturas la apoteosis de la mujer, obra que llevara á feliz término, por aquel tiempo, con su *Divina Comedia*, el pobre enamorado de Florencia.

¡Qué espectáculo!... De las pequeñas Cortes italianas, llenas con los entusiasmos del arte, con los rumores de fiesta

(1) Véase la página 570 del tomo anterior.

inacabable; de las brumas de Alemania; de los burgos de nuestro Reino, hermanos de Portugal, ofrecido en su fundación como feudo á la Vigen Santa; de nuestras romancescas ciudades, con sus catedrales misteriosas, y sus Cristos legendarios, y sus rejas, y sus medrosas encrucijadas; de Cataluña y de Provenza, iluminadas por el cielo del helenismo; de Inglaterra, de Sicilia, de Polonia, coro de inspiradas voces, canta con inmortales acentos, á la orilla del mar sereno, á la sombra de los castillos, por los claustros de las viejas abadías, y logra en el cielo del arte, lo que los caballeros habían conseguido sobre los campos de batalla (1). Ya por esa época, el sentimiento caballeresco, romántico, voluptuoso, galante, había descendido en Italia sobre el alma de Guido de Arezzo, que cantó, con forma sencilla y apasionada, el ideal de su tiempo; de Guido Guinicelli, á quien llama Dante «uno de los más ilustres poetas que cantaron rimas de amor, tiernas y graciosas» (2); de Guido Calvacanti, adorador de Mandetta de Tolosa, y autor de aquella famosísima *canzone*, donde define la misteriosa esencia del *primo amore*; de Dante de Majano, cuyas rimas cautivan el corazón de Nina de Sicilia, por él amada con pasión platónica; de Cino de Pistoia, lleno de dulces y poéticas reminiscencias clásicas (3); de Guido delle Colonne, galante y candoroso en la expresión de sus afectos; de Jacome de Lentino, que celebraba en *dolce stilo* á las damas más ilustres; de Reinaldo de Aquino, autor entre otras, de aquella canción que comienza:

*La dolce Primavera
vene presente,
e frescamente,
e si frondita,
Ciascuno invita
ad aver gioja intera;*

(1) Fauriel.—*Histoire de la poésie provençale.*

(2) Dante.—*De vulg. eloq.*—*Div. Com.*, Purg., C. XXVI, v. 33.

(3) Dante.—*De vulg. eloq.*, L. I, c. 17.

de Chiaro Davanzati, todo penetrado de la suavidad helénica (1); de Palermitanone, que compuso aquellos versos tan hermosos:

*Canzoneta giojosa,
va allo fior di Soria,
A quella che lo mio cuore imprigiona, etc.;*

de Rimeri de Palermo, claro precursor de Petrarca; de A. Noffo, de grande ingenuidad y delicadeza; todos ellos poetas, soñadores, entusiastas, elevándose como estrellas rutilantes por los espacios del arte, y abrumados de languidez y de nostalgia, haciendo un himno de su vida entera; para explicar, y cantar, y adorar hasta la sombra del amor, del *primo amore*; en tanto que otra legión de trovadores venían de la Sacra Montaña de Asis, con el Cristo del siglo XIII, con Frá Pacífico, con Frá Giacomino, con el humilde Jacopone de Todi; con San Buenaventura, ese Platón de la Edad Media, con Celano; la nueva raza de trovadores divinos, admiración de la tierra, que van cantando por las calles y los pueblos, en letanía fervorosísima, mientras los otros trovadores celebraban la hermosura de las damas, las esperanzas y los anhelos del amor divino (2). Entonces, entre las brumas del Norte de Europa, á la orilla de aquellos ríos generadores de eternas nieblas, en el silencio de los castillos, á la sombra del monasterio, por los bosques de la tradición germánica, aparece inolvidable leyenda de combates y de héroes, de terror y de muerte, eternizada en inmortal poema que tiene todo el candor y toda la rudeza de una crónica de la Edad Media. No he podido leerla nunca sin evocar el encanto ideal de aquellos siglos, vivos y palpitantes en las notas de la gran creación de Meyerbeer, *Roberto el Diablo*. En ese poema, *Der Nibelunge Noet*, cuya formación actual se debe á uno de los más grandes poetas del siglo XII ó de principios del si-

(1) Está en la colección de rimas ilustres inéditas del siglo XIII. Roma, 1840.

(2) V. Ozanam.—*Des Poetes Franciscains*, etc.

glo XIII (1); considerado como el más eminente entre los poemas caballescicos modernos (2); objeto de curiosas investigaciones y de estudios profundísimos, que vienen á esclarecer muchas sombras de la literatura y de la historia, y que ha agitado la inspiración de los artistas hasta Wagner (3), se adivina toda la vigorosa exaltación de los sentimientos caballescicos, origen fecundo de espléndidas é inenarrables grandezas en el discurso de la Edad Media.

Al recitar sus estrofas, y al recordar sus aventuras (4), henchidas con el estruendo de combates, que parecen combates de gigantes; en la corte de Worms, donde brilla como estrella de hermosura la Princesa Criemjilda; bajo las almenas del castillo de Franconia, en el que duerme encantada por Odino la Reina de Irlanda, Brunequilda; en la cacería por la isla del Rhin, donde muere Sigifrido, y en el dolor de Criemjilda que puebla con sus lamentos la soledad de aquellos sitios; en el viaje á lo largo de la corriente del Danubio, cuando Hagen se hace predecir por las ninfas del río el resultado de su Odissea; en el banquete que da Etzel á los guerreros franceses, cuando llega ensangrentado el mensajero del Rey, diciendo que los 9.000 soldados de éste habían sido pasados á cuchillo; en el combate de Hagen con los héroes de Borgoña, y en el reconocimiento del campo de batalla, cuando los vasallos del Rey de los Amelungos vienen á recoger de entre los nuestros el cuerpo del *margrave*; en la venganza de Criemjilda, haciendo saltar con un cuchillo la cabeza de Hagen, y en la muerte con que mata á ésta, lleno de horror Hildebrant; en aquellas estrofas dolorosísimas, en las que extinguida la ilustre raza de los borgoñones, queda Etzel, el Rey de los Hunos, solo, triste, para llorar con Dietrich, Rey de los Amelungos,

(1) V. los *Estudios históricos* de Chateaubriand. Notas de M. Bunsen á Mr. Chateaubriand.

(2) Lachmann.

(3) En el *Parcival*.

(4) Este poema se divide en *aventuras*, y consta de 4.316 estrofas de cuatro versos pareados (especie de alejandrinos), que componen todas las cuarenta aventuras.

la infausta suerte de los caballeros cristianos; en todos los acentos de guerra, y en todos los lamentos de amor, que agitan, como el alma, las estrofas del romántico poema, parece escuchar allá por las regiones de la nieblá, el eco de las canciones de los bardos, que contemplan, en el delirio de sus dolores, á los pálidos rayos de la luna, la misteriosa estrella de la tarde, ven flotar entre penumbra luminosa las almas de los valientes, y cantan sobre las tumbas amadas, cubiertas de musgo, las victorias de los guerreros y la hermosura de las damas, arrebatadas por el filo de la implacable muerte, al esplendor de los torneos y á las delicias de las cortes. Ya no son, no, los héroes de los Nibelungen, los héroes impasibles de la Iliada. Algún relámpago de espiritualismo, algún fulgor de galantería, algo divino y puro, la exaltación de amor, ha pasado por sus almas, como iniciación sublime de los sentimientos de la Edad Media. Allí ya no se conquista á la mujer por el prestigio de las armas, sino por la magia de la poesía. Sigifrido, el héroe de Santén, el más cumplido de los caballeros por su hermosura y bizarría, que ha vencido al dragón haciéndose invulnerable, y apoderándose del anillo de los Nibelungos, en virtud de promesa solemnísimá, hecha en la corte de Worms delante de la Princesa Criemjilda, servido por los paladines más apuestos, no cree merecer el amor de la noble doncella, sino después de la terrible prueba. Por eso viene de Worms al romanesco castillo de Franconia, donde armada de punta en blanco, duerme en magnífico lecho, rodeada de llamas bravas, la Reina de Irlanda, Brunequilda. ¡Infeliz del que pretenda su amor, terrible como la muerte, é insondable como los grandes abismos! Casada más tarde Brunequilda, después de milagrosos sucesos, con Gunthero, se somete á su marido, no por el ascendiente de la fuerza, sino por la seducción del amor dulce y apacible. Hay algo aquí de ideal y de noble, desconocido en absoluto por la antigüedad clásica. Brunequilda no es ya la mujer que pasa de los brazos de Aquiles á los de Agamenón, de la tienda de Héctor á la de Pirro; no. Con íntima conciencia de su ternura y de su belleza, se entrega á Gunthero, cediendo al profundo entusiasmo que le inspiran sus dotes eminentes, como si desde en-

tonces el amor debiera de alimentarse con la admiración. La corte de Gunthero tiene todo el prestigioso atractivo de las cortes italianas en la Edad Media, y los héroes borgoñones toda la aureola de los caballeros cristianos del siglo XIII. El soplo del espiritualismo, que hace germinar mundos infinitos de belleza, baña ya con luz esplendorosa las páginas de este tempestuosísimo poema, á cuya evocación resuenan en el alma todo los ecos de aquella edad pasada (1).

CORTES DE AMOR

La apoteosis de la mujer, ideal eterno de los sentimientos que han informado á las instituciones caballerescas, brilla espléndida por aquellos siglos en el cielo de las literaturas y en el cielo de las almas. Nuevos elementos de poesía vienen á espiritualizar el amor, y nuevos trovadores vienen á cantar en el castillo y en la corte. Godofredo de Rudel, henchido de eterna pasión por la Condesa de Trípoli, á la que nunca había visto, y cuya prodigiosa belleza le habían dicho peregrinos y mercaderes que vuelven en procesión ó en caravana de Antioquía; Pedro Vidal de Tolosa, errante por los caminos de la Tierra Santa, enamorado de Loba de Penautier, por cuyo afecto se vistió de pieles, exponiéndose á los rigores de cacería cruelísima; Rambaldo de Vaqueiras, suave y dulce como el cielo de su tierra, adorando siempre la sombra de irrealizable deseo, el sueño de esperanza nunca saciada; Bernardo de Ventadour, coronado solemnemente en la catedral de Bolonia, buscando por los torneos y las cortes los ojos de hermosísima Princesa; Guillermo de San Deside-

(1) V. La edición hecha por Carlos Lachmann en París, 1826, con el título: *Der Niebelungen Noth, mit der Klage; in der alttestem gestal mit dem Abrrichtungem der gemeinem Lesart*. Esta edición hemos tenido á la vista para hacer las ligeras observaciones que dejamos indicadas.

rio, el Byron de la época, que celebra en la soledad de su castillo los encantos de la ilustre Marquesa de Polinag; Catoia, que canta los placeres del amor platónico, y truena contra el desenfreno y la prostitución de la poesía caballeresca; Emerico de Peguilain, peregrino por las cortes de los Este, de los Monferrato, de los Malaspina; Sordello de Mantua, esculpido por el poder del genio en los tercetos dantescos (1), y «que reúne la palma del guerrero, el mirto del amante y el laurel del poeta,» *alma lombarda, altiva y desdeñosa* (2); Guirardo de Riquier, que lamenta la desaparición de los buenos tiempos de la *Gaya sciencia*, en famosa carta á nuestro Alfonso X; ¡Alfonso X el Sabio!, también trovador de las glorias de la Virgen Madre, en aquella España del siglo XIII, espiritual y romancesca, que veía elevarse hasta los cielos catedrales como la de Toledo, como la de Burgos, como la de mi ciudad, por mí siempre amada, con el amor con que los judíos recordaban desde el destierro su Jerusalem la Santa; Cristiano de Troyes, cantor de la leyenda del Santo Graal, que hoy palpita con todo su candor y pureza en las notas de la gran creación de Wagner; Blondel, que vagando por luegas tierras oyó cantar á Ricardo Corazón de León la dulce canción, compuesta por ambos lejos del cielo de la patria (3); Federico II, «el Emperador más grande si hubiera amado su alma» (4); Enrique de Valdeck, de sentimiento inagotable, autor de la inmortal leyenda de Mastricht (5); Enrique de Otterdigen, que exalta con sus canciones varoniles á aquel Leopoldo de Austria, *valiente como un león y pudoroso como una doncella*; Walter de Vogelweidem, que plañe en popular romance el abandono de la Tierra Santa, y cuyo poético testamento alimenta á los pájaros del cielo (6); Ulrico de Lich-

(1) *Divina Comedia*. Purgatorio, cap. VIII.

(2) Dante.—*Div. Com.*

(3) *Crónica de Reims*. De autor contemporáneo. París, 1839.

(4) *Crónica de Salimbeni*.

(5) Wagensil.—*De Civitate Noribergensi; accedit. De der Meistersinge, institutus liter*, 1697.

(6) Uhland.—*Quiero que los pájaros encuentren granos de trigo, y agua en*

tenstein, de agitada y dramática existencia, el cual en un torneo, como dudase una dama de que el poeta se hubiera herido un dedo, se lo cortó, lo engastó en oro, y colocándolo dentro de un tomo de sus poesías encuadernado en terciopelo azul, se lo mandó á la desconfiada castellana; Wolfrán de Eschenbach, «el más insigne ingenio que ha producido Alemania» (1) y que aparece, para hermostrarlos, en los albores de la vida de la *buena y amada Santa Isabel*, en aquel memorable desafío literario celebrado en la corte de Turingia; al nacimiento de esa heroína por quien siempre he sentido ardentísimo entusiasmo (2); Godofredo de Strasburgo, que eterniza en su *Tristán* la ternura inmensa que arrastró al hoyo del sepulcro á dos amantes, sobre cuyos cuerpos brotan dos ramas de yedra que, entrelazándose, los cubren; Pedro de Aragón, Tibaldo de Champaña, D. Dionís de Portugal, «de graciosas é dulces palabras» (3); Ausias March, «grant trovador, é hombre de asaz elevado espíritu» (4), alma llena, como la de Petrarca, de ensueños vagos, de presentimientos misteriosos, de aspiraciones insaciables; por donde quiera, coros de trovadores, surgidos todos á la evocación del mismo sentimiento, que llenan con sus cánticos, donde todo lo espiritual se transparenta, los burgos, los monasterios, las cortes, los castillos, los torneos, los campamentos; nacidos para cantar, como las aves del cielo, y para dejar en las almas y en los espacios, como luminosa estela, el himno inacabable del amor.

Entre todos ellos miro levantarse la simpática figura del ilustre Dante, que centellea, como los últimos tercetos de su paraíso, sobre todas las grandes creaciones de la Edad Media. Pobre soñador y desterrado, enardecido por pasión profunda, por la fiebre de voluptuosísimas tristezas, y por el presenti-

mi sepulcro; así pues, en la piedra bajo la cual descansa, haréis cuatro hoyos, para llenarlos todos los días.

- (1) Goëthe.
- (2) Montalembert.—Ob. cit. Introducción.
- (3) Marqués de Santillana.
- (4) Ibid.

miento de celestes amores, trovó como los trovadores de su tiempo, en versos jamás olvidados á la hija de aquel oscuro Portinari, á la niña Florentina, á la dulce Beatriz, ese símbolo de la mujer, transfigurada en el Tabor del espiritualismo cristiano (1). Y el romanticismo caballeresco se extiende por toda Europa, y nacen entonces, al par de los torneos, «esos santuarios del valor y de la galantería» (2), á la sombra de los frescos naranjos de la Provenza, al arrullo de las olas del mar que baña á Nápoles y á Sicilia, en la condal Barcelona, que llevaba por los Oceanos sus naves en la Edad Media, en competencia con las de Pisa, de Venecia; en la tierra de Gascuña, por la Narbona, la Champaña y la Aquitania, en Avignón memorable, tribunales de damas que van á explicar, como el trovador inmortalizado por Dante, los arrullos más imperceptibles del espíritu, y la esencia impalpable del amor.

Paréceme evocar la historia de la artista Grecia, y allí también, á la orilla del mar Mediterráneo, á la sombra del Híbla y del Himeto; que Sócrates miraba en su agonía; en los intercolumnios del oráculo, al resplandor de aquella luz incomparable, ver coro de platónicos, empapados en el perfume de la Academia, discurrir acerca de la naturaleza del *logos*, del sentimiento que nos vivifica; del alma, que es como un rayo de lo infinito; de las realidades absolutas en el gran día de la metafísica (3); del Verbo, que es el ordenador del Universo (4); de Dios, que se encuentra en el fondo de nuestra alma y el fondo del inmenso espacio y al que nos elevamos con alas de ángel en vértigo espiritual en pos del bien que nunca se acaba, de lo verdadero sin sombra, de lo bello (5),

(1) Pueden consultarse: Raynouard.—*Choix des poesies originales des trovadours*. París 1817.—Nostredame.—*Vidas de los poetas provenzales*, adicionadas con las eruditas notas de Crescimbeni.—Fabret d'Olivet.—*Le trouvadour, ou poesies occitaniques du XIII siècle traduites et publiques*. París 1803.—Millet.—*Histoire litteraire des trovadours*. París, 1802.

(2) Foncemagne.—*Vues generales sur les turnoís*. Obra curiosa de la que conozco la edición de Lyon, 1869.

(3) Platón.—*República*, libro VII.

(4) En el *Timeo*.

(5) En el *Phaedón*. V el libro de *Rep.* VI.

esplendor de lo verdadero (1); del amor, que llena con su presencia al Universo entero (2).

Mientras poetas del amor divino, tomados de la locura de la Cruz, van celebrando, como los poetas franciscanos, la belleza de los cielos; y los romanceros cantan las hazañas de los héroes, en los castillos y en las plazas; otros trovadores, enamorados de no sé qué ensueños, videntes que como Platón, como Dante, contemplan el reflejo de lo ideal en el *eterno femenino* (3), celebrando la hermosura de las damas y las sublimidades del amor espiritualista, vienen á la historia para traer suspiros de pasión en sus *sirventesios*, y á llenar los aires con acentos de aspiraciones inmortales. Ahí están, podéis mirarlas, todas las grandes bellezas de aquellos siglos, adoradas con loca adoración, aún en las tristezas del sepulcro. A las cortes de amor vinieron Ermengarda, á la que su amigo el trovador Pedro Roger celebraba con el místico nombre de *Tort n'avez*; Eleonora de Poitou, sueño del deseo, y tormento de trovadores y de paladines por su elegancia incomparable; Constanza de Provenza, que hizo de su corte el claro espejo de las costumbres caballerescas; Sancha de Mallorca, flor de nuestra patria, viuda del Rey Roberto de Nápoles; Loba de Penautier, por la que Pedro Vidal se vistió de pieles, herido de mortales amores; María de Francia, grande amiga de trovadores y romanceros, espiritual y discreta; la Vizcondesa de Aviñón, Adalacia, realzada por los encantos de una eterna primavera; Sibila de Anjou, que fundó en Flandes corte de la *Gaya esciencia*, una de las más preclaras de su época; Estefanía de Romanino, en cuyo castillo resonaban siempre las canciones más dulces de aquel tiempo; María de Ventadour, hermosa con toda la hermosura de las vírgenes pintadas en las ventanas de nuestras catedrales; Leonor de Guieme, Reina luego de Inglaterra, recordada por el ilustre trovador Bernardo de Ventadour; Clemencia Isaura, de atractivos tan poderosos que arrastraba tras de sí tropel de caba-

(1) En el *Banquete*. Discurso de Sócrates.

(2) Ibid. Discurso de Eryximachus.

(3) Goëthe.

llos y de trovadores, heridos por el resplandor de su mirada; Mandeta de Tolosa, inmortalizada por Guido de Calvacanti, que dice de sí en balada hermosísima: *Era in pensier d'amor*; Margarita de Tarento, Reina viuda de Escocia, sublimada por toda la belleza de una italiana de la Edad Media; Ermi-senda de Pasquierer, Bertrana de Signé, Fanneta de Gantelmi, «gran improvisadora de romances en toda clase de rima provenzal» (2); Guillermina de Benaut, venida al mundo para volar pronto á la patria (3); sobre todas ellas, por la misteriosa estela que ha dejado en la historia y en las almas, Laura Aviñón, esotro eterno ideal, como Beatriz, dulce y melancólica, de cabellos de oro, de manos blancas y finas, de seno juvenil y hermoso (4); adivinada por el poeta que la llevaba en lo más íntimo de su corazón, *en las claras y frescas aguas, en las verdes praderas, en la blanca flotante nube* (5); ¡Laura! esa alma gemela de todas las almas puras y delicadas, viva siempre, por un milagro del amor, en las dulces canciones de Petrarca (6).

Si la caballería es una protesta contra los sentimientos materiales y egoístas, los tribunales de la *Gaya esciencia* no son más que otra protesta contra el amor material y grosero, y una exaltación del amor espiritual y puro, origen fecundo de inmortales grandezas en la historia. De toda esta exaltación de sentimientos surge la mujer, coronada con la aureola de todos los tiempos, y sigue su inmortal odisea en las más encumbradas creaciones de la literatura y del arte. Registrad, registrad las piadosas leyendas de aquellos tiempos (1); los Anales de los conventos, los romances de los tro-

(2) Notredame.—Obra cit.

(3) V. Gaufrido, op. cit.—Raynouard.—*Choix des poesies originales des trouvadours*.—Arturo Dinaux.—*Les Trouvers de la Flandre et du Tournaisis*. París, 1839.

(4) Petrarca.—*Canzone VIII*.

(5) Petrarca.—*Canzone XVII*.

(6) Véase la discreta obra de Hyac de Oliver, *L'illustre châtelaine des environs de Vauchuse: Laure de Petrarque*. París, 1843.

(1) Véase la citada obra de Mr. Alfredo Maury, *Essai sur les legendes*

vadores, las poesías de los ingenios más ilustres; y ved en todas la superioridad de la mujer, iluminada por el fulgor del espiritualismo que vivifica las instituciones de la Edad Media. Yo no he sentido ni comprendido nunca esta suprema apoteosis de la mujer, como en la contemplación de esas estatuas orantes sobre los sepulcros de nuestras viejas catedrales góticas, iluminadas, como suave crepúsculo, por el resplandor de siglos muertos. Yo no sé dónde la he visto, pero la llevo siempre conmigo en el fondo impenetrable de mi alma.

Esas creaciones, esas blancas estatuas con el rostro sellado por la huella de espiritual demacración, y las manos plegadas en oración estática; ese infinito de la tristeza humana que cruza por su frente; esa dulce expresión que hace desear seguir las aun hasta la podredumbre de la fosa; esas ojeras profundas y voluptuosas; esa languidez tan llena de atractivo; la aureola de melancolía que las envuelve, como crepúsculo de la inmortalidad; el largo brial que las adorna; ese reposo de la muerte, contraste del fuego de la exaltación que habrán cruzado por sus huesos; esas creaciones, decía, por no sé qué revelación íntima, me han parecido siempre como sublimación del amor, como el símbolo de los sentimientos caballerescos, como la trasfiguración de la mujer, que ha cruzado por la tierra para dar muerte de amores, y tocar el alma con la suave nostalgia de lejanos y esplendorosos mundos. Después esas mujeres celebradas en las Cortes de Amor, siguen su carrera de triunfos en los cielos de la poesía moderna. Y almas grandiosas, como Tasso, como Calderón, como Shakespeare, como Goëthe, como Lamartine, las arrojan ahí, al mundo de la realidad como el ensueño y la esperanza de nuestra pobre y misérrima existencia.

Y ahí quedan, en la cúspide de la historia y en la cúspide del arte. Allá se llama Julieta, la de la balaustrada de Vero-

pieuses du moyen age, ou examen de ce qu'elles renferment de merveilleux d'après les connaissances qui fournissent de nos jours l'archéologie, la théologie, la philosophie et le physiologie médicale. Paris, 1843.

na; acá Eleonora, la de la corte de Ferrara; para unos es Ofelia, coronada de flores y loca de amor; para otros Margarita, la dulce niña que contesta al primer tentador saludo de Fausto:

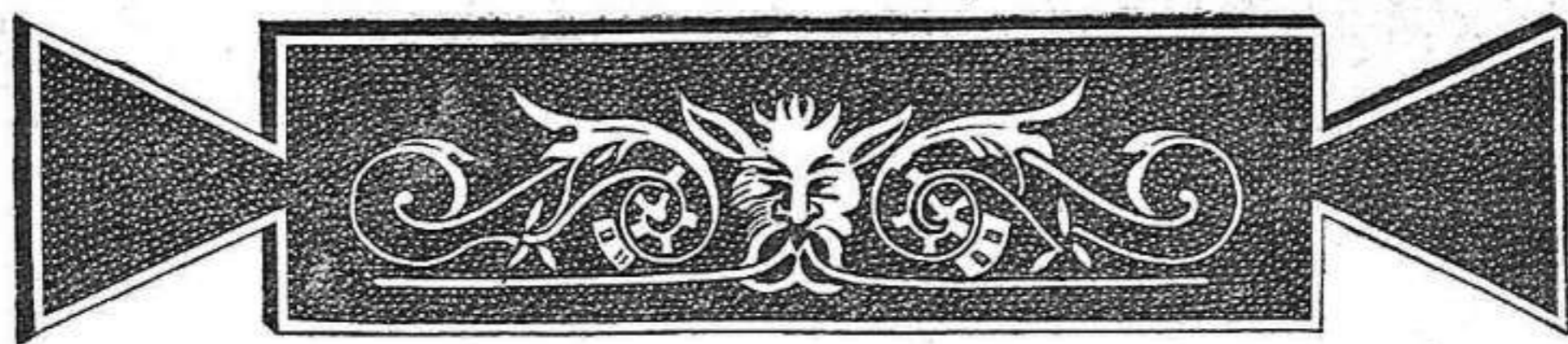
*Yo non son damicella
ni bella.....;*

siempre la misma seductora imagen exaltando el corazón y avivando el deseo de lo infinito; sueño, visión, presentimiento, sombra que ha huído á nuestros suspiros y á nuestras plegarias, dejándonos en el alma, herida de incurables tristezas, como el lánguido y voluptuoso desfallecimiento en los océanos de lo infinito.

ADOLFO DE SANDOVAL.

(Se continuará.)





EL DIAMANTE



RANDE interés encierra el conocimiento de la historia del diamante desde las épocas más remotas, las opiniones emitidas respecto á su composición y propiedades, y las virtudes curativas que se le han atribuído.

Algo de esto vamos á indicar tomando como base un libro notable, recientemente publicado (1).

Según parece, el diamante fué conocido en el Extremo Oriente treinta siglos antes de nuestra Era. Los *vedas* hablan de un lugar maravilloso, iluminado por diamantes y rubíes, que emitían una luz tan brillante como las de los planetas. Creíase entonces que dicha gema estaba constituída, en proporciones variables, por cinco elementos primordiales: la tierra, el agua, el cielo, el aire y la energía. A cada especie de diamante se le atribuía una propiedad especial: los diamantes térreos servían para conseguir el dominio universal; los acuosos, procuraban el contento, la riqueza y la fama; los aéreos, daban memoria y gracia; los celestes, salud; y por último,

(1) *Le Diamant*, par M. E. Boutan, ingeniero de minas.—Un tomo en 4.º de 323 págs. y muchos grabados. París, librería de la viuda de Ch. Dunod, 1886.—Véndese al precio de 15 pesetas ejemplar.

aquellos en que preponderaba la energía, procuraban fuerza, valor y esperanza.

En el Occidente, por el contrario, la noción del diamante, acaso poco menos inexacta al principio y seguramente mucho menos poética, no empieza hasta fecha bastante más cercana.

En tiempo de Teofrasto y Plinio, es decir, tres siglos antes de nuestra Era, verifica el diamante su entrada en Europa de un modo incontestable, probablemente como consecuencia de las expediciones de Alejandro, que pusieron en frecuente relación los puertos del Mar Rojo con los de la costa de Malabar.

King asegura que por primera vez se menciona el diamante en una obra de un autor latino contemporáneo de Augusto, el cual dice:

Sic adamas, punctum lapidis, pretiosor auro,

caracterizándolo por su pequeño tamaño y por su valor, particularidades ambas muy importantes, de las cuales basta la primera para distinguirlo del zafiro y de otras piedras de igual precio á las que se había aplicado hasta entonces el mismo nombre, porque está demostrado que los antiguos conocían en dicha época corundos y otras piedras de bastante precio.

Pero es preciso llegar hasta Plinio para encontrar en la literatura antigua nociones algo detalladas acerca del diamante. Leyendo la *Historia natural* de aquel autor, se infiere que era conocido el diamante verdadero, si bien no se sabía distinguirlo de las otras gemas.

Ya en el siglo IV, San Epifanio, Obispo de Salamina, en un tratado en que describe doce piedras preciosas, habla del diamante como de una piedra de color azul celeste, y por lo tanto, es de inferir que aplicaba entonces el vocablo *Adamas* al zafiro ó corundo azul.

San Isidoro, Obispo de Sevilla, siglo VII, describe en sus «Orígenes» algunas piedras y minerales, y es curioso observar que habla del diamante de la India como de una piedra sin hermosura, *lapis parvus atque indecorus*, probablemente

porque serían menos que medianas las procedentes de dicha región, por quedarse los soberanos del país con las mejores y por ser desconocido en aquella época el arte de la talla.

Pero realmente á principios del siglo XVII, en 1609, es cuando da un paso importante la ciencia de las gemas con el célebre tratado «Del perfecto joyero,» escrito por Anselmo Boccio de Boot, médico del Emperador Rodolfo II. Por primera vez se lee en esta obra la hipótesis de que el diamante pueda pertenecer á la clase de los combustibles.

A partir de esta época, se empieza á entrar en el camino que más tarde había de conducir al conocimiento de las verdaderas propiedades y naturaleza del diamante.

En 1694 y 1695, Averani y Targioni, de la *Accademia di Cimento*, proceden por orden, y con la ayuda del Gran Duque de Toscana, Cosme III de Médicis, á una serie de experiencias de las que deducen que el diamante se evapora ó volatiliza por la acción del calor, y no ponen en duda que sea combustible.

«El Gran Duque—dice Henckel—hizo colocar diamantes y rubíes por valor de unos 6.000 florines en vasijas ó crisoles de forma cónica, que se expusieron durante veinticuatro horas al fuego más violento. Al abrir después las vasijas, se halló que los rubíes no habían sufrido ninguna alteración, mientras que los diamantes habían desaparecido, hasta el punto de que no se encontró el menor vestigio de ellos.

Newton, en su *Optica* (año 1704), adelanta la hipótesis de que el diamante debía ser combustible; pero, no obstante su gran autoridad, dicha idea pasó inadvertida, y fué en cierto modo descubierta más tarde en sus obras por el abate Haüy, el cual la comunicó á Lavoisier.

Darcet repitió la experiencia del gran duque de Toscana; Macquer, al hacer lo mismo, notó que antes de volatilizarse el diamante, volvíase brillante y como fosfórico, y que tenía á su alrededor una especie de llama durante el tiempo de su destrucción.

Apesar de estos resultados, un joyero llamado Leblanc, pretendiendo que el fuego no ejercía acción sobre el diamante, quiso hacer la prueba en presencia de numeroso público;

tomó una piedra de gran valor, la colocó en un crisol rodeado de una mezcla de cal y carbón pulverizado, y la expuso á un fuego intenso. El diamante desapareció completamente.

Tal era el estado de la cuestión cuando Lavoisier comunicó á la Academia de Ciencias de París, el 29 de Abril de 1772, el resultado de las experiencias que había hecho. Poco después envió una segunda Memoria, llena de observaciones y juicios no menos fundados. En ella dice: «Quizás pregunte el lector, ¿qué es el diamante?

»Confieso que aún es imposible contestar satisfactoriamente á esta pregunta, y quizás nunca sea posible responder; sin embargo, para resumir lo que hasta ahora sabemos, puede considerarse como casi probado: 1.º Que el diamante es cuerpo combustible á un grado de calor apenas capaz de fundir la plata; 2.º que, como la mayoría de los cuerpos combustibles, da una sustancia negra y como carbonosa en su superficie; 3.º que cuando las circunstancias se oponen á la combustión, se hace casi tan fijo como el carbón; 4.º que, sin embargo, se puede con un grado de calor muy violento, superior al de los hornos de porcelana, conseguir volatilizarle, y que entonces se reduce, á lo menos en parte, á vapores incoercibles, especie de gas que precipita el agua de cal y tiene mucho parecido con el gas que se desprende de las eferescencias, fermentaciones y reducciones metálicas.»

Smithson, Tennant y Guyton de Morveau, á fines del siglo pasado, demostraron la identidad del diamante con el carbón. Davy, en 1816, hizo arder un diamante en oxígeno puro, por medio de lentes, colocándole en condiciones apropiado para medir el volumen de gas ácido carbónico que se produjera. Habiendo hecho que este gas fuese absorbido por agua de cal, comprobó que el precipitado que se formaba desprendía, por la acción de los ácidos, la misma dosis de ácido carbónico que un peso análogo de carbonato cálcico natural.

El célebre químico Dumas fijó definitivamente la ciencia con respecto á la composición del diamante, ignorada por tantos siglos, y origen de tantas controversias, leyendo el 21

de Diciembre de 1840, ante la Academia de Ciencias de París, la Memoria en que refería sus experiencias sobre el particular.

El distinguido ingeniero de minas Mr. E. Boutan, autor de *Le Diamant*, reseña en el capítulo II de su excelente obra el estado actual de nuestros conocimientos relativamente á las propiedades naturales del diamante; estudia su composición, que no es más que carbono puro; su cristalización con las formas cristalinas y particularidades que suele ofrecer; la cohesión, dureza, peso específico, acción de la luz, calor y electricidad, y las reacciones que presenta.

Estudia también detenidamente Mr. Boutan las minas de diamantes de la India, el Brasil y el Cabo, citando además las de Borneo, Australia y otras. De todas ellas hace una reseña histórica y enumera y describe los yacimientos y los diferentes sistemas de explotación.

Respecto á las hipótesis sobre la formación del diamante, dice Mr. Boutan que pueden referirse á dos sistemas principales. Unos han atribuído al diamante un origen orgánico, apoyándose para sostener esta idea, ya en la suposición de que hay en algunos ejemplares, como en el succino, cavidades llenas de gases carbonados y células de origen vegetal, ya en el hecho indudable de que se forman cristales ó concreciones inorgánicas en las plantas, como la del *tebasher* en los tallos de bambú.

Otros atribuyen al diamante origen mineral; un corto número de autores invocan los fenómenos de sublimación ó de fusión que tan amenudo presenta la naturaleza en la formación de los cristales; pero como el carbono es fijo y el diamante, sometido á una elevada temperatura, se trasforma en grafito, parecía algo improbable esta explicación; otros recurren á descomposiciones de líquidos ó de gases en diferentes estados de temperatura y de presión.

Cree Mr. Boutan que bien pudiera ocurrir que la naturaleza se hubiese valido de medios diferentes, según los casos, para la formación del diamante, y asegura que el diamante no puede considerarse como mineral de filón.

Varios intentos se han hecho para reproducir artificial-

mente el diamante, y descubrir el secreto que la naturaleza guarda con tanto cuidado. Aparte de los experimentos de Cagniard de la Tour, Gannal, Despretz, Mactear y Marsden, son muy dignos de citarse los de Hannay, quien valiéndose de medios sumamente ingeniosos, consiguió obtener granos de carbón duro y de aspecto más ó menos brillante.

Mr. Boutan advierte que, salvo las experiencias de Gannal, en todas las demás se ha recurrido para obtener diamantes casi microscópicos á la acción de enormes cantidades de calor, siendo así que la naturaleza, al parecer, no ha seguido igual camino para formarlos. Y añade que hasta la presente el problema de producir diamantes artificiales no ha dado un solo paso hacia una solución industrial.

Puede calcularse que el Africa Austral ha producido, por lo menos, en los últimos quince años, 6.000 kilogramos de diamantes, y el Brasil 2.500 kilogramos de ciento sesenta años á esta parte, elevándose la producción total de diamantes á unos 12.000 kilogramos, es decir, á poco menos de cuatro metros cúbicos, cuyo valor está comprendido entre dos y tres mil millones de pesetas.

Esta inmensa cantidad de diamantes se ha empleado casi toda como objeto de lujo: en Oriente el diamante sirve para adornar los vestidos, los muebles, y aun los caballos ó los elefantes de parada, y en los templos las estatuas de las divinidades del país; en Occidente sirvió al principio para adornar los trajes de gala, las coronas, relicarios, etc., y hasta el reinado de Carlos VII no los usaron las mujeres. Esta moda no tardó, como es de suponer, en desarrollarse, habiendo adquirido en tiempo de Francisco I considerables proporciones que en vano intentaron atajar Carlos IX y Enrique IV.

Actualmente los diamantes que se usan como adorno se someten á la operación de la talla, á fin de que envíen en muchas direcciones los rayos reflejados y refractados de la luz que los ilumina.

Bien quisiéramos poder dar idea á nuestros lectores de la curiosa reseña que hace Mr. Boutan de las vicisitudes por que pasó la talla de los diamantes hasta el día, en que este

trabajo se ejecuta con extraordinaria perfección, así como decir algo de los usos que el diamante tiene en la industria.

Los diamantes para su comercio se pesan por *quilates*—el quilate equivale á 205 miligramos,—nombre tomado de la semilla del arbusto *Erythrina corallodendron*, la cual presenta un peso casi constante.

Por lo que toca al precio de los diamantes, hay muchas circunstancias que lo modifican. Aparte de las alteraciones producidas por la oferta y la demanda, influyen en el precio el *agua*, *color*, *forma* y *peso* del diamante.

Con la voz *agua* se designa la blancura, pureza y brillo del diamante. Proviene dicha palabra de que se creyó por mucho tiempo que el diamante era «agua pura solidificada.»

Respecto al *color*, son las piedras más estimadas las blancas, esto es, los que son absolutamente incoloras; cuando su *agua* es perfecta, toman amenudo una admirable tinta azul de acero.

La *forma* influye también mucho en el valor del diamante; los brillantes son más estimados que los rosas; los tablas son todavía menos apreciados que éstos. Hay que tener en cuenta, además, si se conservan las proporciones ordinarias, es decir, si la altura de la piedra está en relación con su circunferencia, si las facetas son regulares, etc.

Respecto al *peso*, se ha empleado generalmente la regla que sigue: se toma el cuadrado del peso de un diamante expresado en quilates, y se multiplica por el precio del primer quilate; el producto es el valor que se busca: así para diamantes de 1, 2, 3, 4 ... quilates; si se admite como valor del primer quilate 150 pesetas, se halla para sus valores respectivos, 150 pesetas por 1, 4, 9, 16..., ó sean: 150 pesetas, 600, 1.350, 2.500 pesetas.

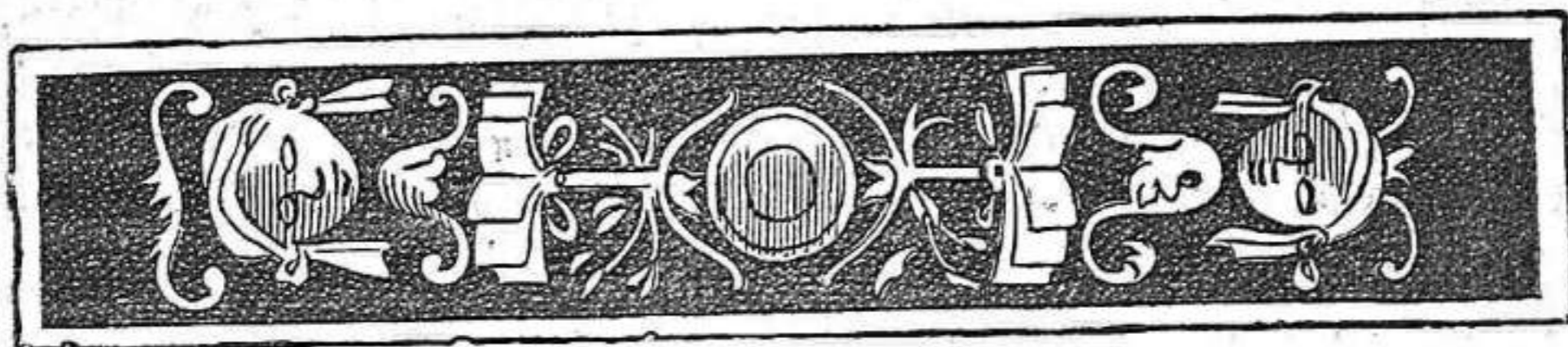
*
* *

Obligados por la falta de espacio, prescindimos de indicar algo del notable capítulo que en la obra mencionada dedica Mr. E. Boutan á tratar de los *diamantes célebres*. Acaso otro día, con más holgura, hablaremos de este particular.

Por el momento, la necesidad nos compele á concluir estos ligeros apuntes, no sin que antes aconsejemos la lectura del hermoso libro *Le diamant*, que forma parte de la concienzuda *Enciclopedia química* de Mr. Frémy, que da á luz la casa editorial de Ch. Dunod, de París, y sin que enviemos cumplida enhorabuena al ilustradísimo autor de aquél, Mr. E. Boutan.

R. ALVAREZ SEREIX.





EL BESO

Continuación (I)

VII

Al engalanar la aurora
con su primer luz el cielo,
entraba don Lope Vargas
en el tenebroso encierro
que muy poco tiempo hacía
abandonaba risueño.

Al considerar que él mismo
sin querer ha descubierto
la historia de sus amores
envuelta en la de sus celos,
y el motivo de haber roto
su pesado cautiverio,
la ira y el odio se agolpan
en su candente cerebro,
y de anhelada venganza
se aumentaba su deseo,
sin conseguir que otra idea
reinara en su pensamiento;

(I) Véase la pág. 600 del tomo anterior.

así, cuando le preguntan,
contesta con el silencio,
acusador más cruel
y más constante que el hecho,
que daba indicios seguros
de juzgarle como reo,
que si unos jueces tenían
en salvarle grande empeño,
otros reuniendo datos
con argucias y con ergos,
y viendo que se obstinaba
en callar, al fin dijeron:
—«Lo sucedido es la prueba
de que á impulso de los celos
este hombre cometió el crimen
que ha escandalizado al pueblo,
y si pruebas hacen falta,
bien claro lo está diciendo
el pedir su libertad
y la reclusión de Olmedo,
su ambición por ser alcalde,
de doña Inés el desprecio,
el rondarla noche y día,
y, finalmente, el silencio
obstinado que ahora guarda
y que es patente reflejo
de la vergüenza que siente
al confesarnos un hecho
que le envilece y empaña
el lustre de sus abuelos.»—
Y sin detenerse á más,
sentenciaron el proceso,
en el que muchos testigos
confirmaron los extremos
que en los autos figuraban,
y que eran el fiel espejo
de la conducta que Vargas
por su mal vino siguiendo.

Le sentenciaron á muerte,
él insistió en su silencio,
porque sin duda veía
que era aún de vengarse tiempo,
y que en ello meditaba
muy pronto vamos á verlo.

—

Otra escena muy distinta
ocurría en el convento,
entre el prior de la Orden
de Dominicos y Diego.

Sentados ambos á dos
en la celda del primero,
entablaron este diálogo
que como le cuentan cuento:

—¿Decís que os conoció?

—Dijo mi nombre.

—Era el lego
que salió para la corte.

—Él fué sin duda.

—Lo siento,
porque como nada sabe,
y no conoce el misterio
que encierra vuestra venida
y es largo de lengua, temo
lo haya dicho á todo el mundo,
y su indiscreción preveo
pueda ser fatal.

—No importa;
que no me oculté por miedo,
sino sólo porque ignoren
que quebranté mi destierro,
y á más maté por la espalda
y de noche á un indefenso,
que siempre avergüenza á un noble
dar de cobardía ejemplo.

—¿Y fué esa vuestra intención?

—Esa fué, yo no lo niego.

—¿Luego sabíais?...

—No; nada.

—Pero hubo razón...

—De peso.

—¿Le conocíais?

—Y mucho.

Dios sólo le puso en medio
de mi camino, sin duda
para que yo fuese el medio
de su justicia...

—Seguid.

—Todo os lo diré en secreto
de confesión.

—Ya os escucho.

—Porque he de morir preveo
en corto plazo, y al alma
descargar de penas quiero.

—Hablad; no me ocultéis nada.

—Nada ocultaré; oídme atento.

Nos conocimos en Flandes,
era de ilustre abolengo,
por envidia de un hermano
de genio altivo y severo
que vertió sobre su madre
la calumnia del incesto,
apenas hubo nacido
salió del hogar paterno,
al amparo de un amigo
del padre, soldado viejo,
que le educó en los combates,
y que al fin consiguió verlo
de capitán, por su arrojo,
por su éstirpe y por su mérito;
pero á la vez que lograba
distinguirse en el ejército,
no abandonaba un instante
el arraigado proyecto

de vengarse del que un día
logró conseguir artero
que imprimiera en su mejilla
una madre el primer beso;
y tan grande fué el pesar
de este tan triste recuerdo,
que á todas horas pensaba
llevar á cabo su empeño,
hasta que llegó el instante
de realizar su proyecto,
y sin saber cómo y cuándo
abandonó el campamento.

—¿No pudisteis descorrer
nunca el misterioso velo?

—Nunca; sólo dijo el nombre
de su hermano (y en secreto
le habló al padre).

—No sigáis,
porque todo lo comprendo.
Tampoco vos le habréis dicho
nada referente á Olmedo
y á doña Inés.

—Nadie supo
de mi venida el objeto
porque sabréis muy bien, padre,
que hay en la vida secretos
que causa temor decirlos
y muchas veces saberlos.

Cuando llegué de Bruselas
sin permiso y encubierto...

—¿Os encontrasteis con él?

—No le ví, mas me dijeron
que pasaba todo el día
encerrado en su aposento
y salía por la noche.

—¿A rondar?...

—Así lo creo,
pero caro le ha costado,

que yo con tino y acierto
le hundí mi daga.

—Callad.

A doña Inés de exprofeso
citasteis.

—No, que escribí
aquella mañana á Olmedo;
él salió para aguardarme,
ella esperaba en su anhelo
á la reja; é imagino
que antes de penetrar dentro,
quería hablarla, y entonces
él se aproximó, y yo ciego,
no supe qué hice, y cualquiera
en mi caso hace lo mesmo;
que dije: si es un amante,
salvo el honor puro ileso
del que como padre tuve;
y si es un aventurero,
así defiende la honra
de la que por madre tengo.—
Iba á replicar el fraile
cuando entró de pronto el lego
gritando con alegría:
«Ahí viene el Conde de Olmedo.»
—Le avistáis—dijo el fraile—
en cuando he visto á don Diego,
que no le quise privar
de un placer tan grande, y creo
que vendrá, según me ha dicho,
y antes que venga, le advierto
que aguarda en la portería
un alguacil del consejo
con una orden que dispone
vayáis sin perder momento
á la cárcel, y es, sin duda,
para confesar al reo.—
Uno y otro se miraron,

el fraile levantó al cielo
los ojos, y en ese instante
penetró en la estancia Olmedo,
que sin hablar se arrojó
en los brazos de don Diego.
Y á poco rato el prior,
contrariado y suspenso,
á la cárcel se encamina
á ejercer su ministerio.

VIII

Pobre de luz, de negro tapizado,
un tosco lecho y una tosca silla
y la imagen de Dios crucificado
sobre una mesa de nogal sencilla
cubierta con un paño de brocado;
era la habitación ó la capilla
donde horas de dolor tristes y largas
iba á sufrir el desgraciado Vargas.

—
O es que teme la muerte ó que la espera
sin saber si es que goza ó es que siente,
ó también puede ser que una quimera
ó un proyecto infernal bulla en su mente,
pues si sólo en él mismo consistiera,
el plazo terminara brevemente
y duda y teme porque el tiempo avanza
el ver hecha pedazos su esperanza.

—
En su actitud, ya inquieta ó vacilante;
en su mirar, ya humilde, ya altanero;

en su sueño, tranquilo ó delirante,
y hasta en su rostro, compasivo ó fiero,
que varía y se muda en el instante,
que cambia su intención de derrotero,
se pintan los tormentos con que lucha
y ni á la voz de la conciencia escucha.

Queda de pronto impávido y sereno;
su mirada es tranquila y halagüeña,
se extingue de sus labios el veneno
que su punible aspiración diseña.
Su trato de feroz, torna en ameno;
en nada temerario ahora se empeña,
parece que de hallar al fin acaba
lo que impaciente y con tesón buscaba.

Al prior de Atocha que se llamo exige,
halla descanso en el humilde lecho,
su terca incertidumbre se corrige,
se manifiesta alegre y satisfecho,
y con su pena y su dolor transige,
porque duerme en la noche grande trecho,
y apenas nace el placentero día,
se despierta radiante de alegría.

Mira en su derredor, corre á la reja,
abarca con la vista el ancho espacio,
el pesar en su rostro se refleja;
al ver el sol en su eternal palacio,
ya sonrío, su frente se despeja,
oye que alguien se acerca muy despacio.
Yo venceré, dice con arrogancia,
y el reverendo padre entró en la estancia.

Lo que hablaron los dos fué bajo y breve, sordo rumor al empezar se escucha, ninguno á oír la confesión se atreve, y la curiosidad, por cierto, es mucha, cuando de pronto grita el padre:—Aleve, estáis con Dios y la conciencia en lucha; decís que habéis el crimen cometido y no sois el culpable, habéis mentido.

—Luego, ¿soy inocente?

—Os lo aseguro.

—Entonces conocéis al homicida.

—Su nombre queda en el rincón oscuro de mi conciencia, á mi deber unida.

—Vos le pronunciaréis.

—Nunca.

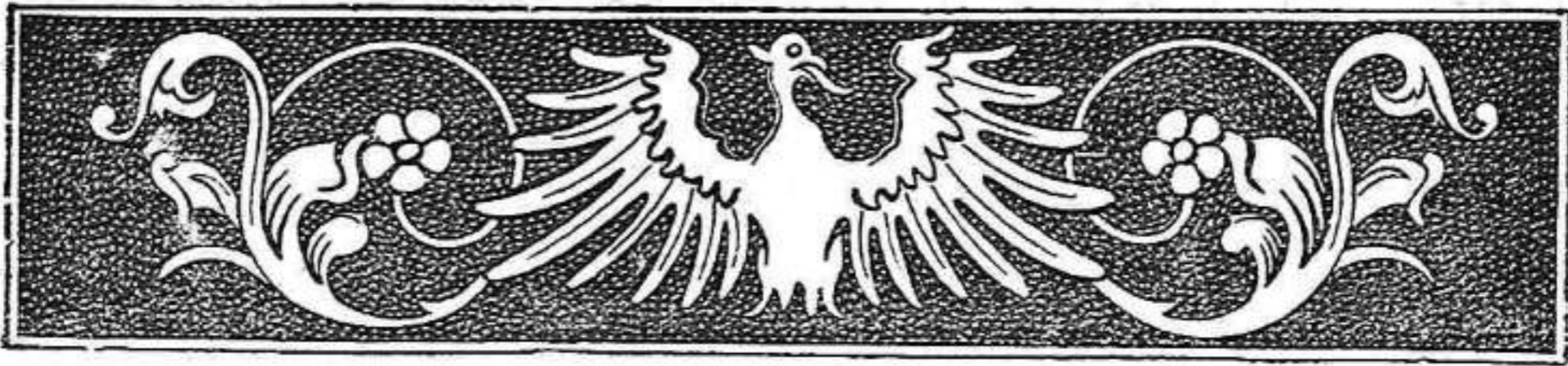
—Os lo juro,

que en eso está mi salvación, mi vida—
y en su voz y en su rostro se pintaba
la alegría feroz que le embargaba.

RAMIRO.

(*Se concluirá.*)





EL MOSÉN⁽¹⁾

CONTINUACIÓN

CAPÍTULO XVI

LA PROCESIÓN



el día del Corpus amaneció radiante y espléndido, como para coadyuvar á la brillantez de la cristiana fiesta. Las campanas aturdían los oídos con sus volteos. Toda la mañana estuvieron llegando tropas al pueblo, pues la grandeza del día había hecho firmar una tregua tácita entre los dos ejércitos; y hombres y mujeres se contoneaban camino del templo, luciendo orgullosos los, como vulgarmente se dice, trapitos de cristianar.

Era una hermosísima y apacible mañana en que aquellos valles, hechos de común á las pesadas nieblas, parecían haber vestido el traje de luz y de colores con que se engalanan las tierras andaluzas. Y el calor del sol, lejos de molestar, no hacía sino enardecer los sentidos y abrir los poros de la piel á los perfumes del día, de igual modo que despertaba en la

(1) Véase el número anterior.

inteligencia el entusiasmo para contemplar las maravillas de la procesión.

Todas las ventanas lucían desde muy temprano grandes colgaduras de damasco, tapiz ó modesta percalina; en las cuales abundaba el género colcha de novios, dichoso tapamento siempre destinado á ver las mejores cosas. Cohetes voladores reventaban en el aire á cientos y á docenas, y bestiales chupinazos hacían estremecer al pueblo todo, con la fuerza de sus detonaciones. Ni había un hueco desocupado, ni en la calle se podía echar un alfiler: tal y tan grande era el agolpamiento que reinaba, lo mismo en los balcones, que en las azoteas y tejados.

Grupos de oficiales carlistas estaban de trecho en trecho con sus individuos apoyados en los sables corvos ó rectos, como dispuestos á volver al campo de la muerte, una vez presenciado el paso del Santísimo. Y migueletes y lanceros formados de cinco en cinco pasos, indicaban como jalones de un camino la carrera de la procesión.

La misa mayor debió ser solemne. Todos los que á ella asistieron hacían mil elogios del lujo que la parroquia de Santa Inés había desplegado, en todos y cada uno de los infinitos detalles que enriquecen y avaloran la misa de tal día. Solamente D.^a Obdulia, la esposa del notario D. Fidel, había calificado de mal gusto al mantelillo del altar mayor; de largo y sobradamente largo al sermón panegírico, y de horriblemente caluroso el día y el templo, y un notición que el doctor Sediní le había dado la anterior noche: que el militar herido que el Mosén tenía en su casa iría á ver el paso de la comitiva religiosa á uno de sus balcones. Nada menos.

Y como el herido tuviera en Cristierna esa popularidad que dan á un individuo las conjeturas curiosas que sobre su persona se hacen, no hay por qué decir lo que alborotaría á la notaria el tal anuncio. Además, Sediní, sin darse cuenta de ello, el primer día que curó á Augusto cuando aún ignoraba lo que Paz anegada en lágrimas le denunció, había dicho en casa de D. Fidel que el herido era un ateazo, libre pensador y republicanote de tomo y lomo. Y cuando luego quiso recoger velas, elogiando algunas buenas cualidades que Au-

gusto tenía, le fué ya tarde, pues la calenturienta imaginación de D.^a Obdulia, más propicia á pensar mal que bien, había ya fabricado en su pensamiento todo un modelo de hombre odioso y antipático por sus ideas, imposible de rectificar al cincel endemoniado de la esposa del hombre de fe.

Y aquí de la discusión y del estudio, no ya de la familia, sino de la tertulia toda, acerca del modo y manera con que se había de recibir al Sr. Monpavón: sujeto hubo que estudió ante un espejo la reverencia fría y diplomática que haría al liberal artillero. Después de un amplio debate, cuyos turnos consumió casi sola la locuaz D.^a Obdulia, se adoptó un plan que votado por unanimidad se acordó como fin de tanto y tanto hablar: se convino en recibirle, no ya sólo con la finura y distinción con que en aquella casa se acogía á toda persona de alguna clase, sino con el aditamento de cortesía á que obligaba el ser la nueva visita un enemigo, herido y amparado bajo el pabellón de la hospitalidad cristiana.

Tal fin, no dejaba de honrar al notario y demás decididores de tan grave asunto.

Las once no habrían aún dado, cuando en casa del Mosén se presentó el doctor Sadini, ataviado y compuesto de punta en blanco, con la camisa reluciente y limpia, la levita flameante y el pecho adornado con la cruz de San Juan de Jerusalem, la de Beneficencia de segunda clase, y la encomienda de Carlos III.

—Sr. Monpavón—dijo saludando á Augusto.—¿Se encuentra V. en disposición de levantarse?... Porque si lo desea, puede V. vestirse y venir conmigo á ver la procesión. Tengo unos amigos en la plaza, y allí desde un balcón, sentado en una silla, sin molestia de ningún género, verá V. el gusto con que estos montañeses, tan agrestes al parecer, celebran y conmemoran la institución Eucarística.

Ante esta proposición, ya enunciada el día anterior, Augusto asintió, y ayudado por el médico, se vistió con toda la presteza que le fué posible.

Como el día precedente, salieron á la calle cogidos del brazo y en amistoso é interesante coloquio.

—Diga V.—preguntaba Augusto,—¿irá María en la procesión?...

—Írá—respondió Sediní.—Pero de eso estará V. mejor enterado que yo, porque esta noche María de la Paz no ha dormido ya en mi casa... Como vino su hermano... ¿No han hablado VV. nada?...

—Nada—dijo Augusto.—Mientras V. no viene á verme, nadie se acerca á mí en la casa donde estoy...

—Es menester que considere V. la fuerza que el Mosén se hace al tenerle en su casa... Y gracias... gracias... que no sabe lo de María... Porque como ya me parece que he dicho á V., Jaime sabe la deshonra de su hermana, pero no sabe quién fué el autor de ella... Y ya que hablamos de esto, quisiera que me explicase V. cuáles son sus proyectos respecto de la huérfana. Sr. Monpavón, es necesario, ante todo, ser hombre de honor. Si esta palabra significa algo para V., no me negará V. que tiene una obligación moral de casarse á todo trance con María.

—¿Obligación?—preguntó Augusto.

—Sí, señor, sí; una obligación imposible de rehuir, si es que, como ya digo, se tiene V. por hombre de honor. Además, no es sólo ella la víctima de aquel instante de ofuscación que V. tuvo... Hay otra.

—¡Otra!...—interrogó admirado Augusto.

Y no dejando á Augusto recapacitar sobre las palabras de Sediní, las campanas de Santa Inés comenzaron un nuevo repique, más alborotador aún que los anteriores; nuevos cohetes volaron y crugieron en el aire; oyéronse toques de corneta demandando atención, y el bullicio de las calles aumentó en confusión y discordancia.

Aquel jubiloso estrépito, aquel animado y solemne espectáculo de la gente agolpada por toda la carrera, los cantos religiosos que lejanos comenzaron á sonar, toda aquella vida y aquel movimiento distrajerón á Augusto tan por completo, que no volvió á acordarse en todo el día de la otra víctima á que Sediní aludió en su discurso. Impresionado bruscamente, irguió la cabeza y miró á todos lados como buscando aire de vida y salud á su corazón que se ahogaba en el intrin-

cado laberinto de sus disquisiciones y sus pensamientos.

Por consejo del médico aceleraron el paso para llegar á la plaza antes que la procesión, y á fuerza de empellones y cozazos, consiguieron acogerse en el portal de casa del notario.

Una vez allí, subieron las escaleras que conducían al piso principal, encontrándose en el descansillo de ella al ilustre iniciado en los secretos de la causa carlista, D. Fidel Barrera, que comenzaba á poner en práctica el primero de los acuerdos adoptados en la discusión del recibimiento que había de hacerse á Monpavón.

La presentación de Sedini fué expresiva; la cortesía del notario digna de aplauso y loa, y la prudencia de Augusto, una pincelada de buen sentido en su carácter agrio.

El mismo D. Fidel presentó luego á Augusto... primero á su mujer, después á su hija, más tarde á toda la tertulia. Y como el murmullo de gente de la plaza aumentase cada vez más, y entre él pudiera distinguirse repetida y clara la frase de, «¡Ya viene!...» «¡Ya está ahí!...» el notario instaló á Augusto en el balcón principal, produciendo en el gentío alguna extrañeza el ver allí asomado junto á tan gran personaje como era D. Fidel, á un sujeto, portador del uniforme del Gobierno.

La plaza estaba llena de bote en bote; los vistosos colores de los vestidos del pueblo y las rojas boínas, hacíanla semejar un parque de flores en que predominasen las amapolas... y por medio de él, el tránsito cuidado y limpio de la procesión, cubierto de ramas de tomillo, la senda perfumada de algún Rey victorioso de la antigüedad.

Al poco, por una de las bocacalles de la plaza, asomó un piquete de caballería repartiendo coces y empujones que apolonaban la gente más aún de lo que ya estaba, y detrás de él un vistoso conjunto, no muy ordenado, de pendones y estandartes, músicas y campanillas, cofradías y hermandades, santos y vírgenes, luces, banderas, monaguillos, clero y el Ayuntamiento en masa de Cristierna, con todos sus individuos de capa larga y negra, broche metálico y disforme, ancho vuelo, más abundoso aún por el contoneo de los ediles vascongados... en medio de los que, elevado al empíreo de la

majestad, con un sombrero de copa secular ya en la historia, iba el alcalde, serio y formal, con toda la formalidad de quien en tan solemne momento representaba la persona augusta del Monarca.

De pronto un fuerte murmullo circuló por todos lados. Eran las andas del cuadro tradicional que asomaban ya entre la comitiva.

El notario D. Fidel explicó á Monpavón lo que su pintura quería representar.

—¿Ve V.—le decía, señalando al cuadro,—un jinete ricamente vestido, con el caballo metido hasta los hijares en las aguas de aquel río?... ¿Y no ve V. cómo arroja á la corriente aquel historiado pergamino, mientras el pueblo le aplaude con frenesí?... Pues significa con aquella ceremonia, que mientras tanto el pergamino, contrariando la corriente del río, no vuelva al mismo sitio donde fué arrojado, los fueros de las Provincias Vascongadas serán un hecho; es decir, no los quitará nadie.

—Ya...—dijo Augusto sonriendo.—Es entonces una metáfora política, como aquella religiosa, que dice que más fácil es que un camello penetre por el ojo de una aguja, que el que un rico se salve y vaya al cielo...

—Sí, señor—dijo D. Fidel.

—¡Pues es un consuelo para VV. los que tienen algún dinero!...—exclamó Augusto.

Y la procesión, cada vez más brillante de luces y cada vez más envuelta entre nubes de incienso, avanzó llenando la plaza. Siguieron pasando pendones, presidentes de hermandades con sus cetros y sacerdotes con velas, hasta que en medio de un torrente de acordes músicos que degollaban la marcha real, se oyó el repique brillante, como de timbres de cristal, de varias campanillas; aumentó la perfumada humareda, y entre sus ondas azules fulguró el dorado trono del Señor llevado á hombros por ocho robustos clérigos que, sudando y jadeantes, hacían frecuentísimas paradas para descansar de las veinte arrobas que pesaban las andas.

Hincáronse todas las rodillas en tierra, descubriéronse todas las cabezas, brillaron al sol las bayonetas de las tropas,

cinco ó seis músicas entonaron la marcha de los Reyes de la tierra saludando al del cielo; los cánticos religiosos enredaban sus acordes con los de las charangas, y entre aquel remolino de incienso y armonías, pasó el Sacramento y desapareció de la plaza.

Seguían luego el palio y el clero de capa, ocupando el lugar de preferencia el venerable Fray Salvador, y marchaban detrás numerosas comisiones del ejército presididas por el Mosén, que abstraído y con la vista baja, andaba como una máquina á quien todo lo que le rodeaba le fuese indiferente.

Cerrando el séquito venían tropas y tropas hasta un número inconcebible en los fastos procesionales de Cristierna, pues no bajaría aquella retaguardia de carlistas de muy cerca de seis mil hombres.

Cuando hubieron terminado de pasar, la gente comenzó á evacuar sus posiciones, y la que desde los balcones y ventanas había presenciado el desfile entró dentro de las casas, donde por lo común hubo una escena parecida á la que tuvo lugar en casa de D. Fidel Barrera.

En efecto; todos los tertulios y amigos invadieron la sala, siendo objeto de atención preferente el convaleciente Augusto Monpavón, que por su parte andaba un tanto pensativo y triste á causa de no haber podido conseguir el ver á María. D.^a Obdulia, que había desaparecido por unos instantes, volvió á exhibirse seguida de tres criadas portadoras, la primera de dulces, bizcochos y pastas en abundante cantidad, la segunda de una bandeja con jícaras de chocolate, mitad con leche y mitad con agua, y vasos de sangría con esponjados y rollos de canela la tercera... y última.

Sedini estaba en su elemento; repartía chocolate á las señoras con tal servicialidad, que admiraba á todos; y cuando á todos hubo servido, marchó junto á Augusto y le preguntó:

—¿Qué le ha parecido á V. la procesión?... Creo que nada más puede pedirse... ¡Qué lujo! ¡Qué solemne!... ¿Se ha fijado V. en las andas en que iba Nuestro Señor?...

—Sí...—dijo Augusto.

—Son de plata sobredorada—continuó el médico.—Y pesan cerca de veinte arrobas.

—Es lo menos que puede pesar un Dios—sonrió Augusto con burla.

—¡Pero hombre!... ¿Cuándo dejará V. de ser majadero?... ¿A qué viene ahora ese chiste?... Está visto que V. sólo tiene juicio cuando se trata de la hermosura de María de la Paz... ¿La ha visto V.?

—No.

—Pues yo sí... Iba alumbrando...

Y dando media vuelta le dejó solo.

La notaria, que ardía en deseos de hablar con Augusto, se llegó á él y le dijo:

—Muy macilento y apesadumbrado está el Sr. Monpavón. Estas festividades religiosas dan tristeza cuando no se pasan al lado de la familia... ¿Tiene V. la suya en Madrid?...

—Sí, señora...

—¿Y no ha tenido V. carta?...

—No... Aún no.

—¡Oh!... Si no se puede estar aquí. Yo estoy con el alma en un hilo. No sé cómo á VV. los hombres les gusta la guerra. Es lo que dice Fidel... *Estas cosas debieran todas arreglarse por la vía diplomática*... Pero, no señor: dale con que todo lo han de arreglar los tiros y las balas. Jamás me cansaré de aplaudir la prudencia de Fidel al alistarse en el elemento civil del partido.

—¡Ah! ¿Su marido de V. es carlista?...

—¡Pues no faltaba más! Pobre de él como no lo fuera. Se cartea con el Rey...

—¡Hola!

—Sí, señor... ¿Pero no ha tomado V. nada?—dijo volviéndose hacia las ya destrozadas bandejas.—Es menester que se regocije con nosotros...

Y agarrando con sus huesudos dedos un par de acarameladas yemas, las ofreció á Augusto añadiendo:

—Estas son una especialidad del pueblo, que no quiero que deje V. de probar. Yo no las tomo, porque producen dolor de muelas. ¿Quiere V. agua?... Aquí lo que se bebe es sangría... un excelente refresco. ¿Qué mira V.? ¿A la plaza?... Ahí en medio estuvo V. tendido y tenido por muerto el día de

la batalla de la ermita... ¡Qué horror!... ¡Querían matarlo á V.!... ¡A bien que la Providencia apareció á salvarle en la persona de su amigo Parolla... Toda una buena persona: tiene algunos defectos; pero para eso es hombre: si fuera perfecto, sería Dios... Y luego es un infeliz; todos le engañan...

—¿Que le engañan?—preguntó con interés Augusto.

—Completamente. Y los que se llaman sus mejores amigos... y aun sus parientes cercanos... pero muy cercanos... ¡Oh, es una infamia!

—¡Señora!... ¿Y quién es capaz?...

—Comprenderá V. que no todo lo que se sabe puede decirse...

—Mas, tengo entendido—expresó Augusto,—que el Mosén no se trata con nadie. ¿Cómo, pues, es posible eso?... Va á hacer cerca de quince días que vivo en su casa, y no he visto en ella más sino á mi amigo Sedini y á...

—¿A quién?

—A la Caspia... la criada...

—¡Ah!... la bruja. Esa es una vieja de malísima fama en el pueblo. Toda su vida ha sido tercera en cuantos amores de contrabando ha habido en Cristierna.

—¿Sí?... pero ahora...

—Ahora—añadió con diabólica sonrisa la chismosa,—ahora lo es más que nunca. Es un verdadero escándalo lo que está pasando...

—¡Oh!... dígame V. lo que sepa.

—No puedo añadir una palabra más. Bástele á V. saber lo que le he dicho.

—No me deje V. ahora con la curiosidad.

—Me es imposible, y lo siento. ¡Tantas cosas hay que callar en el mundo!... Sin embargo, voy á tomarme la libertad de darle un consejo...

Y como Augusto Monpavón callara esperando el consejo de D.^a Obdulia, ésta añadió con sigilo y como si midiese las palabras:

—Mi consejo es que tenga V. mucho cuidado con los Parollas... y sobre todo y ante todo, con... (aquí bajó aún más la voz) con Sedini.

—¡Señora!

—¡Chist!... que nos está mirando. Disimule, disimule V.

—Pero... ¿Sedini?... ¿y por qué?...

—¡Chist!... es un... Ahí donde V. le ve es un hipócrita... Y... en fin, me callo.

—Acabe V.

—Es que me estoy metiendo donde no me llaman y temo enojarle á V.

—De ningún modo.

—Además, no me gusta ser chismosa. Es una cosa que odio de todo corazón.

—Bien, pero eso es Sedini... ¿Y los Parollas? No son más que el Mosén y María... El Mosén...

—Es el menos malo de todos—interrumpió la notaria.

—Pues María no creo que...

—¡La mosquita muerta!... El Mosén es un fanfarrón que se cree que no hay en el mundo nadie más que él. Tiene un orgullo insoportable. Es atroz... Pero en fin, todo lo paso. Lo que no me es posible pasar por alto, es lo de la hermana...

—¿Lo de la hermana?—exclamó Augusto con el rostro alterado.

—Sí señor; lo de María. Esa Mariquita tan bonita y que se confiesa, y que reza, y que tiene fama de ser tan buena... Pero en fin, repito que me meto donde no me llaman. Voy á ver á estos señores.

D.^a Obdulia se marchaba, pero Monpavón la agarró por el brazo y la dijo con vehemencia:

—No señora; ahora no se separa V. de mí sin que yo sepa todo lo que V. sabe.

—¡Oh! ¡Cómo se ha puesto V.!... ¡qué pálido!... ¿le interesa á V. María?...

—No sé si me interesa ó no. Lo que sé es que tiene V. que hablar... y para ello, se lo suplico, se lo exijo si es necesario... ¡Por Dios! diga V... continúe... María...

—Es que sentiría en el alma molestar á V. lo más mínimo... mucho más si María le gusta á V... y tenía algún plan en proyecto y... respecto á ella...

—Hable V., hable V.

—Y después de todo, lo que yo sé no es con certeza... son cosas que se dicen en el pueblo, y que pudieran no ser.

—Pues eso, lo que se diga...

—Es que si V. quiere á María, yo no puedo abrir la boca.

—Yo no quiero á nadie.

—¿Sí?... Pues entonces no quiera V. tampoco á María... No es digna de ello.

—¡Señora!... ¿quiere V. acabar de martirizarme?

—Repito que no sé más que conjeturas. ¿Da V. palabra de honor de no decir á nadie lo que yo le cuente ahora?...

—Sí.

—Entonces empiezo. Pues Sr. Monpavón: ha de saber usted que por ahí se dice que la Mariquita y Sedini están... casados sin más bendición que la del demonio.

—¡Mentira! ¡Mentira!—dijo Augusto acometido de un súbito estremecimiento.—Eso es imposible, señora mía. A usted la han engañado. Ha sido V. víctima de la más torpe de las calumnias.

—¿Se incomoda V.? Ya decía yo que V. estaba enamorado de ella. Y no me extraña, es lo más llamativa y lo más coqueta...

—Yo no estoy enamorado de ella—exclamó Augusto confuso y temblando por lo que acababa de escuchar.—Mas para que eso se afirme, es preciso que existan pruebas... Usted debe tenerlas cuando así habla.

—A mí me lo han asegurado personas que son incapaces de mentir. Y sobre todo, no parece sino que alguien ignora lo de casa del médico.

—¿Lo de casa del médico? ¿Pues qué pasa?

—Sr. Monpavón, no exija V. nada más de mí. Me parece que para ser la primera vez que he tenido el honor de hablarle... no le he dado mala prueba de verdadera amistad.

—Sí, pero creeré que es V. sólo eco de enemigos de María si no me prueba...

—Vamos á ver—replicó ya D.^a Obdulia algo ofendida.—¿No le ha extrañado á V. que siempre que el Mosén sale de Cristierna vaya la Mariquita á vivir con Sedini?

—Eso es...

—Eso es, todo lo que V. quiera, sí señor, pero ¿y cuando el Mosén está en su casa?... ¿A qué sale todas las noches á eso de las once y media?... En los pueblo cada ventana vale por seis ojos, y las paredes escuchan, y los tejados... ¡Como si no se supiera que D.^a Mariquita va á casa del médico!... ¡Y todas las noches!... ¡Y con gran secreto!... Y si no fuera porque V. me creyera á mí una habladora... le diría...

—¡Señora, acabe V. con mil demonios!

—Pues le diría... que Sedini es soltero, y que se susurra que tiene un niño en su casa... Y basta, basta... que ya es hora de que su penetración de V. le diga lo que la prudencia me veda á mí que explane...

Y retiróse dando una vuelta rápida y alejándose con la misma satisfacción que la víbora después de haber mordido y dejado su veneno.

No hay por qué explicar cómo quedó Augusto. Revolviéndosele los ojos en las órbitas, le abrasaba la frente, y un instante hubo en que le pareció que sus heridas volvían á abrirse, que el corazón se le desgarraba... En aquella su cabeza, negativa de todas las verdades, había concebido una sola vez á la virtud: la había amado... él, enemigo declarado de los tronos, había implantado uno magnífico en su alma para María: había jurado adorarla como á Dios, ¡más que á él!... porque Augusto no creía en el del cielo... Y luego resultaba que su ídolo, aquel arquetipo de virtud que su imaginación había creado, era solo... la manceba de un infame.

Sedini le era ya un sér repugnante, un hipócrita que hablaba del honor... como si lo tuviera. ¡Pero ella! ¡María de la Paz!...

A un supremo esfuerzo, á una violenta llamada á sus energías todas, debió el no caer desplomado al suelo, deshecho por lo que acababa de oír... Y por otra parte, cuando pensaba en lo que había hecho con María... la disculpaba y la daba la razón. Y era justo en medio de lo horrible de sus ideas. El que da el primer empujón en la pendiente del abismo, es el responsable de la víctima que cae á estrellarse en el fondo; no ella que rueda fatalmente por la ley de la gravedad...

Y el cerebro de Augusto era angosto canal por donde,

como en una inundación, rodaban entre fango, légamo y despojos todas las ilusiones que sólo una vez en la vida concibió, y la realidad le puso al tanto de que eran ilusiones tan mentirosas como todas las que admiten que en el mundo hay algo bueno. Miró luego á su alrededor, y cuando vió el sonriente gesto de Sedini al conversar con otro viejo, tuvo que cerrar los ojos para no ver tanta hipocresía: vió en D.^a Obdulia á la envidia y la murmuración; en el notario el orgullo; en su hija y un militar que estrechamente pegados uno junto á otro hablaban, pisándose el pie y dándose el codo, como hambrientos de tocarse, á la lujuria encubierta, y hasta el cielo azul que manchaban blancas nubes le pareció que mentía, dando seguro el buen tiempo cuando tal vez entre la inmensidad de su bóveda guardaba horribles tempestades.

Y entonces sonrió: la incredulidad de que siempre hizo alarde estaba confirmada con los hechos, y se tranquilizó, y escupió para remojarse su seca boca, lamentando no haber podido cubrir con su gargajo al universo entero.

Y cuando Sedini, afanoso y contento, se dirigió á él para preguntarle si quería irse ya, le respondió:

—Cuando V. guste, amigo mío.

Y se despidieron de todos; y el notario aseguró á Augusto que había tomado posesión de su casa; y salieron de ella, Augusto encogiéndose de hombros, riendo sin saber por qué, y Sedini atribuyendo su contento al excelente rato que le había proporcionado con llevarle á la mansión *modesta, pero honrada*, de D. Fidel Barrera.

Anduvieron por las calles concurridísimas de gente que volvía de ver la entrada de la procesión en la iglesia, y oyeron cómo estallaban aislados los cohetes sobrantes y cómo poco á poco las campanas iban guardando silencio y dejando que imperase en las calles de Cristierna el rumor de las muchedumbres cuando están de fiesta, los ecos de lejanos cantores que volvían á sus caseríos y algún que otro pito que á la puerta de una taberna marcaba el compás de una danza en que alegres tomaban parte las muchachas del pueblo y los soldados.

Y el día hermoso, la tarde espléndida.

—¡Qué hermoso aire se respira en estas provincias!—decía entusiasmado el doctor Sedini, llevando á Augusto á remolque de su brazo.

Y tenía razón.

Es la maledicencia el único miasma pestilente que vicia el aire puro y sano de los pueblos.

CAPITULO XVII

APARIENCIAS

No habrá faltado lector que encuentre violento y fuera de verosimilitud el odio implacable, el ensañamiento viperino con que D.^a Obdulia habló á Augusto de personas tan dignas, al parecer, como el Mosén y su hermana, y sobre todo del médico Sedini. Extrañeza que desaparecerá recordando que los Barreras no podían ver con buenos ojos al cabecilla que vino á sustituir en el cargo de General en jefe de las tropas á aquel célebre Corceraga que ya sabemos hizo el amor á la hija pequeña de D. Fidel, y más que nada, un hecho, repetidísimo fenómeno en casa del notario.

Es de saber que éste se tenía por el hombre más importante dentro de la causa carlista, no ya en el pueblo, sino en toda la provincia. Su continua correspondencia con el Rey; el estar iniciado en los más graves secretos; repetidísimas pruebas de confianza por parte de los grandes hombres cortesanos del Monarca, le habían hecho sumirse en una atmósfera de suficiencia política, y elevarse á tal empíreo de fatuidad, que ¡ay del que al llegar al pueblo, siquiera fuese el mismo D. Carlos, no hiciese la primera visita al ilustre D. Fidel! Perea, Corceraga y otros caudillos habían convertido la mansión notarial en cuartel general de noticias, órdenes y hasta municiones... Vino el Mosén, y su carácter áspero le hizo faltar á la con-

sabida visita de reconocimiento: como el secreto en que vivía se prestaba también á inventar las más absurdas fábulas, la mordaz D.^a Obdulia encontró ancho campo donde vengar la desatención y la grosería del nuevo cabecilla, y así, inquirió, husmeó y adivinó toda su vida particular, hasta que sumando conjeturas, urdió hábilmente toda la historia que contó á Augusto, y que su tertulia estaba fatigada de saber. No sin que sea necesario declarar en atenuación de la envidiosa notaria, que la parte que se refería á los amores de Sediní con María de la Paz, amores absurdos para cualquier persona de buen sentido, dadas la edad del médico y la virtud de la huérfana, la creía D.^a Obdulia á pies juntillos, como vulgarmente se dice, y con ella, todo su cónclave de amigos. Y nó es extraño; que si en buenas reglas de arquitectura no es posible edificar sobre un grano de arena una torre, esle fácil al que sea prestidigitador fingir que el grano sea grano y la torre torre, y hacer el mismo efecto. Y D.^a Obdulia era una prestidigitadora capaz de edificar sobre el hecho más insignificante la más horrenda de las historias.

Sediní y Monpavón llegaron á entrar en casa de Jaime.

Iba Monpavón del modo más lastimoso que concebirse puede: parecía, encorvado y cabizbajo, un preso al que el peso de las cadenas y los grillos abrumasen é hiciesen doblar el cuerpo á la fatiga.

Y Sediní, que tradujo este decaimiento por resultado de haber estado mucho tiempo en pie, le aconsejó que se acostase cuanto antes.

Sin hablar una palabra, con los ojos hundidos y movimientos de máquina, entró en su alcoba, se desnudó, ayudado siempre por el médico, y vino á quedar de nuevo en cama. Una vez de esta manera, rogó con razones corteses á Sediní le dejase solo, pues probablemente trataría de dormir, y el calumniado doctor, aceptando la indicación, salió de la estancia.

Era ya el anochecer cuando esto sucedía: la alcoba de Augusto se fué quedando á oscuras con esa lentitud y esa tristeza que tiene el morir de la luz.

Cuando nada se comenzaba á distinguir, empezó á ful-

gurar sus saltones destellos entre las tinieblas la espirante lamparilla que ardía frente á la virgen de yeso de la cómoda.

A su tenue brillo, los pensamientos de Augusto crecieron de tamaño y aumentaron en gravedad. Si el neófito siente exagerado entusiasmo por la nueva idea, Augusto, que jamás tuvo creencias, había acumulado en María de la Paz la adoración que debía á Dios, el cariño que negó á sus padres, el afecto que escatimaba á sus amigos... y esta adoración, este cariño y este afecto los veía premiados con el más horrible de los desencantos y la más espantosa de las desilusiones. Su amor, su único amor de la vida, y su quizás también único amigo, no eran sino dos amantes vulgares... Y no era una calumnia lo que D.^a Obdulia le había hecho saber: la seguridad con que afirmó que los amores del médico y la huérfana habían fructificado le daba una certeza que, en fuerza de ser tan cierta, le desesperaba y le hundía en angustioso estado.

A la ligera fiebre física que se apoderó de Augusto uniéndose aterradora y grande una calentura moral que le abrasaba. María... La que sin más mancha que la que él la dejara, y que estaba dispuesto á lavar, había anidado en su alma para siempre; la morena hermosa á cuyos labios parecían no habían tocado ningunos otros, era la gastada manceba, más hermosa cuanto más enfangada en su vicio... provocativa, coqueta, ávida de enterrar entre sus rellenos brazos otro amante. Aquel que estrechaba su mano fingiéndose amigo y aconsejándole amase á María, no era más que el hombre que hartado de sus besos quería fuese otro á gozar las delicias de que él estaba ahito. Y aquél hombre y aquella mujer le habían puesto reparos por sus creencias: y el médico le había hasta reprendido tomando la voz de la moralidad... ¡Qué hipocresía!...

Y como el huído de su patria vuelve á ella y la ama más por lo mismo que la abandonó, así Augusto, que había creído en algo, cuando vió la hermosura y la virtud de María de la Paz, convencido de que todo aquello era una mentira, volvió ansioso la desconsolada vista hacia el desierto yermo

de sus ideas, horrible, angustioso, fúnebre, pero verdad al fin. En el mundo no había más que imbéciles, tontos y perdidas, sólo unidos por el lazo sangriento de la carne.

Y en estos pensamientos trascurrieron lentas las horas; que hasta el tiempo se hace largo ó corto según como más contraría al individuo: y Augusto, sin poder pegar los párpados, insomne é inquieto, se revolvía entre las ropas de la cama, cual si las sábanas estuviesen tejidas de púas y puñales, y los colchones, en vez de ser de lana, estuviesen rellenos de enrolladas virutas de acero.

Oyó dar las diez á las campanas, que extinguieron su sonido entre los últimos ruidos de la fiesta; y cuando hubo pasado un gran rato, creyó percibir entre el silencio de tumba que le rodeaba, unas pisadas suaves y lentas, cual si el que las diera no quisiera hacer el más pequeño ruido. Pronto se distinguieron más claramente: alguien había entrado en la alcoba.

Augusto entornó los ojos fingiéndose dormido; notó una respiración muy cercana de su rostro, como si una persona le hubiese contemplado un momento... y cuando la sintió alejarse, entreabrió los párpados y vió á María de la Paz que echaba nuevo aceite en la moribunda lamparilla.

También mudó el agua de los floreros, y no bien hubo arreglado el pequeño altar, pisando de puntillas y sin producir el más leve rumor, volvió á salir de la alcoba.

Entonces vino á la memoria de Monpavón lo que D.^a Obdulia le había referido por la tarde: recordó que tal vez María de la Paz iría á unirse con su amante, el hipócrita viejo... y no obstante haberse jurado mil veces á sí mismo no volverse á ocupar del asunto, se inquietó poniéndose más nervioso y agitado de lo que ya estaba. Sintió cómo el corazón amaba aún á la manceba del médico, después de saber su infamia; y por más que su cerebro tiraba y tiraba de la imagen de María para sacarla del pecho y arrojarla al pudridero del olvido, la imagen de María, fuertemente asida al sitio del que ya nunca jamás se apartaría, permanecía enhiesta en el corazón, más fuerte que nunca, y haciendo comprender á Augusto que únicamente arrastrando piltrafas de su vida

saldría de su pecho. Que es el amor como esas plantas que entretejen sus raíces con tal fuerza, que al tratarlas de arrancar del suelo, no salen sino con toda la tierra misma en que están sembradas.

Pensó Augusto levantarse y convencerse por sí mismo del escandaloso amorío... Pero las fuerzas le faltaban. Pugnó y probó á sentarse en el lecho; á tirarse de él, siquiera para asomarse á la ventana... Y arrebujiándose en sábanas y mantas, consiguió ponerse en pie.

Fué asiéndose á las sillas, por las paredes, á la cómoda, y llegó á tocar las maderas de la ventana. Las abrió y miró á través de las vidrieras... Pero, ¡oh desdicha!... Aquella ventana no daba á la calle: daba á un huerto que se extendía detrás de la casa.

Y ya maldecía de aquel obstáculo, cuando lo que vió le convenció de que en vez de errar había acertado con el observatorio.

A la luz de una luna menguante, volcada, amarillenta y baja en el horizonte, vió una mujer con la cabeza envuelta entre unas tocas blancas, que corría por la mitad de un estrecho sendero, buscando la puerta que se distinguía al fin. Llegó á ella, y al volverse para cerrarla, Augusto lanzó un gemido de desesperación ahogado y triste: sintió un dolor en el corazón como si se lo hubiesen atravesado con una buída gumía... se le congeló la hirviente sangre en las moradas venas, y apartándose de su mal disimulada celosía, volvió tambaleándose y muy débil al desordenado lecho.

La mujer que alegre corría escapándose y buscando bestiales placeres, era María de la Paz.

La novela de la notaria era una historia.

Y es imposible pintar el mar de amargura que inundó al descreído Augusto. Miles de sombras, representativas cada una de una idea, bailaron ante él una horrible danza que le mareó y le hizo caer en el más espantoso de los delirios. Oía á los espíritus reirse brutalmente de su desilusión; y en aquel torbellino de siluetas, creyó que hasta el gran Cristo de talla que pendía de la pared cabecera se burlaba de su tristeza, como uno de tantos monstruos que, con la cara

contrariada por la risa, le escupían la mejilla por su necia credulidad.

Luego vió huir á todos, cual si estando hechos de humo los hubiese ahuyentado una racha de viento, y que en su lugar aparecía un venerable viejo que le brindaba con el remedio pronto de todos sus dolores. Era el suicidio; provocativo, incitante, deslumbrador; ofreciendo con la muerte un Jordán que lavara todas las dudas de aquel hombre, que no había creído más que en una cosa y había resultado una mentira; experimentando algo así como el desencanto que sufrirá el fanático árabe, que jamás creyó más que en Alláh, cuando atravesando los umbrales de la eternidad se convenza de que es falsa su creencia.

Encima de la cómoda dormía su revólver, ansioso de matar; contempló el siniestro brillo del bruñido cañón; enloquecía de placer al pensar cómo en menos de un segundo podía acabar todo para él, borrándose él mismo del número de los que vivían, y se palpó tembloroso el cráneo, como dando la última caricia á aquellos huesos que el plomo iba á hacer volar convertidos en astillas.

Pero una idea le hizo detenerse, cuando ciego y borracho de felicidad se dirigía ya hacia el revólver: la de que Sedini y su querida Paz quedasen impunes en el mundo, gozando de su crimen, hasta que una nueva víctima apareciese para tapar el baldón de María con el matrimonio. Y por más que la eternidad le atraía con la misma fuerza con que atrae todo abismo, al que no se ven límites ningunos, detúvose al borde de él, prometiendo arrojarse, sí, pero arrastrando en su caída á aquellos dos infames que en aquel momento estarían anegados en un diluvio de mutuos y ardorosos besos...

Con esta idea, volvió sobre sus mismos pasos, y saboreando todo lo horrible de sus negros pensamientos, se acostó, cansado de luchar consigo mismo.

Era un aplazamiento bien corto el que se imponía; al día siguiente, si era su deseo, podía concluir con aquellas tres existencias que tanto odiaba: la de María, la de su chocho amante y... la suya propia.

Y tranquilo y despreciando al mundo entero por sus mise-

rias y sus traiciones, cerró los ojos, entregándose al sueño con el mismo placer é igual delectación con que poco antes se iba á entregar en los brazos de la muerte. Y se durmió; pero tan profundamente, que ni su respiración se oía, ni su pecho se elevaba y descendía con el movimiento ordinario.

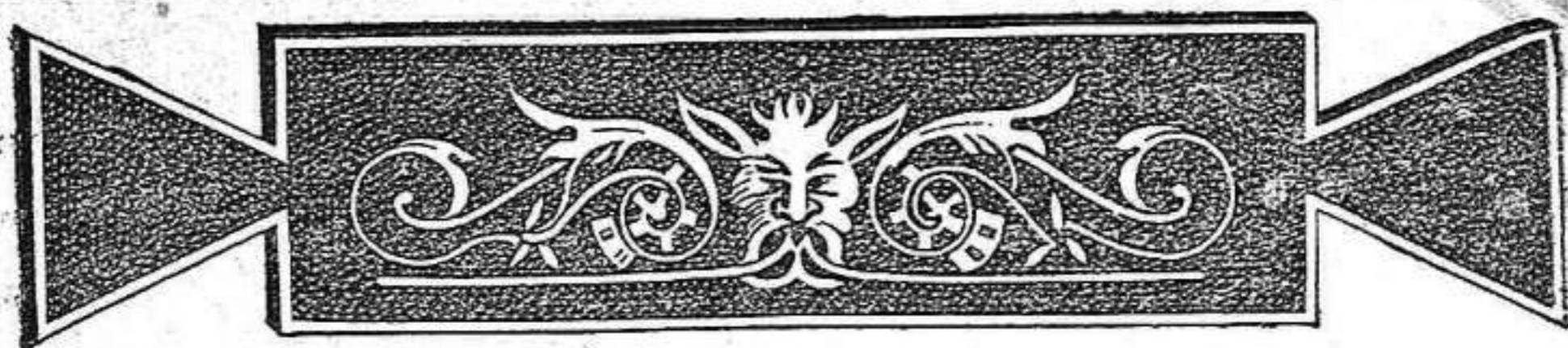
Parecía que, en efecto, había muerto.

ANTONIO VASCÁNO.

(Se continuará.)



MINISTERIO
DE CULTURA



REVISTA DE TEATROS



ON razón decíamos en el número anterior que nos causaba miedo empezar nuestros trabajos críticos, que trabajos son verdaderamente si nos fijamos, siquiera sea por un momento, en el camino difícil que sigue el teatro contemporáneo, que por cualquier lado que se le mire, camina á su total ruina, después de venir atravesando una dolorosa crisis difícil de resolver, visto que no se presenta en su estadio ningún genio parecido á los que en pasadas y no lejanas épocas le salvaran del inminente peligro que le amenazaba, dándole vida en los angustiosos instantes de una muerte tan sensible como inevitable.

En vista de esta situación extrema, el crítico que siente verdadero afán por encontrar medios enérgicos y suficientes á reanimar su abatida existencia, se ve precisado á confesar la inutilidad de sus esfuerzos y á repetir siempre lo mismo, lo que no deja de ser cansado para los lectores y amargo para el que escribe, tanto más, cuando sus ecos se pierden en el infinito espacio de la indiferencia medianera de la afición decidida á convertir el arte en negocio, la gloria prestada y venal en laureles del mérito y del genio cuando el uno y los otros han desaparecido de la escena por mucho tiempo, y si vuelve, será un meotoro fugaz y pasajero, como hasta

ahora por desgracia viene siendo; y si esta opinión, que no es nuestra exclusivamente, exigiese comprobación, una ligera enumeración de los hechos que la sustentan la dará la fuerza y vigor que nuestro humilde juicio no podría imprimirla, como vamos á tratar de probarlo.

Los teatros de segundo orden ó por secciones que nacieron en memorables fechas, y coincidiendo con un cambio político de eterna memoria, dieron señales de vida á la luz de los cafés-teatros, que favorecían á sus parroquianos con una entrada para recrearse en el espectáculo de una pieza, ya conocida, ó de una zarzuelita en un acto del antiguo repertorio, interpretada por actores excedentes, ó por jóvenes de esperanzas que luego no pudieron ó no quisieron pasar la mayor parte á otros escenarios de más importancia.

Después se suprimió el refresco ó el café, la entrada costaba un real de vellón, y el antiguo repertorio fué sustituido con obras escritas *ad hoc* y que parecían originales, vislumbrándose en sus autores una pleyade de seres desheredados de figurar en los teatros de primer orden por las eminencias, que apesar de ir decayendo visiblemente, ya porque sus facultades tocaban á su ocaso, ya porque los combates de la política los retiraban del campo de batalla literaria, que venían monopolizando, dejando entrever una nueva raza de autores dramáticos y de actores llamada á dar nueva vida y nuevo ser á las representaciones teatrales.

El público acogió con verdadero entusiasmo este nuevo género de espectáculos, y pronto el real de la entrada se convirtió en dos, luego en tres, después en cuatro; las piezas en un acto se trasformaron en comedias de dos y en zarzuelas de espectáculo, con todo su aparato de decoraciones y atrezo, invadieron el espacio autores de fama confundidos con los que empezaban su carrera con buenos auspicios, maestros de reconocida nombradía glosaron con inspiradas notas la letra de aquellos poetas que con actores y empresa encontraron la piedra filosofal, según parecía.

Como esto no era el verdadero teatro ni la genuina literatura dramática, y no estaba tampoco cimentado en sólidas bases, sino por el afán de lo nuevo, de lo superficial y efíme-

ro, ayudado por el espíritu voluble del público, resultó lo que no podía menos de resultar, y fué que el gusto, ya de por sí estragado, había de estragarse más, y que los autores sin mérito para poseer tan honroso título, habían de ver extinguida su fugaz ó prestada inventiva y acudir forzosamente á buscar en la imaginación ajena lo que en la suya no existía, y como consecuencia lógica de esta premisa, el género bufo mezclado con el dramático, los chistes poco admisibles revueltos con ideas retumbantes, el género extranjero confundido con el nacional trasnochado; la música popular amalgamada á los *couplets* franceses, y el público, finalmente, que había de cansarse pronto de una cosa que había recorrido ya todas las etapas de la novedad y de la variedad, si novedad y variedad podía encontrarse en obras tomadas de las más conocidas del repertorio contemporáneo y de las más populares del catálogo francés, y como además el precio de la localidad se subió hasta el extremo de competir con el que tienen las de los teatros de primer orden, la indiferencia y el hastío ha sido el producto natural de estos hechos, que comenzaron á manifestarse el año anterior y se han presentado con vivo colorido en los estrenos que tuvieron lugar en Lara, Eslava y Martín, pasando al rincón del olvido y viviendo con dificultad las obras en un acto tituladas *¡Alto el fuego!*, de Jakson Cortes; *La señá Condesa*, de Sinesio Delgado; *Chin, chin*, de Palacios y Perrin, con música del maestro Nieto; *Tula*, de Granés y Taboada; salvándose á duras penas *Toros en Vallecas*, de Gascón y Pérez, con música del maestro Hernández, por estar sostenida por la afición al toreo y al cante flamenco, que está ya dando sus últimas notas en el terreno de la escena española.

Todos los actores de los respectivos teatros hicieron cuanto pudieron, dado el género que cultivan, el que por ser en extremo monótono é igual, les va convirtiendo en autómatas que hablan y se mueven á compás en perjuicio de sus cualidades y condiciones artísticas, que efecto de esto mismo, van decreciendo notablemente, exponiéndose á que les suceda lo que á los actores del teatro de la Comedia, del que vamos á ocuparnos, no sin decir antes que el teatro de Variedades

abrió sus puertas con la misma compañía de siempre, reforzada por la Srta. Llorens, que mereció los aplausos del público en *La soirée de Cachupín* y en *Si yo fuera libre*; también las Sras. Espejo Rodríguez y Vallés, Luján, Lastra y Ruesga, tuvieron buena acogida en los *Los incasables* y *En el cuarto de mi mujer*.

*
* *

No sin falta de razón hemos dicho que los actores que hoy figuran en el teatro de la Comedia tocan los resultados inmediatos de la constante representación de piezas en un acto ajustadas á un mismo molde, que por desgracia nunca varía, y que los encierra en un círculo tan estrecho como vicioso, en el que sus facultades se limitan extraordinariamente, convirtiéndolos en autómatas que todo lo dicen y hacen lo mismo, advirtiéndose una monotonía comparable sólo á la de las obras que desempeñan, que como ya hemos dicho, adolecen del mismo defecto por la absoluta carencia de originalidad y de condiciones que para el caso reúnen sus autores; así es que cuando se presentan en un teatro de diversa índole y toman á su cargo la interpretación de obras de más importancia, debidas á plumas autorizadas y que figuran en primera línea de la literatura dramática, se ven y se desean para volver á ser lo que fueron, pues si no todos, la mayor parte comenzaron su carrera con mejores auspicios en el mismo terreno que el que hoy figuran y el que por su mal abandonaron.

El tercero en discordia, del que ya hablamos en nuestro número anterior y de cuya obra dijimos muy poco para no pecar de rígidos y descorteses en la noche de la inauguración, es prueba clara y patente de los esfuerzos que tuvieron que hacer para salir apenas airosos de su cometido y recordar aquellas buenas prácticas que el abandono de las mismas les había hecho olvidar.

Más en consonancia con el género de trabajo al que hasta ahora se han dedicado, y más en armonía con el de las obras

que hoy se escriben, fueron las comedias *Cabeza de chovlito* y *Los guantes del cochero*, que siguieron á la mencionada del inmortal Bretón, y en las que salieron todos los actores más airosos y la interpretación más acabada, así como la que cupo en suerte á las piezas, juguetes ó disparates en un acto *Juez y parte*, *Los postres de la cena*, *Trinidad*, *Perecito* y *Vivir para ver*, en las cuales estuvieron dentro de su propia y genuina esfera.

De estas consideraciones que á la ligera vamos apuntando, unidas al menosprecio que del teatro hace el público, efecto natural de no ver en la escena esa legítima representación del arte y de la literatura dramática, que iluminada por los vivos resplandores del talento, infundían veneración y respeto, resulta que no encontrando nada que ataque á su inteligencia, y que lo que halaga á sus sentidos no ofrezca, como ya hemos indicado, novedad alguna, convierten este espectáculo en palenque de descortesía y falta de decoro, acudiendo á él con la determinada predisposición de promover algaradas y luchas que entibian los éxitos, como sucedió en Variedades la noche del estreno de la zarzuela *Toros embolados*, escrita por Jackson Veyan, con música del maestro Nieto, y que al fin y al cabo sólo se distingue por un tango, cantado con gracia por la Srta. Llorens y por Luján, que canta, baila y representa; un coro agradable y una canción no mala, perteneciendo por lo demás á género manoseado y hasta la saciedad conocido de *Toros de puntas*, *Toros en Vallecas*, *Fiesta nacional*, y todas clases de toros artísticos, dramáticos y líricos, muy diferentes en mérito y en gracia á *En las astas del toro*, que escribió en mejores tiempos y con mejor acuerdo Carlos Frontaura.

Otras de las consecuencias precisas de lo que venimos diciendo se puso de manifiesto en el estreno del arreglo del francés que, con el título de *Antonina di Padova*, se representó por primera vez en el referido teatro de la Comedia, engendro tan absurdo como inconcebible, que reveló la ceguera de sus traductores, la inexperiencia y poco tacto de la dirección de escena, y satisfizo el hidrópico deseo de esa parte de público antiliterario y bullicioso, de matar todo género

de obras, y que esta vez, sea dicho en su abono, procedió con justicia, armonizando su opinión con la del público indiferente, pero sensato, que dice, y dice con razón, que hasta el abuso tiene sus límites.

*
* *

Con un numeroso y escogido concurso, que traía á nuestra memoria los buenos tiempos de la zarzuela, inauguró el teatro del mismo nombre la temporada, poniendo en escena el conocido drama lírico de Ramos Carrión y el maestro Chapí, titulado *La tempestad*, al que precedió una bellísima sinfonía del maestro Fernández Caballero, que mereció los honores de la repetición en medio de entusiastas aplausos.

La misma gloria les cupo á las Sras. Di-Franco, Franco de Salas, Galán, y á los Sres. Berges, Navarro, Soler y Senés en la interpretación de la zarzuela mencionada, y al maestro Catalán, que la dirigió; la orquesta admirablemente, así como también *La Marsellesa*, en la que los actores citados, y á más la señorita Torres, recogieron grande cosecha de merecidos aplausos.

A juzgar por los buenos auspicios bajo los cuales comienza sus trabajos, auguramos una buena temporada al coliseo lírico de la calle de Jovellanos si no se duerme en sus laureles y sabe ó quiere fundir en una misma aspiración el interés del lucro y del arte, y el público sale de su apatía y no hace estériles los esfuerzos de la empresa y de los artistas.

La Srta. Fraga y el Sr. Senés, nuevos en Madrid, fueron recibidos por el público con marcadas pruebas de deferencia.

*
* *

Las mismas merecieron la Srta. Fabrí y el barítono Beltranni, que debutaron en el regio coliseo con la ópera *Gioconda*, en la que obtuvieron un verdadero triunfo las señoras

Kupfer y Pasqua, y el bajo Sr. Silvestri; no así el tenor Oxila, que hizo lo que pudo para no descomponer el cuadro.

Tampoco se presentó completo en *Guillermo*, con el que se verificó la inauguración, y en el que Tamagno hizo gala de sus facultades y maestría, así como Battistini y la señorita Pérez, los coros y la orquesta llevada con una perfección extraordinaria por el maestro Mancinelli, que excede á toda ponderación.

Lástima que la Srta. Pérez no tenga voz de más volumen y más extensa; en cuanto al tenor Fugazza, debe fugarse, y no seríamos nosotros los que intentáramos detenerle.

Con más espacio nos ocuparemos de este teatro en el próximo número.

RAMIRO.





CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR



ADRID se encuentra todavía en estado de guerra en el momento en que tomamos la pluma para resumir los sucesos de la quincena. ¿Qué más elocuente acerca de la situación de un país que el ver á un Gobierno dado á las más inverosímiles expansiones democráticas, haciendo de repente un obligado alto en la práctica de sus libérrimos procedimientos y entregando á la autoridad militar la tarea de mantener el orden en la capital misma donde todos los más altos poderes civiles tienen su asiento?

¡Qué de sucesos extraordinarios, qué de imprevistas escenas, emociones terribles y tristes fatalidades pueden sobrevenir de la noche á la mañana en la vida de un pueblo empujado por la invisible fuerza de ambiciones sin freno, ambiciones alentadas por complacencias, mimos y halagos que la práctica condena y la razón rechaza! Las consideraciones que en quince días se han agolpado á la mente de todos los hombres que piensan y no viven de la política, de todos los que fijan los ojos en la paz, cifran su bienestar y el ajeno en la tranquilidad pública y lamentan que el creciente desarrollo de

los intereses materiales que á la comunidad afectan no sea la única mira de los políticos; los encontrados sentimientos y las tristes perspectivas que han perturbado la serenidad de toda conciencia honrada, no caben en una página, ni pueden tampoco consignarse en líneas destinadas á la publicidad de la prensa. Cosas hay que se adivinan fácilmente, y nada pierden con permanecer veladas en misteriosa forma en el fondo del común sentido, que es la más sagrada y cierta de las luces á que puede apelar la incertidumbre del hombre.

Pero si no ha llegado la hora de discurrir libremente, nadie puede negarnos el derecho de recopiladores de lo mucho que se ha hecho.

Atengámonos, pues, á los hechos, de por sí muy elocuentes.

*
* *

Cuando en la prensa extranjera causaba singular sorpresa la fuga del Duque de Sevilla y su singular manifiesto al ejército de España, declarándose republicano el que primero defendió con las armas en la mano á D. Carlos y después á D. Alfonso; cuando todos juzgábamos severamente aquellos desahogos y puerilidades inofensivas, nadie podía creer que estuviese tan cerca de estallar en Madrid una sublevación militar encaminada á sustituir la monarquía por la república, sublevación que pudo pasearse con aire de triunfo por las calles más céntricas, y costó la vida á militares de baja y alta graduación y pundonorosos.

Apenas cabe concebir la posibilidad de lo que hemos visto, por lo que puede calcularse la dificultad que tendríamos en apreciar en todos sus detalles la historia íntima de lo sucedido.

En una noche de inimaginables sorpresas, de horribles angustias se proclamó el estado de guerra á son de corneta en la capital de la monarquía. Vencida la rebelión y presos algunos

de sus fautores, constituyéronse los correspondientes Consejos de guerra, los cuales cumplieron con la ordenanza, condenando á los convictos rebeldes á la última pena.

Aquí empieza una enojosa historia que está todavía por relatar, historia cuyos íntimos secretos no pueden hoy escudriñarse; pero cuyos documentos fehacientes no podrán menos de ofrecerse en día cercano al estudio de todos.

En aquellas dolorosas circunstancias manifestóse una actividad nobilísima en las almas alentadas por la generosidad y por políticos móviles; tocáronse toda clase de resortes y dióse el ejemplo de una campaña enérgica y tenaz, secundada por muchos elementos interesados en favor de un indulto, sin que nadie pretendiese por supuesto dejar indefenso el trono ni la seguridad del Estado. Se hablaba á un corazón de madre y de cristiana, corazón que no podía menos de responder con incomparable grandeza.

Se había acudido á todas las corporaciones civiles de índole diversa, á los Príncipes de la Iglesia, cuyo primer deber es la clemencia, y hasta al Sumo Pontífice del catolicismo. Sociedades que en otros tiempos vivieron entre el misterio, rompían el secreto de sus ocultas fórmulas para implorar perdón de la manera singular que se hizo desde los *valles* de Barcelona: «Esta Resp. . Log. .—decían al Il. . y Pod. . H. . Práxedes Mateo Sagasta, sin temores de alarmar las almas sencillas de innumerables creyentes en la fe de nuestros padres,—cumpliendo uno de sus más altos fines, se dirige á vos, Il. . y q. . h. ., para que, inspirándoos en los sublimes principios de nuestra aug. . Ord. .—á cuya propagación tanto contribuisteis desde el más elevado puesto que en la misma por vuestras relevantes cualidades alcanzasteis,—y usando de la poderosa influencia que en el Gobierno de la nación ejercéis como jefe responsable del mismo, evitéis un día de luto á la patria, aconsejando el ejercicio de la regia prerrogativa que venga á templar el excesivo rigor del severo fallo de los tribunales militares á que están sujetos los infelices á quienes el éxito—que pudo haberles elevado á héroes—ha convertido en delincuentes. La sangre de españoles—de algún h. . mas. . quizás—amenaza manchar el suelo patrio en

nombre de la ley; vos, aconsejando la gracia—que estará dispuesta á otorgar un corazón de madre, afligido por la viudez—podéis evitarlo. La humanidad os contempla. Obrad como masón: á ello os obligan vuestro carácter y vuestros antecedentes.....» Ninguna solicitud se descuidaba, ninguna cuerda sensible se echó en olvido.

Se había apelado á los sentimientos de madre y de Reina, y la joven y augusta viuda que aún viste luto por Alfonso XII, intervino con su regia prerrogativa en favor de unos hombres que quisieron derribar el trono y arrancar la corona de su tierno hijo.

Los más sensatos periódicos extranjeros respondieron al acto de magnanimidad y clemencia con un entusiasmo frenético; pero nos advirtieron de paso que la política no admite sentimientos, sino deberes, y que el General Villacampa y sus cómplices no eran criminales de derecho común, sino culpables de un crimen particular, de un crimen esencialmente español, del crimen que durante cincuenta años ha desolado nuestra patria, relegándola á uno de los últimos puestos entre las naciones cultas, crimen que se ha repetido en Badajoz, Santo Domingo, Cartagena y Madrid, siempre durante la imprevisora administración de un Ministerio Sagasta.

¿No puede un acto de clemencia, inspirado por los sentimientos más nobles y generosos, ser considerado como un acto de debilidad por los eternos é incorregibles enemigos del trono? Este es el problema, cuya incógnita se descubre ya en parte y de una manera poco favorable á los procedimientos del primer Gabinete de la Regencia.

También acaba de decirlo un «oficial de ejército» que es al propio tiempo escritor elocuente y muy distinguido. Demostrando que las hermosas manifestaciones del sentimiento están muchas veces reñidas con las más elementales necesidades de la vida práctica, añade:

«Por lo mismo que el corazón *del hombre* puede hoy congratularse de la solución de los hechos, apreciando en lo que valen los nobles sentimientos de nuestra Soberana, y doble-

gándose respetuosamente ante su generosa decisión, debe la conciencia del soldado protestar contra la influencia perniciosa de elementos extraños á la milicia, que, tomando el carácter de imposición, extravían el giro de la opinión sensata, invaden atribuciones que deben obrar con completa independencia y ponen á los altos poderes entre elementos opuestos, cuyos intereses debían ser idénticos si existiere verdadero patriotismo.

»Al defender la causa de esos reos, se han olvidado los altos intereses del ejército. Se ha olvidado, si duda alguna, que, cuando la nación se conmueve, las instituciones vacilan y la anarquía hace estremecer á los corazones más fuertes, todos piensan con fe y esperanza en el ejército, porque sólo él puede salvar tan graves conflictos. Pues bien; ese ejército, para permanecer con base firme constituido, necesita observar su ordenanza, y sentado el fatal precedente de una excepción, se suceden como un torrente despeñado la injusticia, la debilidad, la desorganización.

»Cuando una sublevación estalla, el oficial está obligado á entrar en el cuartel, sin reparar en el peligro ni pensar en las consecuencias. Un solo hombre, impulsado por la fuerza del honor militar, penetra en medio de un centenar de fieras, dispuestas á destrozarle y aniquilarle; pero esa es su misión, sacrificar su vida por salvar á la sociedad que le sostiene para guardarla; y ¿cuál es en ese terrible trance su única garantía? La seguridad fija, completa, indudable, de un escarmiento ejemplar y sin apelación.

»En cuanto existe la más remota duda sobre ese resultado, ni el oficial puede tener fe en su misión, ni el inferior temer al acto que comete; y esa sociedad, por cuya salvación se derrama la sangre del que cumple con su deber, ¿qué derecho tiene para pedir gracia por el delincuente? ¡Ah! Yo quisiera ver á los que claman de ese modo, impulsados por una falsa idea de humanidad, en medio de un pelotón de sublevados, apuntándoles al pecho con sus fusiles ó hiriéndoles alevosamente sin darles tiempo para defenderse. Yo quisiera que los que invocan clemencia con tan lastimero acento supieran lo que es proteger á un soldado, hacerle ascender en su esca-

la, conseguirle el empleo de cabo, más tarde el de sargento, prodigarle beneficios, labrarle un porvenir con el que ni soñaba á su ingreso en las filas, y luego, en un momento dado, no por una idea noble, que todo lo justifica; no por las exaltaciones de una pasión política, sino comprometido por un mezquino puñado de duros, á cometer toda clase de infamias, hacer fuego despiadadamente sobre su protector y olvidar toda idea de gratitud, de respeto, de disciplina y de pundonor.

»Aparte del jefe de los sublevados, sobre el que por la ley recaía todo el peso de la responsabilidad, no ha habido uno solo de los sentenciados á muerte que no lo haya sido por un delito común, por una insubordinación á mano armada, independiente por completo de la política, y que sería igualmente castigada en circunstancias normales.

»Y los oficiales heridos á manos de sus subordinados tenían derecho á exigir una pronta reparación, pues se ha comprometido lo que vale más que su vida, su pundonor, sin que en ese hecho independiente, particularísimo, del dominio exclusivo del ejército, tenga derecho á mezclarse ninguna otra corporación.

»En cambio, los que olvidaron la serie de traiciones, infamias y asesinatos que han constituido esa triste fecha del 19 de Setiembre y pidieron indulto relajando la disciplina, no han tenido un clamor, ni uno sólo, para exigir una señalada recompensa, antes de que ésta llegase, á los que derramaron su sangre cumpliendo con su deber y que sufrieron muchos días las angustias del dolor, sin que se elevase hasta ellos esa acendrada piedad que sólo se despertó en favor de los criminales.

»El desventurado recuerdo de Mirasol y Velarde pedía ¡justicia! Para hacérsela cumplidamente estaban los Consejos de guerra. El Tribunal Supremo decidió en última instancia la pena que debían sufrir los delincuentes; ¿pero cómo ni con qué derecho se estuvo prejuzgando lo que aquél decidió? ¿Qué país es este que delega sus facultades en tribunales que luego no respeta?»

Las bendiciones al generoso corazón de la Reina y los ins-

tintos menos sanguinarios y más piadosos, no han sido ni han podido ser un obstáculo á la razonada convicción, ni siquiera á la última crisis que ha minado la vida del Gabinete.

El Ministerio presidido por el Sr. Sagasta, reunido durante seis horas en la memorable noche del 5 del mes actual, tomaba solemnemente, después de largas deliberaciones, los acuerdos siguientes:

«1.º Procurar por cuantos medios estén al alcance del Gobierno *auxiliar* la acción de los tribunales, á fin de que se descubra y castigue, con todo el rigor de la ley, á los autores de los asesinatos cometidos en las personas del brigadier don Clemente Velarde y del coronel Sr. Conde de Mirasol.

2.º Que apenas se abran las Cortes se someta á su deliberación un proyecto de ley, por el cual se conceda á las viudas de aquellos distinguidos militares una pensión que, con la viudedad legal á que tienen derecho, complete el sueldo que disfrutaban los pundonorosos jefes víctimas del cumplimiento de su deber.

Y 3.º Que se proceda inmediata y activamente á la averiguación, persecución y castigo de las personas responsables de la noticia falsa que han publicado los periódicos de la mañana sobre los acuerdos tomados en el Consejo de anoche.»

*
*
*

Extraña la manera que ha tenido el Gobierno de auxiliar la acción de la justicia. Extraña que en esta caballeresca tierra de España haya quien piense en afrentar con un puñado de oro á las inconsolables viudas de Velarde y del Conde de Mirasol, como si el oro pudiese compensar las pérdidas del alma y hacer olvidar el asesinato de dos ilustres víctimas del deber. Extraña el misterio que ha rodeado á la noticia falsa á que hace referencia el acuerdo, noticia falsa que llegaba á coartar el ejercicio de la regia prerrogativa.

La opinión se ha preocupado y preocupa mucho de la significación y de los compromisos del actual Gabinete reformado en la segunda y tristísima de las crisis que en once meses minan la gestión política del Sr. Sagasta.

Ahora se nos dice que los militares sublevados, los rebeldes indultados se dirigen á Fernando Póo; se nos asegura que en Santa Isabel no hay elementos para hacer efectiva la reclusión perpetua á que están sentenciados; se nos recuerda que varios deportados políticos de Cuba se escaparon á los pocos días de llegar á aquella isla africana, y con razón extrañan muchos que, si la traslación de los deportados es una sentencia indirecta de libertad, se irroguen al Tesoro gastos inútiles de transporte.

Es grandemente necesario que el principio de autoridad brille y se robustezca pronto y de una manera firme en medio de la incomprensible anarquía que impera.

*
* *

Después de lo dicho, nada significa la constitución del nuevo Gabinete; nada significan las políticas distintas que aparecen, las indecisiones, los dualismos, los desequilibrios del poder responsable.

Son cosas de poca monta la dificultad de la crisis, la no aceptación del Ministro de Marina electo, Sr. Rodríguez Arias, que declina el honor que se le dispensaba. Poco importan los desaires del Sr. Sagasta; poco importa la marejada que presenta la coalición republicana, cuyos jefes solicitan unos el indulto, mientras reprueban otros la actitud de los primeros.

Poco importa tampoco que el Sr. Castelar se dé ya aires en París de jefe del Estado español, se codee con el Sr. Freycinet, acuda á banquetes en que se festeja de una manera casi oficial y victorea al futuro Presidente de nuestra República posibilista, y se chancee luego nuestro vanidoso pro-

hombre con su buen amigo el Sr. Albareda, dúctil representante allá de la Monarquía española.

Todo ello, con ser tan grave, puede valer muy poco al lado del desbarajuste político que en tan grave peligro ha puesto el principio de autoridad, principio salvador que anhela, sin embargo, ver triunfante la mayoría del país, enemiga por instinto de extravíos, debilidades y antipatrióticas benevolencias.

El remedio á nuestros males se impone: Dios quiera que llegue á tiempo.



MINISTERIO
DE CULTURA S.





REVISTA EXTRANJERA

ESTAMOS en estos momentos presenciando un duelo singular en Europa. Inglaterra lucha contra Rusia; pero no en riña franca y leal, no al estilo caballeresco de la Edad Media, sino con los rodeos y las mañas con que el leopardo suele acechar á su más terrible enemigo.

La astuta Inglaterra, cuyas poderosas escuadras constituyen una fuerza absolutamente inútil en los Balkanes, quiere promover choques y enfriamientos entre Rusia y Austria; quiere tener á toda costa auxiliares de su interesada política; nada olvida para alcanzarlo; pero su juego es sobradamente conocido, y bien puede afirmarse que no ha de conseguir se rompa la alianza de los tres Imperios. Apesar de todos los retos y amenazas, no estallará la guerra, porque también es de prudentes sufrir el agravio y acudir á subterfugios cuando llega el caso de poner á prueba la importancia.

El Ministerio inglés obraba, pero había permanecido mudo hasta hace pocos días en que Lord Randolph Churchill hizo declaraciones en un discurso público destinado á producir muchos comentarios. Nos dijo con arranques poco ingenuos

que el país de Inglaterra es y ha sido en todos tiempos campeón y baluarte de la libertad, siendo así que sus actos y su historia demuestran que el mercantilismo fué siempre el móvil más poderoso de sus egoístas intervenciones y conquistas. Declaró el orador que el Gobierno británico era partidario de la independencia de los Estados balcánicos, y es fácil acertar la razón que le obliga á defender oficiosamente la tal independencia. Añadió que no solamente la Bulgaria, sino también la Servia y la Rumanía, serían amenazadas por Rusia, y que Inglaterra no puede permanecer indiferente en esta ocasión, por más que el Gobierno británico no haya de tomar la iniciativa en una intervención favorable á las pequeñas nacionalidades de los Balkanes, cuya defensa corresponde en primer término á Austria, centinela avanzado para hacer respetar las cláusulas del tratado de Berlín. Mucho se equivocó el Ministerio inglés creyendo intimidar á Rusia con la perspectiva de una guerra imposible con el Austria.

En la fraseología del joven Ministro de la Reina Victoria se descubre el fin que éste persigue, resultando la habilidad diplomática muy inferior al alcance de los cálculos de Inglaterra. Los hombres de Estado de Viena han conocido el juego, y están lejos de querer servir de palanca á las ambiciones ajenas. Si los ingleses tienen empeño en proteger determinados intereses en Bulgaria, pueden y deben hacerlo á riesgo suyo, con sus propios soldados y su propio dinero, en vez de esperar que otra potencia les saque, como vulgarmente se dice, las castañas del fuego.

*
* *

Es cierto que los búlgaros sufren las consecuencias de tan prolongados debates. Es cierto que Rusia se obstina en que la Regencia le obedezca y en que la voluntad del Czar impere en Sofía. A este efecto envió al General Kaulbars con plenos poderes.

Los sucesos se precipitan, y la ocupación militar puede ser un hecho dentro de algunos días ó tal vez de algunas horas, sin que valga llamar á Bismarck para que intervenga á modo de un agente de policía europea. Alemania sabe que á Rusia deben los pueblos de los Balkanes su relativa libertad; Alemania sabe que si los tratados internacionales no hablan del protectorado ni de la influencia de Rusia en la Península citada, tampoco pertenecen á Austria la Bosnia ni la Herzegovina, regiones tan orientales como la Bulgaria, ni tampoco la Servia, sometida á la dependencia efectiva de Viena.

Inglaterra, cuyos principios tradicionales son, según lord Randolph Churchill, velar por la independencia de las nacionalidades más débiles, pudiera muy bien dar el ejemplo devolviendo libertad é independencia á esa tierra de Egipto, ocupada años hace por los soldados de Londres, á despecho de todas las estipulaciones y compromisos solemnemente tomados á la faz de Europa. Por ahí debiera principiar el primer acto de policía de Alemania.

Los manejos ingleses, de concierto con el Príncipe de Battenberg, son los verdaderos fautores de las perturbaciones actuales, instigando el singular golpe de Estado de Filipópolis, encaminado á anular de una vez toda la legítima influencia rusa. Bueno sería que Europa se dedicase un momento á examinar las restituciones á que en conciencia está obligada Inglaterra.

*
* *

Parecen destinados los búlgaros á producir continuas sensaciones y sorpresas á los diplomáticos de Europa en estos últimos tiempos. La anexión de la Rusia, la guerra entre los servios, la campaña inglesa en la conferencia de Constantinopla, el complot militar de Sofía, la vuelta del Príncipe Alejandro, y finalmente, su segunda abdicación, han sido otros tantos efectos teatrales, realizados fuera de los medios y

costumbres que se practican en las naciones regularmente constituídas.

El agente ruso Sr. de Kaulbars demuestra conocer muy á fondo el mejor modo de conseguir lo que pretende.

El país búlgaro, han dicho los periódicos oficiosos de Rusia, está en este instante en manos de un partido, que lo maneja como dueño absoluto, disponiendo de todos los recursos y todos los medios de acción propios de un poder apoyado en el estado de sitio, poder cuyas miras se encaminan á crear una Asamblea á su propia imagen y á suprimir con procedimientos odiosos las aspiraciones de sus adversarios. Las gestiones del General ruso tienden á destruir por su base tan ingeniosos cálculos, que continuarían agravándolo, el sistema político del Príncipe Alejandro. Oponerse á elecciones inmediatas y verificadas en un terreno preparado anticipadamente, é impedir que la futura Asamblea esté nombrada por electores llevados á la urna con la punta de la bayoneta, es ciertamente una obra de justicia.

Los más autorizados órganos de la chancillería rusa no ponen de ninguna manera en duda que habrá de llegarse al fin á una sumisión completa. Según ellos, los políticos que se apoderaron del Gobierno búlgaro á la caída del Príncipe Alejandro de Battenberg, pueden entregarse como quieran á sus impotentes maquinaciones. Que se agiten; que llamen, si quieren, á todas las puertas; que esparzan por medio del telégrafo de Sofía, cuyo monopolio tienen, toda suerte de historias acerca del estado del espíritu público en Bulgaria, y acerca de la pretendida indiferencia con que han sido acogidas las reclamaciones del agente diplomático ruso. El programa del General Kaulbars tendrá exacto cumplimiento, porque es el único que puede sacar á Bulgaria de la confusión política, social y financiera en que fué precipitada por el Príncipe de Battenberg y en que pretenden mantenerla los extraños sucesores de un poder que sigue siendo juguete de los diplomáticos de Londres.

Lo cierto es que resulta oficialmente confirmada la ruptura entre Rusia y el Gobierno provisional de Bulgaria, encontrándose la Regencia en una situación mucho más difícil y

peligrosa que aquella en que se encontraba el Príncipe Alejandro la víspera de ser depuesto.

La triple alianza no podrá menos de seguir tan sólida como siempre, pues los Gabinetes de Berlín, San Petersburgo y Viena tienen terrenos neutrales en los que pueden ponerse de acuerdo para mantener los beneficios de la paz en Europa á despecho de situaciones complicadas y de complicaciones sensibles.

Esperemos todavía presenciar nuevos é imprevistos sucesos que alejen las probabilidades de una guerra europea en la que los pesimistas vienen soñando.

*
* *

Ha sido objeto de comentarios en Francia la visita oficial del Presidente del Consejo de Ministros de la República, señor Freycinet, á Tolosa, Montpellier y Burdeos. No hay ostentación regia con más solemnidad producida. A los límites de cada departamento han acudido los Prefectos, los Generales, los subprefectos y todos los jefes de servicio; han formado carrera los regimientos; luces de bengala han iluminado el cortejo, mientras el cañón tronaba y los gendarmes estaban formados y rendían las armas por escuadrones.

Dícese que aquellos honores reales y aquellos saludos, se dirigían al futuro Jefe de Estado, al presunto heredero del Sr. Grevy, al Delfin, en una palabra, del nuevo régimen que se impuso la Francia republicana.

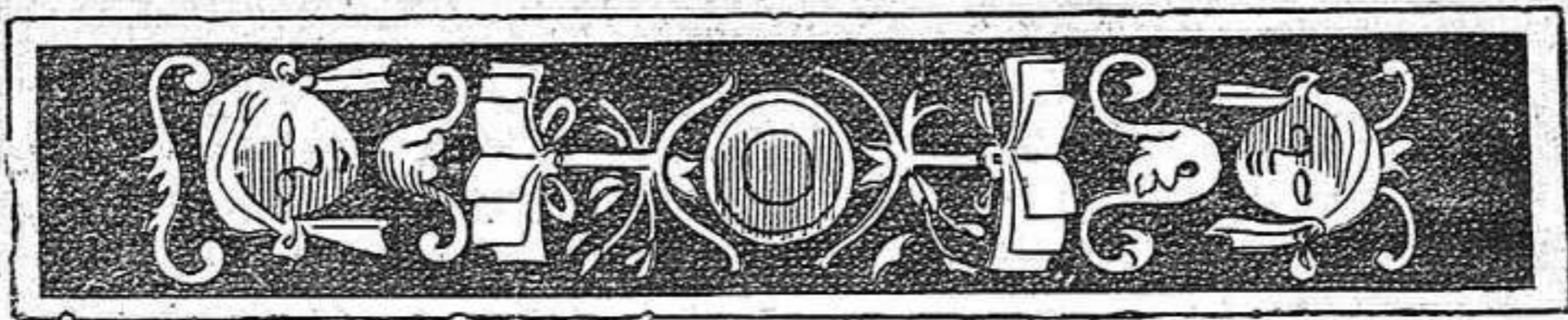
*
* *

Es seguro que ni los Ferry ni los Clemenceau opinan de la misma manera. Es posible que sucesos tan imprevistos como los últimos desórdenes de Vierzon den otro giro á la política francesa. Pero el Sr. Freycinet podrá siempre consolarse con

sus grandes recuerdos de igualitaria pompa y también con la tierna amistad que le profesa nuestro incomparable Castelar, el niño verdaderamente mimado del Sr. Sagasta, el ilustre tribuno que en sus confidencias y recientes regocijos *patrióticos* acaba de decir muy claramente que, teniendo los españoles reconocido el derecho de reunión y de asociación, y la prensa libre, sólo se necesita el sufragio universal para llegar pronto y pacíficamente al triunfo de aquella feliz república que ha de declararle su posibilista Presidente.

A.





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

Dolores, por ERNESTO DAUDET.
—Un tomo en 8.º de 345 páginas.—
Madrid, imprenta de Moreno y Rojas,
1886.—Véndese al precio de tres pesetas el ejemplar.

Por extraña casualidad, son los hermanos Alfonso y Ernesto Daudet escritores ambos de mucho ingenio, que por sus novelas ocupan un lugar intermedio entre los idealistas y los naturalistas.

En *Dolores* no ha desmentido el menor de los Daudet la envidiable fama de que disfruta: argumento interesante, personajes perfectamente delineados, escenas de gran verdad, estilo elegantísimo y correcto, son otras tantas circunstancias que avaloran el trabajo de Ernesto Daudet. El editor español, Sr. D. Eduardo Mengíbar, acreditado ya por otras publicaciones, presenta la que ahora nos ocupa con el buen gusto y las exce-

lentes condiciones tipográficas de todos los libros impresos en la tipografía de los Sres. Moreno y Rojas, de cuyas prensas han salido libros muy notables.

La novela *Dolores* es interesante y está bien presentada; no es posible pedir más.

* * *

Manual del empleado y aspirante á penales, obra de texto para los opositores y de consulta para los empleados del ramo, por D. JOAQUÍN DALE Y MUÑOZ, abogado del ilustre colegio de esta corte, precedido de un prólogo y la historia de los establecimientos penales en España por dos señores consejeros.—Madrid, imprenta de Moreno y Rojas, Isabel la Católica, 10.

El editor D. Eduardo Mengíbar, atendiendo las instancias de muchos

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

empleados del ramo y aspirantes que han de prepararse para la próxima convocatoria, se ha decidido á emprender la publicación de esta obra, la cual formará un tomo de unas mil páginas, no excediendo su precio de veinte pesetas.

A fin de que llegue antes el libro á manos de los que con toda urgencia lo necesitan, se ha empezado á distribuir por cuadernos de 80 páginas en 4.º, pudiendo suscribirse á la obra completa con sólo abonar 15 pesetas.

En el primer cuaderno, ya repartido, se estudian las fuentes de la legislación penal española, respecto á los delitos comunes y especiales, haciéndose una crítica concienzuda de el Fuero Juzgo, el Fuero Real, el Código de las Siete Partidas y las sucesivas leyes y ordenanzas. Trátase también de la estructura del Código penal, libros de que se compone y materias principales que abraza cada uno de ellos. Se da la definición del delito, acompañándola con atinadas consideraciones; se explica en qué se diferencia el delito de la imprudencia temeraria, lo que se entiende por falta, á quienes corresponde el sumario y en el juicio oral el conocimiento y castigo de los delitos, y cuáles son los jueces competentes para juzgar y castigar las faltas, los caracteres del delito en sus tres estados de tentativa, frustrado y consumado; discútese si la conspiración y proposición son siempre punibles y si hay faltas frustradas; se expresa quiénes son las personas responsables de los delitos y las faltas y en el concepto que pueden serlo; los autores, cómplices y encubridores de un delito ó falta y los casos en que los últimos están exentos de pena; se estudia si todos los

que ejecuten actos penados por la ley en el concepto de delitos están siempre sujetos al castigo y en iguales proporciones, las circunstancias que eximen de responsabilidad criminal, las que atenúan ésta y las que la agravan.

Como se ve por las precedentes sumarísimas indicaciones, la obra mencionada es muy importante, y no solo habrá de ser por extremo útil para las personas á quienes especialmente se destina, sino que su lectura es necesaria á todos, ya que, como es bien sabido, la ignorancia de las leyes no exime de responsabilidad á quien falta á ellas.

El inteligente editor D. Eduardo Mengibar es digno de aplauso por su acierto, y estamos seguros de que verá recompensados sus afanes con el favor del público.

* * *

School of forest engineers in Spain, indicative of a type for a british national school of forestry, compiled by JOHN CROUMBIE BROWN, LL. D.—Un tomo en 8.º de 232 páginas.—Edimburgo, 1886.—Véndese esta obra al precio de cinco chelines el ejemplar.

Si no conociéramos de antiguo al ilustre autor de la obra cuyo título encabeza estas líneas; si no supiésemos que es un venerable naturalista de erudición grande y de actividad asombrosa, catedrático por muchos años en la ciudad del Cabo y en la universidad de Edimburgo; si no hubiéramos leído antes de ahora sus notables libros acerca de multitud de cuestiones, principalmente forestales como son las que trata en los libros en que expone la moderna economía

forestal, describe los montes de Inglaterra, de Noruega, de Finlandia y del Norte de Rusia; trata de las célebres ordenanzas francesas de 1669, de las plantaciones hechas en las laldas de la vecina república, de las repoblaciones en este país, de la hidrología del Africa meridional, de la influencia de los montes en los meteoros acuosos, etc.; aun cuando todo esto fuese de nosotros ignorado, bastaría para despertar nuestro interés y avivar cariñosa simpatía la publicación reciente del libro *School of forest engineers in Spain*. Porque ¿cómo no sentir extraordinario afecto por el sabio respetable que, muy vecino ya de los ochenta años, emprende un viaje á España, se establece en el Escorial, examina detenidamente la Escuela de ingenieros de montes, esa escuela olvidada de muchos españoles y hasta — triste es decirlo — desconocida por completo de no pocos, recorre sus gabinetes, revuelve los libros de su rica biblioteca, estudia con ahinco el idioma castellano, y provisto de muchas de las obras que sobre montes se han publicado, que generosamente le son donadas por sus autores, se parte para su residencia de Háddington, henchido el corazón de entusiasmo, lee y relee, medita largas horas y, por último, compone la obra á que nos referimos?

En ella estudia primeramente el origen del cuerpo de ingenieros de montes de España. En los capítulos II y III se ocupa en el origen y desarrollo de la Escuela de montes, desde que se fundó en el pueblo de Villaviciosa de Odón, hasta el presente momento, detallando las asignaturas que en cada año se estudian, la extensión que tienen y el modo cómo se da la enseñanza de todas. Dedicada

el Dr. Brown el capítulo IV á examinar las obras principales de la biblioteca, fijándose con predilección en las que han escrito los ingenieros de montes. A fin de metodizar este trabajo, divídolo en siete secciones, en las cuales habla de los libros de matemáticas, química, meteorología, construcción, zoología, mineralogía y geología, botánica, selvicultura, etc. Después, y en sucesivos capítulos, hace aplicación de lo descrito para España á demostrar la indudable conveniencia de que en el Reino Unido se cree una Escuela especial de montes, y se abandone el sistema de enviar los jóvenes que necesita el Gobierno de aquella nación para el servicio forestal, á que estudien en la Escuela de Nancy.

Tiempo hace ya que el ilustradísimo Dr. Brown, penetrado de la necesidad que tiene su país de la reforma aludida, pone todo su empeño en demostrar las ventajas del pensamiento, y lo fácilmente que podría realizarse. Fijo en su propósito, ha formado parte de comisiones nombradas por el Parlamento, ha emitido luminosos informes y ha dado á luz trabajos muy notables sobre la cuestión, consiguiendo así que en la parsimoniosa Inglaterra empiece á ganar terreno la idea, y piensen ya muchos que debe realizarse.

Nosotros confiamos que pronto será un hecho, con lo cual ganará mucho aquella poderosa nación, y el Dr. J. C. Brown tendrá el día más feliz de su larga y aprovechadísima existencia. Nosotros, que le debemos el favor inestimable de haber dedicado un libro entero al estudio de nuestra Escuela de montes, hacemos fervientes votos por que llegue ese día, y en el ínterin le enviamos á su hermoso

retiro, donde ya prepara otras obras, la expresión de nuestra gratitud y el testimonio de nuestra admiración.

R. ALVAREZ SEREIX.

* * *

Dramas de Guillermo Shakspeare.—*Un tomo en 8.º mayor de 446 páginas, con dibujos y grabados en boj, de los principales artistas ingleses y alemanes.*—Barcelona, 1886.

Contiene este libro el *Hamlet*, traducido por el insigne Leandro Fernández de Moratín, y los dramas *El Rey Lear* y *Cimbelina*, vertidos al castellano por A. Blanco Prieto. Pertenece á la biblioteca «Arte y Letras» que publica la casa de Daniel Cortezo y Compañía, tan acreditada ya por las muchas obras que ha dado á luz.

Tratándose de los dramas del gran escritor inglés, cuya fama se acrecienta con el transcurso del tiempo, estando fielmente hechas las traducciones, y sabiéndose que el libro está impreso en excelente papel, con hermosos grabados y preciosas cubiertas, basta para que se comprenda el mérito del libro y para que sean muchas las personas que procuren adquirirle, premiando así los esfuerzos de los editores.

También acaban de distribuir éstos el tercer tomo de las *Obras escogidas de D. Gaspar Melchor de Fovellanos*, el cual pertenece á la «Biblioteca Clásica Española,» y contiene varios opúsculos, las poesías y la comedia *El delincuente honrado*, trabajos to-

dos dignos de su ilustre autor, con lo que se hace su mayor elogio.

Por último, han publicado el tomo décimotercero de la «Biblioteca de Maravillas.» Títulase *El cuerpo humano*, libro escrito por A. Le Pileur, versión castellana de A. Blanco Prieto y grabados de Leveillé. En un volumen en 8.º de 339 páginas se describe todo el complicado organismo de nuestro cuerpo, presentando las cuestiones todas con tal amenidad que se lee aun por las personas ya versadas en esta clase de estudios.

No satisfecha con esto la incansable actividad de D. Daniel Cortezo y Compañía, se proponen emprender la publicación de una «Biblioteca de Novelistas Españoles contemporáneos,» constituida por obras originales é inéditas de Alarcón, Valera, Pereda, Emilia Pardo Bazán, Pérez Galdós, Alas y otros maestros de la novela. Con excelente acuerdo, no preferirán ninguna de las tendencias que en aquélla privan hoy, y atenderán tan sólo al mérito de la obra. Ya tienen en preparación *Los Pazos de Ulloa*, libro compuesto por la justamente celebrada Emilia Pardo Bazán. Constará de dos tomos, que como los demás de esta biblioteca, se venderán á 10 rs. uno.

Plácemes merece la mencionada casa editorial de Barcelona por su laboriosidad y acierto.

A.

MADRID, 1886.—IMPRESA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ,

Libertad, 16 duplicado

PIANOS BLONDEL



Paris, 53, rue de l'Echiquier, Paris
Y EN LAS PRINCIPALES CASAS
de ESPAÑA y AMERICA
MEDALLAS de Oro y de Plata
FABRICACION ESPECIAL
Pianos de Estudio y de Laja

EAU FERRUGINEUSE DE

RENLAIGUE

(PUT-DE-DOME)

ANÉMIE-CHLOROSE-DYSPEPSIE

DIGESTIONES ANORMALES

VINO

BI-DIGESTIVO DE

CHASSAING

PREPARADO CON
PEPSINA Y DIASTASIS

Agentes naturales é indispensables de la
DIGESTION

12 años de éxito

contra las

DIGESTIONES DIFICILES O INCOMPLETAS

MALES DEL ESTOMAGO,

DISPEPSIAS, GASTRALGIAS,

PÉRDIDA DEL APETITO, DE LAS FUERZAS

ENFLAQUECIMIENTO, CONSUNCIÓN,

CONVALESCENCIAS LENTAS,

VOMITOS...

PARIS, 6, Avenue Victoria, 6.

En provincia, en las principales boticas.

EXPOSICION UNIVERSAL

DE

BARCELONA

Setiembre, 1887. — Abril, 1888

ÉTABLISSEMENT DE SAINT-GALMIER (Loire)

CACHET
VERT

SOURCE BADOIT

MÉDAILLE
D'OR

EAU DE TABLE SANS RIVALE

La seule de toutes les Eaux minérales de table qui ait obtenu une Récompense à l'Exposit. univ. de 1878

La seule aussi qui ait obtenu une médaille d'Or à l'Exposition de Francfort-s-le-Mein en 1881

Diplôme d'honneur à l'Exposition de Bordeaux 1882

La consommation de cette Eau a pris des proportions considérables. C'est par millions de bouteilles qu'elle est aujourd'hui expédiée. Aussi quand un docteur distingué écrivait : « Cette Eau fera le tour du monde! » il disait vrai. Cette progression est due à sa saveur, soit pure, soit mélangée au vin, à sa limpidité inaltérable, enfin à toutes ses propriétés hygiéniques, apéritives et digestives, constatées par les travaux scientifiques des Docteurs O. Henry, Durand-Fardel, Ladeveze, Gensoul, Petraquin, etc.

10 VENTE PAR AN:
millions de bouteilles

Exiger la Signature :

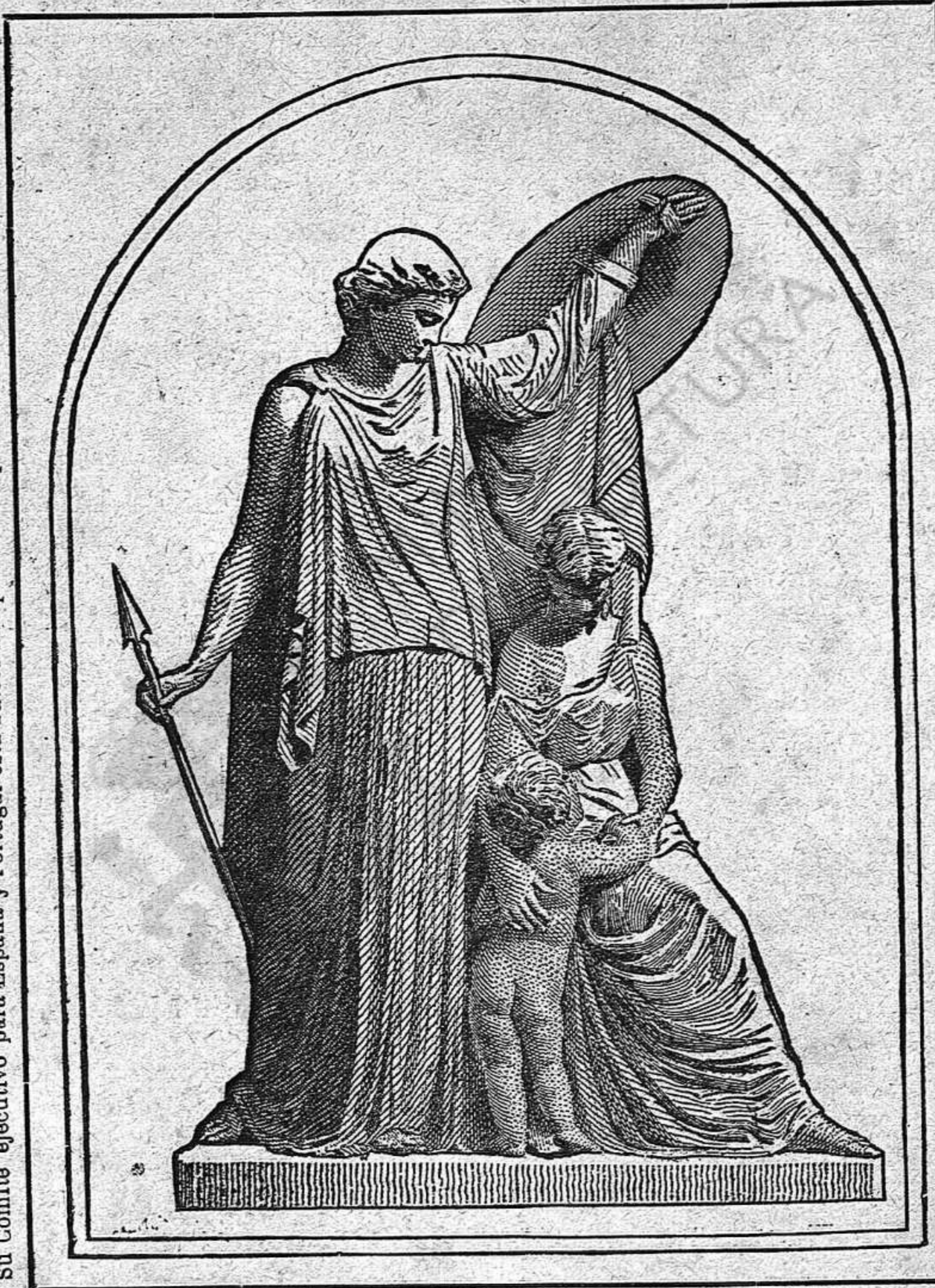
LA EQUITATIVA DE LOS ESTADOS UNIDOS

SOCIEDAD AMERICANA DE SEGUROS DE VIDA

120 BROADWAY.—NEW-YORK

Capital de garantía..... 342.274.948 pesetas.
 Sobrante (evaluación al 4 por 100). 71.390.831)

Esta Sociedad es la única que emite pólizas indisputables pagaderas á la presentación.
 Los que solicitan seguros en ella no necesitan esperar la resolución de New-York.
 Su Comité ejecutivo para España y Portugal está autorizado para emitir pólizas y pagarlas en Madrid.



El sobrante de esta Sociedad, al 4 1/2 por 100, tipo legal del Estado de New-York, asciende á 90.100.946 pesetas, y calculado á cualquier tipo de evaluación, es mayor que el de cualquier Compañía del mundo.

DIRECCIÓN GENERAL PARA ESPAÑA Y PORTUGAL
 Y
 SUCURSAL DE ESPAÑA
 MADRID.—SEVILLA, 16, PRINCIPAL
 (Se dan informes y prospectos.)